

La Heredera

JONAIRA CAMPAGNUOLO



Lectulandia

Su alma salvaje será lo único que le garantizará el éxito, pero conocerá a un corazón tan recio como ella que intentará doblegarla.

La vida de Nicole Landon ha dado un giro afortunado. De pronto, es la única heredera de un rancho ganadero ubicado en unas tierras solitarias e indómitas con empleados que ocultan intrigantes secretos y están poco dispuestos a ayudarla. Como si eso fuera poco, el destino atraviesa en su camino a Matthew Jackson, un vaquero atractivo, criado por indios y que pretenderá arrancarle su herencia valiéndose de la gran influencia que posee entre el personal.

Amenazas, intrigas y una pasión arrolladora, son solo algunos de los inconvenientes que Nicole deberá enfrentar si quiere proteger su propiedad. Tendrá que imponerse para hacer respetar su autoridad y que todos la vean como la heredera, la única dueña y señora de esas tierras.

Lectulandia

Jonaira Campagnuolo

La heredera

ePub r1.0

Titivillus 07.06.15

Título original: *La heredera*
Jonaira Campagnuolo, 2014

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Capítulo 1

Los ojos de Nicole Landon brillaron llenos de expectativas. La adrenalina le circulaba briosa por las venas y le incrementaba los latidos del corazón.

Giró el acelerador ligeramente hacia atrás, sin soltar el freno. El motor de la Ducati tronó y la rueda trasera se deslizó sobre el pavimento dejando una marca de neumático grabada, y una estela de humo y polvo tras ellas. Esa noche, las anchas calles de Lawrence en Kansas, estaban desoladas, lo que le permitiría valerse de cualquier estrategia para ganar aquella carrera. Había mucho dinero en juego. Recompensa que ella necesitaba.

Un claxon se escuchó por encima del ruido de las cinco motos y de los gritos de los presentes. Los competidores soltaron enseguida el freno y despegaron como cohetes mientras la luna les iluminaba el camino con una tenue luz.

Para los apostadores que invertían en aquella competición, el final podía ser predecible: Dylan Roda participaba con su imponente Kawasaki Ninja y pretendía ganar por quinta vez la contienda. Sin embargo, Nicole estaba decidida a robarle el trono.

Cuando llegó al punto dónde debía retornar para hacer el último tramo del recorrido, la chica lideraba el grupo, pero al inclinarse para iniciar el cruce apareció de forma repentina a su lado la Kawasaki. Ella se enderezó para no colisionar contra el competidor y redujo la velocidad, la maniobra le permitió evitar una catástrofe, sin embargo, no solo Dylan pudo arrebatarse la posición, otros dos competidores pasaron junto a ella como una exhalación y la obligaron a detenerse.

—Imbécil —gruñó, antes de ponerse de nuevo en marcha para alcanzar la meta.

No ganaría, lo sabía, pero no se rendiría. Aceleró al máximo la moto y no descansó hasta llegar al final, pudiendo sobrepasar solo a uno de los contendientes; lo que le otorgaba un triste tercer lugar.

Mientras Dylan lo celebraba junto con sus amigos y los apostadores se regodeaban a su alrededor, felices por el triunfo, Nicole se detuvo en un lateral. Un sujeto alto y de piel morena se acercó y sostuvo la moto para que ella bajara.

—Calma, ya veremos cómo hacer un reclamo —propuso el hombre, pero aquella oferta no amilanó la indignación de la mujer.

Nicole se quitó el casco y permitió que largos rizos de color marrón cobrizo le cayeran sobre la espalda. Una cazadora de motero en tonos rojos y blanco la cubría, y le ocultaba el cuerpo delgado y curvilíneo haciéndola parecer más recia de lo que en realidad era.

—Eso no se quedará así —declaró ella. Le entregó el casco a su amigo y se acercó al tramposo contrincante mientras se quitaba los guantes de cuero, y los guardaba en los bolsillos traseros de su pantalón de mezclilla.

Para llamar la atención del sujeto, le golpeó el hombro con un dedo.

Al girarse, Dylan apreció el rostro trigueño de Nicole Landon endurecido por la ira. Los ojos castaños de la chica lo observaron con frialdad y sus labios, perfilados en forma de corazón, se apretaron entre sí para contener las decenas de improperios que tenía acumulados en la boca.

El hombre le dedicó una sonrisa burlona mientras los ojos le chispeaban por la fechoría cometida. Sin mediar palabras, ella le lanzó un fuerte rechazazo en la mandíbula.

Ante su arremetida, Debika, la novia de Dylan, se lanzó sobre Nicole y la tumbó en el suelo para enzarzarse en una aguerrida pelea. Dos compañeros del agraviado se acercaron para ayudar a la mujer a reprenderla; con el ataque, Nicole había roto una de las reglas no escritas de esas carreras: no pretendas hacer justicia por tus propias manos, los que deciden, son los apostadores.

Ella estaba harta de depender de las decisiones de otros. No era la favorita en esa competencia, y por ser la única mujer, tenía todas las de perder. El mundo aún no dejaba de ser machista, mucho menos, el ilegal. Así que no le quedaba otra opción, debía hacer su propia justicia, al menos, para no sentirse frustrada.

Varios de los presentes salieron en su defensa, lo que ocasionó una reyerta grupal descontrolada. Apostadores y curiosos se unieron al conflicto, sin apoyar a ningún bando, solo dispuestos a pasar un buen rato en medio de golpes y patadas.

En el suelo, Nicole había logrado dominar a Debika. Tenía a la mujer contra el pavimento y se encontraba sentada a horcajadas sobre ella, con una mano aferrada a su cuello. Alzó el puño con intención de estrellarlo sobre la pequeña naricita de la chica, quien en ocasiones, se había burlado de Nicole por sus constantes esfuerzos para destacar en actividades que eran propias de los hombres, como las carreras de motos ilegales; pero alguien la tomó por las costillas y la alzó como a una muñeca por los aires, alejándola de la trifulca.

—¡La policía!

En medio de su furia ella no se había percatado de la llegada de varias patrullas, quienes en segundos alumbraron la calle con sus luces de colores. Los presentes comenzaron a escapar con nerviosismo en todas direcciones. La sacaron de la pelea y la metieron con brusquedad en el asiento trasero de un viejo Dodge Neon.

—¡Maldición, Roland, podrías haber esperado a que le fracturara la nariz! —le gritó al hombre que antes la había ayudado con la moto.

—Me hubiera gustado verlo, pero la policía se acercaba muy rápido —expuso el sujeto con una sonrisa.

—¿Y la moto? —preguntó la chica mientras se esforzaba por controlar su agitada respiración.

—El dueño se la ha llevado apenas escuchamos las sirenas de las patrullas —explicó Jane, la novia de Roland y mejor amiga de Nicole, una joven de piel morena, cabellos rizados y ojos almendrados, que en ese momento estaba frente al volante, huyendo hacia las residencias estudiantiles de la Universidad de Kansas.

Nicole se pasó una mano por los cabellos y observó afligida hacia el exterior.

—¿Y ahora qué demonios haré? —preguntó abatida. Ronald, que estaba sentado a su lado, suspiró antes de responderle.

—Ya se nos presentará otra oportunidad.

—El dinero que me quedaba lo invertí para que me consiguieran esa moto, ¡ya no tengo nada! —se quejó ella—. Si no hubiera sido por las trampas de Dylan, habría ganado la carrera.

—Amiga, no es necesario que te arriesgues de esa manera, deberías llamar a tu padre. Él es la mejor solución a tus problemas —expresó Jane. No tuvo que observar a Nicole para saber que la desesperación se borraría del rostro de su amiga y sería suplantada por la rabia.

—Buscaré otra posibilidad —manifestó la aludida con frialdad, para dar por terminada la conversación. La propuesta de la chica la irritó.

Roland y Jane compartieron una mirada por el retrovisor. Nicole era libre de tomar las decisiones que considerara correctas para su vida, aunque para ellos, algunas fueran un grave error.

Minutos después llegaron al edificio de residencias. Ellas subieron al piso que compartían y Roland se marchó en el auto.

En silencio, Nicole se metió en su habitación. Se quitó la cazadora, que lanzó al suelo junto a los guantes, y con los pies se quitó las botas. Cayó en la cama como un saco de patatas, en medio de un profundo suspiro. No quería dejarse llevar por la angustia, pero durante ese verano debía encontrarle una salida efectiva a sus problemas económicos, sin tener que recurrir al déspota de su padre. Ya no tenía dinero, ni para subsistir ni para pagarse la carrera de Medicina. El trabajo de camarera que hacía durante las tardes y la beca de la universidad no eran suficientes para cubrir todos los gastos. En seis semanas iniciaría el último semestre. Necesitaba de diversos equipos e insumos para realizar las prácticas en el hospital de la ciudad; si no hallaba dinero pronto, le sería imposible culminar los estudios.

Cerró los ojos y se dejó dominar por el sueño. Con la mente descansada, las ideas le fluirían mejor. Nicole Landon jamás se rendía ante un reto, ni se dejaba dominar por la adversidad.

—Nicole, Nicole... despierta.

El cansancio le impedía abrir los ojos, necesitaba más horas de sueño para recuperar las fuerzas, pero el brusco zarandeo que le dio Jane la despertó por completo. Su amiga había abierto la cortina de la única ventana del cuarto, permitiendo que intensos rayos de luz entraran en la habitación y le maltrataran las somnolientas pupilas.

—¿Qué pasa? —preguntó molesta, al tiempo que intentaba levantarse para sentarse sobre el acolchado. Se había quedado dormida con la ropa puesta.

—Un abogado de tu padre te busca.

El sueño se le escabulló de manera repentina. Los ojos se le abrieron en su máxima expresión y se le llenaron de rencores pasados.

—¿Qué dices? —consultó.

Jane la observó con extenuación, ambas había llegado durante la madrugada a la residencia y el abogado se había presentado a primera hora de la mañana.

—Le dije que estabas dormida, pero insistió en verte. Dice que es importante.

Nicole puso los ojos en blanco y se levantó.

—Salgo en unos minutos —informó a su amiga y entró en el baño.

Después de asearse y usar los servicios, se ató los cabellos en una cola alta. No había tenido noticias de su padre desde hacía cinco años, y aunque era la última persona en la faz de la tierra de la que quería saber algo esa mañana, no podía negar que la visita le calzaba como anillo al dedo.

Christian Landon era un hombre al que le sobraba dinero y ella, una mujer que tenía muchos gastos. Cuando Nicole se marchó de casa, cinco años atrás —apenas cumplió los dieciocho—, se esforzó por no recurrir a él. Y había logrado un buen trabajo, pero la carrera de Medicina era muy costosa y le impedía continuar con su orgullo intacto.

Su padre, en ocasiones, se había comunicado con ella para pedirle que limaran sus asperezas y le ofreció muchas veces su ayuda. Sin embargo, Nicole se mantuvo fiel a su promesa: no llamarlo a menos que sucediera una desgracia. Pero la desgracia ya había ocurrido, ella se hallaba en bancarrota y si no encontraba dinero, podía echar a perder todo el esfuerzo que había dedicado a sus estudios.

Era momento de dejar de lado su actitud rencorosa e intentar congeniar con el cabeza dura de Christian Landon. Ambos eran soberbios, pero cinco años serían más que suficiente para comenzar a olvidar los resentimientos. O al menos, suavizarlos. Además, Nicole empezaba a sentirse sola. Jane le había informado días atrás que pronto se iría a vivir con Roland. Ellos eran sus únicos amigos, si se iban, no tendría con quién compartir penas y logros, y aunque su padre no poseía mucha paciencia para escucharla, era lo único que le quedaba en el mundo. Debía esforzarse por entablar con él, al menos, una pequeña amistad.

Salió de la habitación, vestida todavía con la camiseta blanca y el pantalón de mezclilla que había llevado puestos la noche anterior, para participar en la competición de motos. Encontró afuera, sentado con rigidez en la mesa del comedor, a un hombre delgado, vestido de traje y con un poblado bigote que solo dejaba al descubierto su labio inferior. El sujeto se levantó apenas ella hubo entrado en la estancia, cruzó las manos en la espalda y la saludó con una venia de la cabeza.

—Señorita Landon, soy Markos Edana, abogado del señor Landon. Hemos intentado comunicarnos con usted desde hace dos semanas.

Ella se irguió. No le confesaría que había perdido meses atrás la línea del teléfono móvil por no poder pagarla.

—Me robaron el teléfono —mintió. El sujeto la observó con detenimiento por un instante.

—Lo lamento, pero le traigo malas noticias.

Nicole se quedó inmóvil, aquellas palabras no le gustaron. El temor comenzó a recorrerle las venas mientras en su corazón se albergaba un fatal presentimiento.

—Señorita Landon —continuó Edana—, su padre murió hace dos semanas.

¿Muerto? ¿Heredera? A pesar de la larga conversación que había tenido con el abogado, Nicole aún no asimilaba esas palabras. Cuando el hombre acercó su rostro huesudo y le pidió que firmara los documentos apoyados sobre la mesa del comedor, ella se estremeció.

—Señorita, disculpe, pero estoy apurado. Mi vuelo sale en menos de dos horas.

La joven observó los ojos negros del abogado. Se notaban agotados y lejanos. A él no lo interesaba lo que ocurría dentro de su cabeza, o en su corazón, necesitaba su rúbrica sobre aquellos papeles para completar su misión, y después, volver a lo suyo.

Respiró hondo, pero el aire que pasaba a sus pulmones estaba tan denso que casi la ahogaba.

Tomó el bolígrafo que él le ofrecía y, con un leve temblor en la mano, firmó cada uno de los documentos que le presentaba. Al terminar, pestañeó varias veces para detener las lágrimas. No lloraría frente a un extraño.

Eso fue todo. Hasta ese momento duró aquella extraña y repentina reunión. Al poco rato Markos Edana se había marchado, y la dejó allí, en su departamento, con un sobre amarillo y sellado sobre la mesa, y una taza vacía y manchada de café.

Jane se acercó para intentar consolarla, pero el golpe de la noticia que había recibido le impedía a Nicole pensar con claridad. Una sensación confusa se agitó en su estómago y subió con lentitud hacia su pecho para convertirse en una poderosa arcada. Corrió a su habitación y se encerró en el baño, logrando llegar a tiempo al inodoro para descargar los recuerdos que tenía atorados en la memoria.

Cuando pasaron los espasmos se sentó en el suelo y apoyó la espalda en la pared, cubierta de azulejos. No podía llorar. Los sentimientos contradictorios que se desataban en su interior la mantenían conmovida.

Su padre llevaba dos semanas muerto, y aunque era cierto que nunca se hablaban y que se tenían escasa paciencia, el golpe no dejaba de ser duro. Le hubiera gustado haber tenido la oportunidad de despedirse.

El abogado no solo le trajo la mala noticia, sino, además, la copia del testamento del difunto, donde la nombraba heredera de todos sus bienes, y responsable de culminar los trámites y negocios que había dejado inconclusos en vida.

La ansiedad comenzó a agitarle de nuevo el estómago. Ahora era la propietaria de un rancho con vacas, caballos, decenas de empleados y quién sabía qué tipo de deudas en medio de las inhóspitas tierras de Abilene, en Kansas, un lugar al que una

vez juró, nunca más regresar.

Capítulo 2

Nicole tomó la Interestatal 70 y en menos de dos horas llegó a Abilene, atravesando en el coche de Roland los poblados de Topeka y Junction City. Cruzó la ciudad y se adentró entre las extensas praderas que conducían a los ranchos de la zona. Anduvo por calles de asfalto, rodeadas por cercados de alambres y troncos que delimitaban los terrenos de pastar, bañados por un abrasador sol de mediodía.

Guiada por un rudimentario mapa que le había facilitado el abogado, llegó al sendero que se sumergía en las tierras de Landon Ranch. Desde hacía cinco años no recorría esos terrenos, no confiaba en los recuerdos que aún conservaba. Sin embargo, cuando faltaba poco menos de dos kilómetros para llegar a la casa, el Dodge comenzó a fallar. Sabía que el vehículo no funcionaba a la perfección, pero tenía la esperanza de que como mínimo le sirviera para llegar al rancho.

Aparcó en el margen del camino mientras el tubo de escape del vehículo humeaba, y descendió del vehículo después de activar el mecanismo que abría el capó. La cálida brisa le hacía volar la falda del vestido vaporoso color avellana que llevaba puesto, y le llegaba a la mitad de muslo, así como los largos cabellos. Las botas de cuero negro, que le tapaban las pantorrillas, crujían con cada pisada que daba sobre la tierra desprovista de pasto del margen de la carretera.

Con cuidado, levantó la tapa, dejando escapar una columna de humo blanco proveniente del radiador.

—Lo que me faltaba —masculló. El inclemente calor de aquel paraje la había obligado a conducir con el aire acondicionado encendido, pero eso había afectado severamente al vehículo. Ahora tendría que esperar varios minutos hasta que se refrescara, para renovar el agua del radiador y hacerlo funcionar de nuevo. Si es que lograba hacerlo.

Apoyó las manos en el borde de la carrocería y se inclinó hacia el motor para verificar que todo estuviera en orden. La postura le subió un poco la falda del vestido.

—Lindas piernas.

Se incorporó rápidamente al escuchar una voz masculina a su espalda. Al girarse, quedó paralizada frente a un imponente caballo color chocolate de patas blancas, que soportaba el peso de un hombre de complexión recia, cuyos músculos de las piernas se le marcaban en los vaqueros desgastados como si fueran a romper la tela. La camisa que llevaba puesta poseía los tres primeros botones abiertos, mostrando una parte de su pecho dorado. El sujeto se aferró a las riendas de su caballo, para impedir que este se moviera. Los fibrosos brazos le brillaron por el sudor que le cubría la piel.

Nicole alzó las cejas y se obligó a dirigir su atención al rostro masculino, pero la sombra creada por su sombrero color hueso le ocultaba las facciones. Lo único que pudo divisar fue la mandíbula cuadrada, poblada por una sombra de barba oscura, y unos labios finos.

El desconocido inclinó la cabeza y la saludó con un ligero toque de ala de su sombrero, y una sonrisa chispeante.

—¿Qué hace una hermosa damita en un camino seco y desolado? —preguntó con una voz vibrante que provocó un cosquilleo en el vientre de Nicole.

Aquella sensación poco habitual la hizo entrar en razón. Oteó los alrededores, divisando solo algunas reses pastando a lo lejos. No sabía de dónde había salido el sujeto, ni cómo había hecho para llegar hasta ella sin hacer sonar los cascos de su caballo al caminar. Recordó lo peligrosas que podían volverse esas tierras, sobre todo, para una mujer sola.

Evitó dar una imagen de niña perdida irguiéndose frente a él. Alzó el mentón y miró al vaquero con seguridad.

—Estoy a pocos kilómetros de mi destino, pero el coche me ha dejado tirada.

El hombre bajó del caballo de un salto. Las botas con espuelas golpearon el suelo haciendo volar una nube de polvo. Echó hacia atrás el sombrero permitiendo que la luz le iluminara el rostro. Nicole estuvo a punto de quedarse sin aliento al observar unos profundos iris color esmeralda que la miraban con intensidad.

—Si estás cerca puedo llevarte en mi caballo, luego envías a alguien para que venga a recoger el coche —propuso y dirigió su atención al vehículo—. Dudo mucho que este viejo Dodge logre funcionar.

Mientras él valoraba el motor, Nicole lo observaba con más detalle. Era alto, de hombros anchos y cintura estrecha, y se movía con una soltura habitual en las personas fuertes y seguras de sí mismas.

—¿Qué me dices? —preguntó el hombre con una sonrisa pícaro; había notado la evaluación que la chica hacía de su cuerpo—. ¿Te vienes conmigo? A *Randy* le agradan las damitas perdidas —confesó refiriéndose a su caballo.

Nicole endureció el rostro. No le gustaba que la trataran como a una tonta.

—No estoy perdida, señor...

—Matthew Jackson —notificó él, y levantó un poco su sombrero con una mano para hacer una venia con la cabeza—, pero puedes llamarme Matt.

Ella sonrió con aire de suficiencia.

—Está bien, Matt. Como te dije antes, no estoy perdida, me encuentro a pocos kilómetros de mi casa.

—¿Tu casa? —expuso él y repasó a la mujer de pies a cabeza—. En este camino lo único que encontrarás será a Landon Ranch, y muchísimos kilómetros más allá, hallarás el rancho Drummond.

—Yo voy a Landon Ranch —reveló ella, ocasionando que el cuerpo del hombre se tensara por completo—. ¿Sigue en pie tu ofrecimiento? —preguntó y se cruzó de brazos.

Él se quedó por un instante en silencio. La observaba como si buscara en su rostro algo que había perdido.

—Yo trabajo en ese rancho desde hace años y no recuerdo haberte visto alguna

vez. ¿Quién eres? —inquirió con desconfianza.

—Nicole Landon, la nueva propietaria —informó ella con tono soberbio.

Matt retrocedió un paso y apretó la mandíbula. Nicole pareció dudar, pero mantuvo la postura altiva para que él no se percatara de que podía intimidarla.

De manera repentina, el hombre se alejó y subió al caballo. Ella se quedó desconcertada.

—Creo que te hará bien caminar un poco —expresó Matt—. Así conoces más a fondo las tierras que una vez abandonaste —le reprochó y espoleó a su caballo para ponerlo a galope en dirección al rancho.

Nicole se quedó allí, inmóvil, y con la boca abierta. Completamente trastornada por la reacción del sujeto.

Observó los alrededores y solo encontró desolación y un viejo coche inservible que aún humeaba. Cerró los puños y se esforzó por no perder la cordura. ¿Qué clase de recibimiento era aquel? ¿Así se comportaban todos los empleados del rancho? ¿Qué había dicho sobre ella su padre para que un desconocido la tratara de esa manera?

Después de la muerte de su madre la convivencia con Christian Landon se había vuelto un imposible. De la noche a la mañana él se transformó en un hombre autoritario y prepotente, que no tenía consideración ni siquiera con su propia hija. Cuando ella cumplió la mayoría de edad aprovechó la excusa de que iniciaría la universidad para marcharse de su lado, y construir un muro entre ellos a base de culpabilidades.

Al enterarse de su repentina muerte había aceptado ir al rancho para reconciliarse con su recuerdo, ya que era muy tarde para hacerlo con él, pero parecía que su padre le había preparado una lección, y ese imbécil de Matthew Jackson se lo hizo saber.

Fue bastante incrédula al pensar que Christian le había dado en herencia el rancho para congraciarse con ella y disculparse por los errores cometidos. Pero no era así, o su padre se había equivocado en el testamento o, de seguro, hallaría un rancho destruido, plagado de deudas y de hombres irritables como el que acababa de conocer, siendo aquella la manera en que el difunto se vengaría por su abandono.

Aún enfadada, se dirigió al maletero del coche y sacó un bolso de viaje, que colgó sobre uno de los hombros, y una maleta de lona.

No se había alejado de su padre por un error cometido por ella o ni por ningún tipo de capricho, todo había comenzado cuando su madre aún vivía y descubrieron la enfermedad que le afectaba el corazón. Christian, en vez de colaborar para que se recuperara, se comportó como un verdadero patán, aumentando la depresión de la mujer hasta llevarla a la muerte. Después de eso, la vida entre padre e hija se basó en reproches y discusiones. Christian quiso imponer su autoridad, algo que Nicole no aceptó de buena gana. La única manera de solucionar el conflicto era separándose.

Si aquella herencia era una especie de venganza, la afrontaría con valentía. No era una cobarde, estaba dispuesta a llegar hasta el rancho y enfrentarse a lo que su padre

le había dejado. No se dejaría intimidar por nadie, mucho menos por un empleado como Matthew Jackson.

¿Quién demonios se creía ese tal Matt? ¿Acaso pensaba que ella era una débil doncella que se asustaba fácilmente con el rugido de un dragón?

Cerró el maletero con brusquedad y subió la manija extensible de la maleta, para arrastrarla por la carretera. Andaría los kilómetros que fueran necesarios para llegar a su casa y poner orden.

Sí, había abandonado esas tierras cinco años atrás, pero nadie tenía el derecho de juzgarla.

No existía fuerza humana capaz de detener una tormenta, y la que se producía en su pecho era tan poderosa que sería capaz de destruir a todo el que se interpusiera. Ella había llegado dispuesta a tomar las riendas. No la conocían, pero se iban a enterar de cuáles eran sus intenciones.

Minutos después, alcanzó el arco de cemento que sostenía el nombre tallado en madera del rancho, acalorada y llena de polvo. La valla estaba abierta, quizás, por un gesto condescendiente del tal Matt, así que entró en dirección a la casa principal sin preocuparse de que las débiles ruedas de su maleta pudieran dañarse al rodar por un sendero de tierra y piedras.

No pudo evitar que los ojos se le llenaran de lágrimas a medida que la vivienda aparecía. Las emociones le brotaron aflorando viejos recuerdos. El hogar estaba ubicado en medio de un pequeño bosquecillo creado dentro de una extensa pradera, con intención de reducir la intensidad de los rayos del sol y la alta temperatura que estos producían durante la mayor parte del año.

La casa tenía forma de U, de estilo colonial y paredes blancas, que encerraba un jardín lleno de helechos, girasoles silvestres, añil, hortensias y lobelia escarlata, y poseía un estanque circular en el centro, adornado con una enorme vasija de barro. En el lateral derecho se podía encontrar el establo para los caballos y el garaje para los vehículos, y en el lateral izquierdo se hallaba la cocina, el comedor y las habitaciones del servicio, que tenían acceso interno.

Subió los peldaños de piedra que precedían al jardín, golpeando la maleta con cada escalón, sin poder apartar la mirada de la parte central de la vivienda, que contaba con dos pisos. En la planta baja se encontraban el vestíbulo, la biblioteca, la sala privada y el despacho de su padre, y arriba, las habitaciones.

Recordaba bien la distribución de la casa, siempre le había encantado. No sabía cómo podía ser fresca durante los días de calor y cálida cuando las temperaturas bajaban. Debía reconocer que había sido la mejor adquisición de su padre después de la muerte de su madre, aunque los días que vivió dentro de esas paredes no fueron del todo agradables.

Mientras atravesaba el jardín escuchó un silbido proveniente del establo, al girar el rostro observó a Matt, con un hombro apoyado sobre un poste de madera y los brazos cruzados en el pecho. La miraba insolente, con una sonrisa cínica en el rostro.

Detrás de él, un joven delgado y de cabello negro cepillaba a su caballo y la evaluaba con curiosidad.

—Pensé que no te atreverías a caminar hasta el rancho —se burló él—. A las niñas de ciudad las intimidan los espacios abiertos y naturales.

Ella achicó los ojos y decidió replicarle.

—Lamento que tus conocimientos sobre las personas que vivimos en el mundo exterior sean limitados —se defendió—. Eso es lo que ocurre cuando se vive mucho tiempo entre vacas, peón. —Nicole se esforzó por endurecer la pronunciación del calificativo, así le dejaba bien claro cuál era su puesto. Ella era la dueña y él, un simple empleado. Pero puso los ojos en blanco al ver que sus palabras lo que provocaron fue aumentar la sonrisa en el sujeto y el desconcierto en el joven que lo acompañaba.

Cansada de perder el tiempo con absurdas distracciones, ignoró a Matt y caminó hacia el pequeño pórtico fabricado en madera oscura que adornaba la entrada de la casa. Tocó el timbre y esperó paciente a que le abrieran la puerta. Una chica de unos doce años, de largos cabellos castaños atados en dos trenzas y con rostro de facciones indígenas adornado por unos preciosos ojos grises, la recibió.

—¿Sí?

—Hola, ¿se encuentra la señora Thompson? —preguntó. El abogado le había informado que su padre había mantenido hasta el final de sus días a la misma ama de llaves. La señora Adele Thompson era una mujer dulce y bondadosa, y, con seguridad, sería el único personal de confianza que ella tendría en esa casa.

—Sí, entra —respondió sonriente la niña mientras abría más la puerta para darle paso al vestíbulo.

Cuando estuvo dentro, el corazón de Nicole se apretó en un puño. Lo primero que divisó fue el retrato de su padre colgado en la pared, sobre una repisa ataviada con flores naturales. El rostro severo de Christian Landon, de mirada fría y rictus serio, la traspasó como si en realidad estuviera presente.

Con un profundo suspiro controló su turbación y se giró hacia el pasillo que conducía hacia al área de la cocina, por donde había desaparecido la chica.

Se contuvo de evaluar la residencia. Al entrar pudo fijarse que continuaba exactamente igual a como la había dejado, con sus paredes blanquísimas, haciendo contraste con la escalera y los muebles fabricados en madera oscura, y con la misma lámpara de bronce y porcelana colgada en el techo. Temía encontrar más objetos que le despertaran dolorosos recuerdos, el retrato de su padre la había dejado entristecida.

Sin embargo, cuando apareció la figura robusta y sonriente de Adele Thompson, con el eterno delantal puesto sobre sus vestidos y el cabello canoso recogido en un moño, no pudo evitar que las emociones se agitaran en su interior.

La mujer se secaba las manos con un paño que le colgaba de un hombro y, al verla, dio un grito de alegría y apresuró el paso para llegar hasta ella y abrazarla. Nicole dejó caer el bolso de viaje en el suelo y soltó la maleta para abrir los brazos y

recibirla. Una lágrima logró escapar de sus ojos, demostrando la alegría que la embargaba.

—Mi niña, no sabes lo feliz que me hace tenerte de nuevo en casa —confesó la mujer. Nicole se alejó un poco de ella para mirarla, pero aún con las manos sobre sus brazos. Las emociones le habían creado un nudo en la garganta, que le impedía expresarse. Adele, al notar los grandes ojos castaños de la joven llenos de lágrimas, se afligió—. ¿Te informaron...? —No pudo continuar. Nicole sabía lo mucho que ella había amado a su padre, lo había tratado como a un hijo por lo que su muerte debió de producirle un gran dolor.

—Sí —expresó con el rostro endurecido mientras se secaba la lágrima que tenía marcada en la mejilla—. Me informaron esta mañana, dos semanas después de su muerte —formuló con reproche.

Adele comprimió el rostro en una mueca de decepción.

—Intentamos llamarte al único número telefónico que tenía tu padre, pero no respondías. Incluso, enviamos a una persona a buscarte al apartamento en el que vivías, pero nos avisaron de que ya no vivías en el mismo lugar y como las clases ya se habían acabado por las vacaciones de verano, fue imposible encontrarte.

Nicole recordó que tuvo que abandonar el lujoso apartamento que su padre le había alquilado, después de que ella se negara a que le enviara más dinero, para no tener que deberle nada. Al no poder costearlo por sus propios medios, tuvo que mudarse a las residencias estudiantiles, que eran más económicas, y nunca se preocupó en informar sobre su nueva dirección.

—Lo siento —se disculpó Adele con pesar—. El abogado nos prometió que le pediría a la universidad que le dieran noticias sobre tu paradero, pero se le había presentado un inconveniente familiar y no pudo encargarse antes de eso.

Ella asintió, se sentía dolida, pero sabía que todo había sido por su culpa.

—No te preocupes, ya estoy aquí —habló Nicole y en ese momento reparó en la presencia de una mujer morena, de rasgos indígenas y cabellos negros, parada detrás de ellas, y, con la chica que la había recibido anteriormente abrazada a su cintura. La mujer alzó el mentón mientras la niña parecía esforzarse por contener las lágrimas.

Adele se percató de que algo había llamado la atención de Nicole, y, al girarse, mostró cierto sobresalto.

—Oh, perdón. No las he presentado. —El ama de llaves estiró una mano para invitar a la india a acercarse—. Nicole, quiero que conozcas a Sabine. Ella y su hija Estrella viven en el rancho desde hace cinco años.

Sabine se aproximó con recelo, sin soltar a la niña.

—Bienvenida, señorita. Mi hija y yo estamos a su servicio —le dijo y después de hacer una venia con la cabeza se alejó—. Ahora, si nos disculpan, debemos encargarnos de la comida —informó y se marchó con la niña a la cocina.

—Bueno... —expresó Adele contrariada, al quedarse a solas—, ellas me ayudan con la limpieza de la casa —explicó con una sonrisa nerviosa, pero Nicole pudo notar

una extraña inquietud en el ama de llaves—. ¿El abogado no te habló de ellas?

La joven negó con la cabeza y recordó el sobre amarillo que Markos Edana le había entregado con información del rancho. Había quedado tan perturbada con la noticia de la muerte de su padre que no se preocupó en revisarlo. Lo único que logró fue meterlo dentro de la maleta antes de salir de Lawrence.

—Estaba apurado porque debía tomar un vuelo. Me prometió que en unos días vendría para explicarme ciertas cosas —notificó y respiró hondo antes de continuar—. Papá me dejó a cargo del rancho.

—Sí —confirmó Adele—, pronto se realizará la venta del ganado y necesitan con urgencia aclarar el tema de la herencia para comenzar a preparar la subasta de las reses.

Aquello erizó la piel de Nicole, no tenía ni la más mínima idea del trabajo que debía hacerse allí. Ahora tendría que ocuparse de los animales, del personal, de la casa y de los problemas que se presentaban en ese lugar, como si ella no tuviera los suyos.

—Yo puedo ayudarte con todo lo referente a la casa, pero del ganado y de la granja no sé mucho —le explicó Adele mientras tomaba el bolso de viaje del suelo y la manija extensible de la maleta.

—Dame, yo la llevo —se apresuró a decir Nicole y agarró la pesada maleta para acompañar a la mujer a subir las escaleras en dirección a las habitaciones.

—Sobre el trabajo que se hace en el rancho, te puede asesorar Matt —continuó el ama de llaves.

—¿Matt? —La chica no pudo evitar que la aprehensión se notara en el tono de su voz.

—Sí, pronto lo conocerás. Es un joven adorable y era la mano derecha de tu padre. Lo ayudaba en todo.

Nicole suspiró con frustración. Si Adele hablaba del mismo Matt que ella había tenido el «placer» de conocer, estaba segura de que no le resultaría tan agradable como ella decía. De ser así, entonces Matthew Jackson no era un simple peón, por eso él había ensanchado la sonrisa cuando ella lo fustigó al llegar. Ahora, le costaría más trabajo darle una lección a ese atrevido empleado, ya que dependería de él hasta que conociera todo sobre el rancho.

—Ese Matt, ¿es el administrador? —preguntó con cierta resignación.

—No. Es uno de los dueños. —Nicole quedó petrificada en mitad de la escalera. Adele se giró hacia ella y la observó confusa—. Tu padre le vendió varias acciones antes de morir, parte del ganado es suyo. ¿El abogado no te lo dijo?

La joven maldijo para sus adentros. Aquello no se lo esperaba.

Capítulo 3

Nicole decidió no bajar a almorzar. Se excusó con Adele diciendo que prefería comer un aperitivo en su cuarto y descansar del viaje. La bondadosa mujer la tranquilizó asegurándole que la comprendía: en pocas horas su vida había cambiado por completo, no solo había perdido a su padre, sino que además debía abandonar su anterior vida para ocuparse del rancho que había heredado.

Lo que el ama de llaves no sabía era que Nicole no tenía pensado renunciar a la universidad. Se sentía confundida y perturbada por lo que había ocurrido, y, de alguna manera, responsable con los trabajadores que dependían del rancho. Sin embargo, no dejaría de lado su propósito de conseguir el dinero que necesitaba para cursar el último semestre, y hacer las prácticas que le permitirían obtener un título universitario en Medicina.

Pensaba en ello mientras se daba un largo y renovador baño. Sabine tuvo la gentileza de interceder ante Matt para que fuera a buscar su coche, luego ella debería encargarse de encontrar en ese paraje desolado a un mecánico. Menos mal que Roland tenía otro vehículo, y le había cedido ese durante el tiempo que pasaría en Abilene.

Adele le dejó en la habitación una bandeja con algunos trozos de costillas de res asadas, papas con queso y pastel de cereza. Después de asearse y comer, pasó la tarde leyendo los documentos que Markos Edana le había entregado en Lawrence.

Ciertamente, Matthew Jackson había entablado una pequeña sociedad con su padre antes de que este muriera. Él se encargaba de todas las labores, se ocupaba del personal, de los insumos y del cuidado y venta del ganado. Era la columna vertebral del rancho, sin él, sería imposible controlarlo, y eso empezaba a molestar a Nicole. Aquel sujeto con su actitud belicosa la había retado. Estaba ansiosa por ponerlo en su lugar, pero a medida que avanzaba en la lectura de los documentos comprendía que dependía casi en un ciento por ciento de él.

Por otro lado, le extrañaba la situación de la tal Sabine. Su padre le había dejado una importante asignación mensual, mayor a la que le había otorgado a Adele, e incluso había iniciado los trámites para poner a su nombre algunas acciones del rancho. ¿Por qué lo había hecho?

No quería llegar a conclusiones apresuradas. Entre esos documentos existían demasiados interrogantes, como la aparente venta de la mitad del terreno a un tal Tucker Laud, trámite que había quedado inconcluso tras la muerte de su padre. Ella estaba dispuesta a continuar con lo que él había dejado pendiente en vida, sin embargo, se informaría bien sobre cualquier asunto antes de llevarlo a cabo.

Se recostó en el cabecero de la cama cansada de tanta lectura, y dejó vagar la mirada por la habitación. Adele la había instalado en la misma habitación que ella había ocupado cuando vivía con su padre. Christian lo había mantenido exactamente

igual: con el empapelado amarillo de ribetes celestes, la ancha cama de cabecero acolchado, el estante blanco que ocupaba toda una pared lleno de libros y recuerdos de la infancia, y los cuadros de paisajes urbanos y las muñecas de trapo colgadas en la pared. Todo se mantenía en su sitio, como si esperaran pacientes su regreso.

Los ojos se le llenaron de lágrimas, que en esa oportunidad dejó escapar. Lloró con desconsuelo mientras se reprendía internamente por su tozudez. Si tan solo se hubiera atrevido a llamarlo meses atrás para felicitarlo por su cumpleaños, o en la pasada Navidad. Ahora anhelaba un «Hola» o un «Adiós» que nunca llegarían.

Tarde comprendía que si Christian y su madre habían tenido sus problemas de pareja, no era ella a quien le correspondía cobrarle sus errores. Marie, su madre, por muchos años impidió que Christian cumpliera sus sueños. Él era un veterinario que anhelaba perderse a caballo en la inmensidad de una pradera y cuidar de su propio ganado, pero Marie era una mujer de ciudad, que le encantaba vivir de los beneficios que otorgaba la empresa constructora que pertenecía a la familia de Christian, sin importarle si eso lo amargaba cada día. Durante la enfermedad de la mujer, a su padre parecía importarle muy poco lo que le ocurría, aunque nunca dejó de costear los tratamientos. La falta de cariño que él tuvo los últimos días de vida de su madre, quizás se debieron a la falta de cariño que la mujer había tenido con él, el tiempo que vivieron juntos.

Meses después de la muerte de Marie, Christian vendió su parte de la empresa y compro el rancho. Nicole no tuvo otra opción que seguirlo, pero sus quince años no le permitieron entender lo que ocurría, y lo que hizo fue increpar constantemente a su padre por la muerte de su madre, y por haberla separado a ella de su mundo conocido, de sus amigos y de su rutina, lanzándola en esas tierras solitarias, donde solo contaba con la bondadosa Adele para conversar o llorar sus frustraciones.

Aunque había logrado cumplir su sueño, Christian nunca se sintió feliz. Nicole sabía que su actitud malcriada había tenido mucho que ver con esa situación. En ocasiones, él intentó que resolvieran sus diferencias, pero ella siempre se negaba. Ahora se arrepentía.

Cuando las lágrimas se le secaron en las mejillas se levantó de la cama. La soledad le desbordaba las penas del corazón. Se había acostumbrado a que su amiga Jane o Roland rondaran a su alrededor, pero en ese rancho no tenía a nadie que la alejara del dolor. Así que después de lavarse la cara y maquillarse un poco para disimular los ojos hinchados, salió de la habitación para hablar un rato con Adele.

Cruzó toda la casa hasta llegar al amplio comedor, que poseía una mesa de madera de ocho puestos y un balcón que daba al jardín lateral. Junto a este, y pasando unas puertas batientes, se hallaba la cocina, un ambiente espacioso y moderno, poblado de estantes y encimeras fabricados en granito y acero, y con un mesón cuadrado en el centro, donde se encontraba el ama de llaves mezclando harina, canela y levadura caliente.

Estrella estaba sentada junto a ella, abriendo nueces, así como Sabine, que

trabajaba afanosa con un mortero.

Las mujeres dejaron por unos segundos sus quehaceres para observarla.

—La heredera nos complace con su presencia —expresó con amarga ironía una mujer parada cerca del ventanal que daba al jardín central.

Nicole la observó con el ceño fruncido, era una india de piel morena y cuerpo esbelto, con los cabellos tan negros como el ébano y unos ojos almendrados que la hacían parecer una gata. Con altivez la mujer dio algunos pasos hacia ella, manteniendo los brazos cruzados en el pecho.

—Eva —la reprendió Sabine, y soltó el mortero en el mesón para girarse hacia Nicole—. Lo siento, ella es Eva, mi sobrina, vino a pasar el verano conmigo en el rancho. Si hay algún problema con que se quede aquí, puedo enviarla de regreso...

—¿De regreso? Claro que no —interrumpió Eva con altanería—. Si la heredera no me quiere aquí, me quedaré en la cabaña con Matt.

Nicole alzó las cejas ante semejante declaración, percatándose de que la mujer no hablada de quedarse en la cabaña «de» Matt, sino «con» Matt.

Sabine suspiró y se acercó a Nicole.

—Disculpa, no volverá a ocurrir.

—No te preocupes —respondió ella, sin dejar de vigilar a la gata que parecía estar preparando las garras para atacar en cualquier momento—, puede quedarse todo el tiempo que quiera, siempre y cuando no me provoque. —Sabine se irguió y estiró las manos a ambos lados de su cuerpo, parecía que esperaba con ansiedad un desplante de Nicole. Por esa reacción ella se apresuró a aclarar—: Yo no vine aquí a enfrentarme con nadie, sino a asumir las responsabilidades que me dejó mi padre. Los problemas que tuvimos en el pasado él y yo es algo privado, ninguno tiene derecho a reclamarme nada, ni a tratarme de manera despectiva —declaró. Notaba que tanto Matt como la india no estaban alegres con su visita, mucho menos la tal Eva.

Sabine quedó inmóvil, sin saber cómo responder ante esas palabras.

—Llegó poniendo condiciones, te lo dije —comentó Eva con una sonrisa triunfal, dirigiéndose tía, pero antes de que alguien pudiera replicar, Adele se acercó a Nicole y la tomó de la mano para arrastrarla hacia el mesón.

—Ven, mi niña, hay pan recién hecho y café, ¿quieres un poco?

—Solo café —dijo la joven y lanzó una mirada desafiante hacia Eva antes de ocupar la banqueta ubicada frente a Estrella. La niña le dedicó una sonrisa tímida y enseguida bajó la vista a su tarea.

—Yo sí que quiero pan —expresó una voz masculina desde la puerta. Matt entró en la cocina haciendo sonar sus botas en las baldosas y se sentó en una banqueta cercana a la niña—. Y si es posible, también quisiera un poco de queso de cabra y mantequilla.

—Para ti, todo es posible —pronunció con voz soñadora Eva mientras corría a servirle la comida al macho de la casa.

Nicole puso los ojos en blanco y desvió su atención a la taza de café que Adele

había puesto frente a ella.

—¿Cuándo asumirás el trabajo que te corresponde? ¿O piensas marcharte pronto? —preguntó Matt a Nicole. Ella lo observó por unos segundos, fastidiada de que siempre tuviera una sonrisa llena de satisfacción en el rostro. Cómo le gustaría borrarla de un solo golpe.

—No me iré. Mañana mismo asumiré el trabajo del rancho —contestó con seguridad.

—Bien, porque hay mucho por hacer. Espero que no tengas problemas con el sol o con el olor a estiércol —refutó Matt, y se quitó el sombrero para dejarlo sobre la mesa.

—No te preocupes por mis problemas —objetó ella.

—Cariño, ¿yo también puedo acompañarte a trabajar? —preguntó Eva al hombre, y hundió los finos dedos de una de sus manos en los cabellos oscuros y rizados de él.

—Es una salida solo para propietarios —respondió Nicole, con una sonrisa maliciosa en los labios. No podía dejar pasar la ocasión de molestar a la india.

Eva dejó con brusquedad sobre la mesa el plato que sostenía en su otra mano, que contenía la comida de Matt, y descargó sobre Nicole todo su odio a través de una mirada frenética.

—¿Propietario? —se mofó él entre risas—. Pensé que para ti era un simple peón —expuso al recordar el calificativo que ella había utilizado al llegar al rancho.

—Lo que pensé es que eras un caballero, pero evidentemente me equivoqué —contradijo Nicole, al recordar la manera en que él la había abandonado en medio de la carretera.

—Solo te daba tiempo para que reconsideraras tu decisión de visitarnos después de años de abandono, luego habría ido a buscarte —confesó el hombre con la mirada fija en ella. Nicole apretó la mandíbula, pero decidió ignorar su comentario. Era evidente que esa gente no la quería.

—Cariño, si la heredera no permite que me quede en la casa, ¿puedo irme contigo a la cabaña? —inquirió Eva con teatral inocencia.

—¡Eva! —la reprendió Sabine, pero la mujer no atendió a su regaño.

—¿Y por qué Nicole Landon no permitirá que te quedes en la casa?

Nicole se molestó al escuchar cómo Matt pronunciaba su nombre con rencor.

—Ella tiene derechos en esta casa —argumentó Sabine mientras intentaba retomar su trabajo con el mortero.

—Ella no puede llegar imponiendo su voluntad, hay cláusulas en el testamento... —comenzó a explicar Matt.

—Por favor, ¿podemos dejar de discutir y merendar en paz? —rogó Adele, cansada de tanta confrontación.

Nicole se llenó los pulmones de aire. Esa conversación parecía ser el inicio de una vida difícil en ese hogar.

—Adele, ¿podrías decirme dónde está la tumba de mi padre? —preguntó dando

un trago a su café, pero un resoplido sonoro emitido por Eva estuvo a punto de sacarla de sus cabales. La india pretendía burlarse de ella por su interés en conocer el lugar dónde descansaban los restos de Christian.

Sabine se enfureció y en esa oportunidad tomó a su sobrina por un brazo y la sacó a empujones de la cocina, sin atender sus quejas.

—Yo puedo llevarte, ubicamos la tumba dentro del rancho —ofreció con timidez Estrella. Nicole notó que Matt y Adele compartieron una extraña mirada, pero decidió no preocuparse por sus absurdas intrigas y aceptó la oferta de la niña.

Un rato después, la joven atravesaba con Estrella el patio trasero de la casa, y la granja donde se criaban animales como gallinas, patos, cerdos y vacas lecheras, utilizados para el consumo interno. Varios metros más adelante encontraron la nave de engorde de las reses. La niña se dirigió a la parte trasera de esa instalación y subió por una colina para llegar a las faldas de un inmenso árbol tupelo de hojas verde oscuro, asentado en la cima. Junto al árbol, Nicole divisó un nicho rectangular construido en mármol negro, rodeado de flores de diversos colores y coronado con una lápida cuadrada y la figura de un ángel con las alas abiertas, que miraba con dulzura hacia la tumba.

Los ojos se le llenaron de lágrimas mientras avanzaba con pasos lentos. El corazón se le contrajo y exprimió toda la pena que había albergado durante años.

Estrella ya se encontraba a los pies de la tumba, se arrodilló sobre la grama y acarició con melancolía la piedra.

Nicole se quedó por un instante detrás de ella. Le era imposible hasta respirar. El árbol creaba una sombra sobre el nicho y la brisa corría haciendo volar los cabellos de ambas. Ya sabía por qué habían elegido ese lugar para enterrarlo, desde allí se podía divisar todo el rancho, hasta los rincones más apartados. La extensión de los terrenos moría en las lejanas montañas, espacio donde las reses pastaban a sus anchas, junto con los terneros.

—No puedo creer que esté aquí —expuso Nicole con pena. No le gustaba llorar frente a extraños, pero Estrella era una chica dulce que parecía de confianza—. Si tan solo... —El dolor la ahogaba y no le permitía expresarse. Cayó arrodillada junto a la niña que también lloraba, pero en silencio.

—A él le hubiera gustado verte antes de morir. Te quería mucho —le confesó Estrella.

Nicole suspiró para detener el llanto, con la mirada fija en la lápida donde estaba inscrito el nombre de su padre.

—¿Te habló de mí?

—Sí, solía enseñarme fotos y me narraba anécdotas de travesuras que hacías de pequeña.

—¿Lo querías mucho? —preguntó. La niña asintió con la cabeza.

—¿Te molesta que lo haga?

—Claro que no. Él necesitaba el amor de una hija.

—Y yo el de un padre —aclaró Estrella—. Fue un intercambio justo.

—¿Y tu padre?

La chica se mordió los labios, parecía que le costaba hablar sobre ese tema, pero después de unos segundos se sentó sobre sus talones para responder.

—Nunca lo conocí.

Nicole dirigió de nuevo la mirada a la tumba. Esa joven no había disfrutado del amor de su padre porque no supo nada de él, en cambio ella había abandonado al suyo por un obcecado orgullo.

—Quiero reparar de alguna manera el error que cometí, por eso vine al rancho. No dejaré que su sueño caiga en el olvido.

Estrella se giró hacia ella y le sonrió.

—¿Hablas en serio? ¿Puedo ayudarte?

La joven asintió y ambas se abrazaron como si aquel gesto sellara alguna especie de pacto.

—¿Cuántos años tienes? —inquirió Nicole, y acarició los cabellos de la niña.

—Trece.

—¿Y estudias?

—Sí, en la secundaria, en Abilene. Matt me lleva y viene luego a recogerme todos los días.

Nicole no pudo evitar endurecer la mandíbula al escuchar el nombre de aquel hombre irritable.

—¿Él es tu amigo?

—Es como mi tío. Mi abuelo lo crio desde pequeño.

—¿Tu abuelo? ¿Por qué?

—No sé. Matt dice que la luna lo guio hasta mi familia, como un regalo caído del cielo.

La curiosidad aumentó en la joven. Ningún niño caía del cielo, provenía de algún lugar. Pero ¿de dónde provenía Matt?

—¿Y cómo llegasteis al rancho?

—Matt nos trajo. Le ofrecieron un trabajo aquí y cuando le dieron la cabaña fue a buscarnos para traernos.

—Pero tú y tu mamá vivís en la casa grande, y no con él —consultó Nicole sin comprender aún la relación. La niña se separó de ella y se secó las lágrimas del rostro.

—Te molesta que estemos allí.

—Claro que no.

—Matt dice que en la casa grande estamos más segura. Su cabaña queda un poco alejada y siempre está sola.

—¿Seguras? ¿De qué?

—De los asesinos de Christian —respondió Estrella alzando los hombros.

La noticia le heló la sangre a Nicole. Los ojos se le ampliaron en su máxima

expresión. Giró el rostro hacia la tumba y sintió que todo el organismo se le fragmentaba en cientos de pedazos.

Su padre no había muerto por alguna enfermedad o un accidente laboral, sino asesinado. Su vida había sido arrancada de la tierra de la forma más vil y ella no había estado cerca para evitarlo.

Una asfixiante culpa comenzó a invadirle el pecho y a carcomerle las fuerzas con lentitud.

Capítulo 4

Nicole despertó antes del amanecer debido a un intenso dolor de cabeza. Después de visitar la tumba de su padre y enterarse de la trágica noticia de cómo había fallecido, buscó a Adele para que le aclarara la situación, pero recibió muy poca información.

Christian Landon había aparecido sin vida una noche entre su ganado, con la cabeza perforada por una bala. Matt lo encontró y movilizó el rancho entero y los alrededores en busca del culpable, pero nada consiguió.

La chica se encerró en su habitación para llorar en privado su pena, ni siquiera se animó a salir a cenar. Adele le había llevado una bandeja con algunos aperitivos, pero la angustia le había cerrado el estómago. Estuvo llorando durante largas horas, rogándole perdón al alma de su padre, hasta que el sueño la reclamó.

Esa mañana, cuando llegó la hora en que Matt debía buscarla para llevarla a recorrer el rancho, ya tenía el dolor de cabeza sosegado, pero no el del corazón. Se vistió con unos viejos vaqueros, se puso unas botas de montar que Sabine le había prestado y una camiseta verde botella de tirantes.

Sobre la cómoda se encontraba el sombrero color crema que había pertenecido a su padre. Adele se lo había traído esa mañana junto con el desayuno; lo necesitaría durante el recorrido por el rancho.

Nicole tomó el sombrero y lo colocó sobre su cabeza mientras se observaba en el espejo. Los cabellos castaños le caían por los hombros, formando suaves rizos en las puntas, y los ojos se le notaban lejanos, cansados y llenos de furia.

—No dejaré que tu sueño caiga en el olvido —susurró, sin dejar de observar su imagen—. Y encontraré al asesino —juró y se regaló unos minutos de calma para asentar las emociones, antes de dirigirse con paso firme a la puerta y salir de la habitación.

Al llegar al vestíbulo se encontró a Matt, con la mirada fija en el retrato de Christian y el sombrero en las manos. Rápidamente Nicole lo evaluó de pies a cabeza. Las botas con espuelas estaban manchadas de barro, los pantalones vaqueros le marcaban las redondeadas nalgas y se aferraban a su cintura gracias a un cinturón grueso del que colgaba una pistola.

Ella amplió los ojos mientras él se giraba. La sonrisa torcida la mantenía en los labios, pero algo había cambiado, en la mirada se le notaba cierta frialdad.

—¿Para qué el arma? —preguntó Nicole con el ceño fruncido.

—Para defendernos —expresó Matt con voz indiferente y paseó la mirada por el cuerpo curvilíneo de la mujer—. No sabemos dónde nos podemos encontrar el peligro.

Ella no comprendió la indirecta, así que le dio la espalda para salir al exterior y comenzar con la faena.

Se dirigieron al establo, donde se encontraba el chico que el día anterior había

cepillado a *Randy*, el caballo de Matt. En esa oportunidad sostenía las riendas del animal, le acariciaba el hocico y le hablaba con suavidad. Cerca de él se hallaba un hombre alto, de cuerpo robusto y cabellos grises, algo largos y enmarañados. El sujeto se giró hacia ella y le ofreció una sonrisa tosca y un saludo con un toque de ala de su sombrero.

—Patrona —le dijo, e hizo brillar un diente de oro.

—Él es Tanner Weiss, nuestro capataz —informó Matt al pasar por su lado. Afincó la pronunciación de la palabra «nuestro» para agujonear la paciencia de Nicole, pero ella prefirió ignorarlo. Por ahora.

—Bueno días, señor Weiss.

—Tanner, solo llámeme por mi nombre, por favor.

Ella asintió mientras echaba un vistazo al establo. No había un caballo para ella.

—¿Y dónde iré yo? —preguntó.

Matt sonrió con picardía y palmeó el lomo de *Randy*.

—Aquí. Conmigo.

Nicole achicó los ojos y lo traspasó con una mirada desafiante. No le daría oportunidad a ese imbécil de fastidiarla. Repasó con rapidez el establo en busca de algún animal que montar. No le importaba viajar en burro, incluso, si le daban una vaca ella lo intentaría. Pero sus labios se curvaron en una enorme sonrisa al ver lo que se hallaba en un rincón de la instalación.

—¿Sirven? —le consultó al joven que acariciaba el caballo.

—Sí, patrona, ¿sabe usarlas?

Nicole le sonrió a Matt con triunfalismo y se acercó a los dos cuadríciclos semi ocultos por una lona.

—¿Tienes las llaves? —preguntó al joven, quien después de asentir corrió como un torpedo al interior del cuarto donde guardaban las monturas para caballos.

—¿Estás segura de que las sabes manejar? —inquirió Matt con desconfianza mientras ella evaluaba uno de los vehículos.

—Te haré morder el polvo, vaquero —lo desafió ella. Tanner emitió una risa sonora.

—Que nos lleven los cuernos, la patrona salió igualitica al patrón —expuso el capataz sin dejar de reír. Matt sonrió con poco ánimo y se ajustó el sombrero a la cabeza.

El joven regresó con un manojito de llaves, que le entregó a Nicole.

—¿Cómo te llamas? —inquirió ella, al tiempo que se subía a la moto y engarzaba la llave en el cilindro.

—Chase, patrona —respondió el chico con una gran sonrisa.

—¿Sabes manejar las motos?

—Claro, me encargo de ellas.

—¿Quieres venir?

Chase miró estupefacto a Matt y este abandonó la sonrisa de manera inmediata.

—No vamos a jugar a los cochecitos, sino a administrar un rancho —rebatíó el hombre con seriedad.

—Lo sé, pero él es quien conoce el funcionamiento de las motos y si fallan en medio de la pradera, los caballos no podrán remolcarlas —argumentó y encendió el poderoso motor.

Matt puso los ojos en blanco y le dio la espalda para dirigirse a su caballo mientras Chase ponía en marcha el segundo cuatrimotor. Nicole y el joven salieron del establo para comenzar el recorrido, con una inmensa sonrisa en los labios. Matt y Tanner los seguían, este último sin poder detener la risa.

Ese día recorrieron los extensos campos de pastos altos y ayudaron a agrupar el ganado cerca de los abrevaderos, para luego dirigirlos a las mejores áreas de pastizales. Matt y Tanner le explicaban a Nicole todo lo referente a la distribución y el funcionamiento del rancho, pero haciendo hincapié en lo complejo del trabajo. Ella observaba con atención a las reses de pelaje blanco y rojizo que, según los hombres, pertenecían a una de las mejores razas bovinas. Notó que algunas poseían ensartado en las orejas una etiqueta amarilla con una numeración, y otras, uno similar pero de color azul.

—Las amarillas son las de Matt y las azules las tuyas, patrona —explicaba Tanner, siempre con una sonrisa sugestiva en los labios.

—Aunque los ganados pastan juntos soy muy cuidadoso con la marcación —expuso Matt—. Christian confiaba plenamente en mí sobre ese asunto, pero si prefieres controlar tu ganado de forma particular, podemos dividir el rancho —expuso con una mirada burlona—. Claro, eso significaría contratar a más personal, establecer diversos horarios de faena, construir otros establos y cercados, supervisar las obras... En fin —alzó los hombros—, lo mejor es que dejes las cosas como están y permitas que hagamos nuestro trabajo, así tú podrás volver a la universidad.

Nicole alzó el rostro y se ajustó el sombrero a la cabeza. Al mirarlo a la cara percibió que el hombre tenía los ojos clavados en su busto, ella se aclaró la garganta obligándolo a subir la vista.

—Mi padre te conocía desde hace años, pero yo no, y la confianza se gana —expuso con altanería—. Y te aclaro que no pienso marcharme de este lugar hasta saber quién es de confianza y quién no. ¿Lo entiendes? —sentenció y le dio la espalda para dirigirse a la moto.

Matt sonrió, aunque la alegría no pareció llegarle a los ojos. La siguió en silencio y se subió a su caballo, pero antes de espolearlo para ponerlo en marcha hacia la casa, dio un repaso al horizonte montañoso del rancho.

Nicole, durante el recorrido, pudo captar el comportamiento aprehensivo del hombre en referencia a los alrededores. Vigilaba los límites con detenimiento y conversaba en murmullo con los empleados, sobre todo, con los de ascendencia indígena que, extrañamente, eran la mayoría.

No obstante, para ser su primer día de trabajo, no quería demostrar su

desconfianza. Era evidente que allí ocurría algo extraño y, por lo visto, todos se habían puesto de acuerdo para mantenerla al margen, e insistir en que se fuera. Sugerencia que no pensaba acatar. Bastaba que le dijeran que no debía hacer algo para que ella lo hiciera, y Matt había utilizado aquella mala estrategia para convencerla de marcharse.

Sin que Nicole se diera cuenta pasó una semana. El ambiente en el rancho seguía tenso, pero poco a poco lograba comprender mejor el funcionamiento de esa empresa. Durante esos días aprendió a vigilar a las reses, moverlas de prado para pastar, preparar las raciones de comida para controlar el engorde y hasta reparar vallas. Matt parecía fraguar las situaciones más absurdas y complicadas para persuadirla de dejarle a él el control de la propiedad, mientras ella continuaba con sus estudios; pero Nicole lograba superar cada una de las pruebas impuestas, y aguantaba con temple los desplantes. La insistencia del hombre hacía que ella se esforzara por quedarse. Quería conocer las razones de su comportamiento, no creía que lo hiciera por simple respeto a la memoria de su padre, estaba segura de que había motivos ocultos que de alguna manera descubriría.

Sin embargo, no podía negar que el trabajo significaba un gran reto. El rancho exigía de atención constante, eran innumerables los detalles que debían atenderse, y le era imposible asimilar toda esa información en lo que quedaba de verano.

La chica comenzó a preguntarse qué ocurriría después de esas semanas que le quedaban de vacaciones. Ella quería regresar a la universidad, pero a la vez no deseaba abandonar aquella actividad. Comenzaba a sentir cariño por el rancho y aspiraba a sacarlo adelante, por su padre, por los trabajadores, y por cerrarle el pico a Matt. Odiaba que el hombre le ocultara tantas cosas, y se negara a hablar sobre la muerte de Christian. Pero lo que más le molestaba era que cada vez que podía, hacía ver que las decisiones de él eran las más acertadas, y, en ocasiones, solía ignorar las sugerencias de ella.

A la presión por el trabajo se unía la convivencia en la casa. Sabine la evitaba, Estrella se acercaba con cierto recelo, Eva no se cansaba de seducir a Matt delante de ella para molestarla, y Adele estaba demasiado ocupada con los quehaceres como para conversar.

Al llegar el fin de semana sus emociones comenzaron a hacer estragos en su determinación. Se sentía agotada, enfadada, sola y confusa, empezaba a creer que su presencia en ese lugar no era beneficiosa, y el rencor hacia su padre parecía avivarse.

¿Por qué demonios no le dejó el rancho a Matt y a ella una simple asignación mensual para sobrevivir? Si tanto confiaba en ese hombre debió, al menos, nombrarlo administrador de sus bienes o algo por el estilo.

Por alguna razón Christian prefirió dejarle todo a Nicole y no a ese sujeto. Ese pequeño detalle era lo que la animaba a continuar y a no confiar en el tal Matthew.

Durante la mañana del lunes, mientras hacían un recorrido por los terrenos, se enteraron de que algunas reses se habían acercado mucho al pequeño lago artificial

ubicado al este del rancho.

A causa de lluvias pasadas, se creó un charco de lodo en la periferia que volvió inestable el terreno, donde habían quedado atrapadas un par de reses con sus correspondientes terneros. Los peones lograron ayudar a una, pero había otra cuyas patas se habían hundido hasta la mitad y era casi imposible sacarla del lodazal. El ternero que la acompañaba se negaba a dejarse atrapar para ser llevado a tierras secas, prefería quedarse junto a su madre, hundiéndose también en el barro.

—Tendremos que aplicar fuerza bruta —confesó Tanner al ver la situación.

Tanto el capataz como Matt se bajaron del caballo para acercarse y apreciar mejor el problema. Nicole los observaba desde la yegua que había logrado que le asignaran, un espécimen fuerte de pelaje color tierra, y cola y crin negra, llamada *Brisa*.

—Vamos a enlazarla para sacarla —ordenó Matt—. Yo entraré para desenterrar las patas y empujarla. —Para sorpresa de Nicole, el hombre se quitó el sombrero y el cinto donde llevaba el arma y se los entregó a Chase, luego comenzó a desabotonarse la camisa. Se giró hacia ella con una sonrisa seductora en los labios mientras revelaba su pecho dorado—. Espero la señorita no se ofenda, pero no pienso manchar mi camisa de barro —se mofó, arrancando algunas risas entre los empleados.

Nicole achicó los ojos y lo exterminó con la mirada, el tiempo en que el hombre se quitaba la prenda y dejaba al descubierto su torso definido, con el abdomen surcado por músculos.

Para evitar suspirar por el cuerpo perfecto de aquel idiota, ella se bajó de un salto de la yegua, y se acercó a él admirando con descaro su anatomía.

—¿Sabes que me encantan los todoterreno? —lo aguijoneó—. Sobre todo, cuando están manchados de lodo y tierra —le dijo y estiró una mano para ofrecerle a sostenerle la camisa. Si él jugaba a intimidarla, ella podía participar en aquella divertida contienda.

Matt arqueó las cejas y le entregó la prenda, que ella no dudó en colgar entre sus brazos. Los ojos verdes del hombre brillaron.

—Entonces, disfrute del espectáculo —declaró, e hizo centellear su blanca dentadura con una sonrisa.

—Eso puedes jurarlo —expresó Nicole con una voz suave y vibrante, que parecía el ronroneo de un gato.

Matt se irguió y la observó con cierto desconcierto, pero los gritos autoritarios de Tanner, anunciando que había logrado enlazar a la res y organizaba a los peones para el rescate, lo obligó a encargarse de ese asunto.

Nicole lo miró marcharse con una sonrisa triunfal marcada en el rostro, al tiempo que disfrutaba de la imagen de la poderosa espalda de Matt. Al menos un punto había ganado en aquella batalla y estaba dispuesta a sumarse otros más antes de que culminara el día.

El esfuerzo por sacar al animal del lodo fue titánico. No solo Matt había terminado manchado hasta la cintura de barro, dos peones tuvieron que sacrificarse

para ayudarlo a sacar a la testaruda res del fango. El pobre animal estaba lleno de lodo hasta en las orejas y mugía con energía, ya que su ternero aún se encontraba en medio del barro, hundido hasta la mitad.

Los hombres volvieron para sacar al ternero, pero era imposible. Algo le había aprisionado una pata y por más que Matt intentara desenterrarla, no lograba llegar al problema. El lodo estaba muy húmedo.

—Patrón, ¿y si hacemos una polea con las sogas en ese árbol? —planteó Tanner y señaló un gran árbol ubicado al borde del lago. Varias ramas se acercaban a ellos, si pasaban la cuerda por encima de la rama más próxima y la ataban al ternero, podrían elevarlo un poco para sacarlo del fango.

Matt sonrió con cansancio y enseguida se pusieron todos en la labor de engarzar la cuerda. Sin embargo, había ramas más pequeñas que impedían que la soga se ubicara en un punto fuerte. Tanner y otros peones repetían una y mil veces el lanzamiento pero parecía imposible. La soga caía en una zona débil y con el peso del ternero, la rama se rompería en segundos.

Estaban a punto de perder la paciencia cuando vieron que Nicole dejaba su sombrero y la camisa de Matt sobre la yegua y comenzaba a trepar.

—¡Vamos, patrona! —la animaron Tanner y los peones. Matt tuvo que olvidarse por un instante del ternero para mirar con los ojos muy abiertos a la atrevida chica, que ascendía por el árbol con una agilidad sorprendente—. ¡¿Quién hubiera imaginado lo arriesgada que es la patrona?! —se burló el capataz, arrancando risas sonoras en los presentes.

Al llegar a la rama, Nicole se sentó sobre ella a horcajadas y se arrimó con lentitud hasta llegar al punto medio.

—¡Lanza la soga! —gritó a Tanner y en milisegundos su orden fue cumplida.

Cuando la improvisada polea se encontraba en su sitio, Matt amarró al ternero e indicó a los hombres que lo levantaran. Fueron necesarios varios intentos para sacarlo. Una pata había quedado ensartada entre dos piedras y al ser alzado de forma brusca, la piel del animal se rasgó, lo que le produjo un agudo dolor, que lo motivó a patear con desesperación.

Los peones trataron de controlarlo, el ternero hacía fuerza para liberarse y escapar, pero justo cuando lograron sacarlo del hoyo dónde estaba hundido, se escuchó cómo se quebraba la rama que sostenía la soga. Matt subió la mirada y vio el rostro aterrado de Nicole.

—¡No te muevas! —le ordenó.

—¡No tienes que pedírmelo! —se quejó ella mientras se aferraba con fuerza al tronco y no dejaba de observar, con los ojos abiertos en su máxima expresión, el suelo.

Con el rostro endurecido por la preocupación, Matt se separó del grupo para evaluar rápidamente la situación y hallar una forma de bajar a Nicole antes de que se rompiera la rama. Pero cuando los peones pusieron de nuevo al ternero en el suelo

para quitarle la soga y sacarlo del lodo, este comenzó a correr con impaciencia esquivando el agarre de ellos.

El animal por instinto buscaba a su madre, sin saber que con su movimiento tiraba más de la rama.

—¡Salta! —le gritó Matt a Nicole, al ver que no había una solución más factible.

—¡¿Estás lo...?! —Ella no pudo terminar la frase, el sonido de la rama al quebrarse le selló los labios.

Tan pálida como un fantasma, se incorporó y saltó hacia Matt, antes de que la rama terminara de desprenderse. Él la recibió con los brazos abiertos y el corazón en la boca. Ambos cayeron al suelo mientras el ternero corría desesperado hacia su madre, llevándose arrastrada la rama tras de sí.

Tanner y los peones, ahogados por la risa, se ocuparon en atrapar al asustado animal para quitarle la soga. Matt aún se hallaba de espaldas al fango, completamente empapado, y con Nicole sobre él. La abrazaba con fuerza como si temiese que volviera a caer de nuevo.

—Eres mi héroe, vaquero —le dijo ella después de apoyar las manos sobre su pecho y levantar la cabeza para mirarlo a los ojos. Matt sonrió y le acarició la espalda. Parecía aliviado—. ¿Te he lastimado?

—Un poco —confesó él, pero luego la bañó con una mirada insinuante, llena de fuego y lujuria, que la hizo estremecer.

Por varios segundos Nicole se quedó allí, inmóvil, hundida en esos ojos brillantes, conectada a ellos por una fuerza invisible. Sintió que su corazón comenzaba a palpar con energía y que, a pesar del baño de agua helada y lodo que había recibido, su cuerpo se calentaba como brasas.

Pero quedó aún más desconcertada cuando Matt se incorporó para llegar hasta sus labios, y así poder besarla.

Las bocas se unieron en un beso suave que los estremeció más que el frío del agua que los cubría. Nicole sintió que todo en su interior se transformaba, enseguida detuvo el beso y lo observó con alarma.

¿Qué demonios hacía ese hombre? Jamás había experimentado una sensación como esa.

Ambos quedaron aturdidos, pero los gritos victoriosos de los peones les pusieron de nuevo los pies en la tierra y los motivaron a levantarse del fango. Se acercaron a la orilla cubiertos de lodo de la cabeza a los pies. Tanner, al verlos, estalló en risas.

—¿Podemos repetir estos rescates más a menudo?

Todos los presentes lo secundaron en la diversión, menos Nicole y Matt, que aún parecían confusos; y Chase, que se acercó a ellos con rostro preocupado.

—El ternero y su madre sangran —informó.

Matt y el capataz se acercaron enseguida a los animales, y, al revisarlos, pudieron notar los profundos cortes que tenían en las patas. Al ternero incluso le costaba caminar.

—Podría tener la pata quebrada —vaticinó Tanner. A Matt no le agradó esa idea, el veterinario del rancho había sido Christian y desde que él había muerto no se habían presentado problemas con los animales, por lo tanto, no se había preocupado todavía de conseguir otro especialista.

—Iré a la cabaña y me daré un baño para viajar a Abilene. En la ciudad debería encontrar a alguien que los atienda —expuso poco convencido de sus propias palabras mientras evaluaba el difícil caminar del animal.

—¿Y si no lo consigues? —preguntó Tanner con el ceño fruncido—. Si se infecta la herida será más difícil tratarla.

—¿Hay algún veterinario en los ranchos vecinos? —examinó Nicole.

—No —respondió Matt con brusquedad. Ella lo observó con irritación, le fastidiaba que él echara de lado, de buenas a primeras, sus ideas y opiniones.

—Hay uno —habló Chase, pero calló al recibir una mirada amenazante de Matt, que Nicole percibió.

—¿Dónde? —consultó ella. Sin embargo, el chico no le respondió. Se encogió por la silenciosa advertencia que le hizo su patrón con la mirada. La mujer apretó los puños y preguntó de nuevo con más energía—. ¿Dónde?!

Tanner respiró hondo y se ajustó el sombrero a la cabeza.

—En el rancho Drummond.

Matt alzó la cabeza en dirección al cielo y apoyó las manos en las caderas. Nicole miró de reojo su postura y pudo determinar que le molestaba sobremanera que los empleados hubieran mencionado el rancho vecino.

—Que alguien vaya a buscarlo —ordenó ella.

—¡No! —negó Matt y la traspasó con una mirada inflexible.

Sin perder el contacto visual con él, ella expuso:

—Los animales tienen en sus orejas una etiqueta azul, lo que quiere decir que son míos —recalcó—. No esperaré a que venga un veterinario, si es que lo consigues, teniendo uno a pocos kilómetros de distancia.

—¡Tienes más reses, si enferma una no te afectará!

La absurda negativa de Matt intrigaba a Nicole y le resultaba ideal para poner en su sitio al insolente hombre.

—Es *mi* ganado, y, por tanto, es *mi* decisión —enfaticó y le dio la espalda para quedar frente a Tanner—. Quiero que alguien vaya al rancho Drummond y pida al veterinario que venga. Díganle que le pagaré el doble de su salario diario.

El capataz lanzó una mirada interrogante a Matt, gesto que enfureció a Nicole, no permitiría que él eliminara su orden. Tenía que hacer respetar sus mandatos entre los empleados. Sin embargo, por el resoplido sonoro de Matt y el rostro aliviado de Tanner dedujo que había aceptado de mala gana su decisión.

Enseguida, el capataz envió a uno de los peones al rancho vecino y se encargó de enlazar a la res y a su ternero herido para llevarlos a los establos. Nicole se giró hacia Matt y observó como el hombre se colocaba apresurado el sombrero y el cinturón del

arma, y subía furioso a su caballo, dejando la camisa abandonada sobre la yegua de ella.

Antes de espolear a *Randy* para marcharse, él le lanzó una mirada fría a la chica.

Ella se quedó inmóvil mientras el hombre se alejaba a galope. No tenía ni idea de lo que había hecho, solo esperaba no haber cometido un nuevo error por su soberbia.

Capítulo 5

El veterinario llegó al final de la tarde, acompañado por un joven empleado del rancho vecino. Atendió a los animales en el establo, en medio de un tenso silencio. Matt no se apartó en ningún momento de los visitantes y parecía evaluar cada uno de sus movimientos y gestos.

El personal se mantenía alejado, solo Tanner se encontraba en las cercanías, pero a una distancia prudencial.

—No son serias las heridas —explicó el veterinario, un hombre delgado, de cabellos oscuros y gafas gruesas; mientras el joven que lo acompañaba guardaba los instrumentos que había utilizado en un maletín—, con los cuidados adecuados en algunos días se recuperarán. Si les parece...

—Mañana mismo contrataremos a un experto —aseguró Matt, antes de que el hombre se ofreciera a vigilar a los animales—. Gracias por sus servicios.

El sujeto, de nombre Greg River, lo observó por un instante y endureció la mandíbula.

—No tiene nada que agradecer —se giró hacia Nicole y le obsequió una sonrisa—. Cada vez que me necesite puede llamarme. —Sacó una tarjeta personal del bolsillo de su pantalón y se la entregó.

—Muchas gracias, señor River —apuntó ella y, después de recibir la tarjeta, echó una ojeada hacia Matt, que la traspasaba con una mirada severa—. Le pagaré por su servicio.

—No se preocupe, señorita Landon. Tome la visita como un obsequio de bienvenida de mi patrón, que estoy seguro de que pronto vendrá a saludarla —anunció Greg y se dirigió con el joven hacia Tanner para marcharse del rancho.

Nicole percibió que Matt apretaba los puños y no perdía de vista al veterinario mientras se iba.

—¿Puedes explicarme qué sucede? —le preguntó ella al quedar solos, pero este solo le dedicó una mirada desdeñosa antes de encaminarse al exterior.

Nicole suspiró con cansancio y se quedó por unos segundos con los animales antes de marcharse a la casa. Pasó el resto de la tarde en su habitación, estaba exhausta, tanto física como mentalmente. Sentía que allí no la querían, que no lograba encajar.

Sin embargo, comprendía que hasta ahora solo se había interesado por conocer el trabajo del rancho, sin relacionarse lo suficiente con los empleados. Si quería investigar la muerte de su padre y obtener información, no hacía las cosas de manera inteligente. En vez de imponerse debería doblegarse un poco, para saber qué se urdía entre ellos.

Después de una larga ducha, se colocó unos pantalones deportivos azules con el logo de su universidad y una camiseta color crema de cuello bordado. Se enfundó

unas cómodas zapatillas de lona y se encaminó en dirección al comedor. Pronto sería la hora de la cena.

Bajó las escaleras notando que la casa se encontraba desolada y oscura, solo se divisaba una luz brillante que escapaba por la puerta entornada de la biblioteca, ubicada en el lado contrario al pasillo del comedor.

Decidió continuar hasta la cocina, pero el murmullo de la voz enfadada de Matt le llegó a los oídos.

—Maldita sea, esa mujer me complicará las cosas —escuchó. La curiosidad le ganó la partida, así que decidió acercarse esforzándose para que sus pisadas fueran silenciosas. Por alguna razón supuso que se refería a ella.

—¿Y si tratas de explicarle la situación? —Aquellas parecían ser palabras de Sabine.

—¿Para qué? ¿Quieres que nos eche a todos del rancho? —Esa definitivamente había sido una expresión rencorosa de Eva.

—Ella no puede sacarnos de aquí, el testamento es muy claro —justificó Matt.

—Christian no culminó los trámites de la herencia —insistió Sabine—. Ella es su hija, tiene derecho a tomar las decisiones que quiera.

El silencio fluyó por unos segundos, hasta que Matt habló de nuevo.

—Tenemos que sacarla de aquí cuanto antes. Ahora Darryl ya sabe de ella y puede empeorarlo todo. —La sangre se le congeló a Nicole.

—¿Cómo? —inquirió Eva.

—Desde que me la encontré tirada con el coche cerca del rancho, le dejé bien claro que no era bienvenida. Esperaba que así se sintiera incómoda y se marchara, pero no es fácil de persuadir —explicó él—. Buscaré la manera de enfurecerla para que se marche por voluntad propia.

—Puedo ayudarte...

—Eva —interrumpió Sabine. De nuevo un tenso silencio imperó en la estancia—. Ve a ayudar a Adele a servir la cena —ordenó con severidad.

Nicole sintió que la ira le recorría las venas, pero debía ocultarse cuanto antes. Si Eva obedecía, pronto saldría de allí y la encontraría.

Abrió rápidamente la primera puerta que halló y entró en una habitación oscura, y cerró la puerta con sumo cuidado. Al escuchar que las pisadas fuertes y apresuradas de Eva se extinguían, volvió a abrir, pero se quedó cerca, en caso de que tuviera necesidad de esconderse de nuevo.

—Matt, ¿estás seguro de que esa estrategia servirá?

Un sonoro resoplido se oyó antes de que el hombre hablara.

—No quiero traicionar a Christian, pero ella no me deja más opciones. Si se queda, todos los planes se nos vendrán abajo.

Para Nicole, lo que había escuchado era más que suficiente. Con eso se confirmaban sus sospechas, aquellas personas ansiaban sacarla de allí para hacer con la propiedad de su padre lo que se les viniera en gana.

Controló la rabia mientras se ocultaba en la habitación oscura. En su escondite, se apoyó en la puerta cerrada para respirar con profundidad y sosegar las emociones.

Quería salir y enfrentarse a ellos cara a cara. Gritarles que a pesar de su lejanía y los conflictos que pudo haber tenido con Christian, por alguna razón él decidió dejarle a ella el rancho y no a ellos. Tendrían que respetar esa voluntad, y si no estaban dispuestos a hacerlo, entonces ella se lo exigiría. Pero no podía actuar de manera impulsiva. Lo que allí ocurría además de complejo, parecía peligroso. Debía pensar con frialdad cada una de sus acciones, para no cometer ningún error.

Al sentirse más calmada decidió encender la luz y quedarse un rato en ese lugar, así podría comenzar a trazar un plan. Necesitaba mezclarse con los trabajadores y obtener de ellos respuestas, que le permitieran comprender la situación y establecer las mejores maneras para sacar a todos los traidores del rancho.

Tanteó en la pared en busca del interruptor, la oscuridad era marcada. Al hallarlo y lograr iluminar el cuarto, quedó conmovida por la imagen que se reveló. Aquella habitación había sido el despacho de su padre.

El inmenso escritorio de roble tallado con butaca reclinable seguía destacando frente a la entrada, y, sobre él, ya no se hallaba atornillado a la pared el cuadro de un prado soleado e interminable, sino una gran fotografía de ella cuando tenía quince años, y posaba sonriente sobre un caballo negro días después de haber llegado al rancho.

Las lágrimas le anegaron los ojos. Se sentía desdichada. Se había comportado como una completa idiota durante años, y el único modo que tenía para reparar su error era cuidando del sueño de su padre.

Avanzó hacia el escritorio y apretó la mandíbula para ahogar el llanto. Sabía que con eso no lograría resolver sus problemas. Tenía miedo, debía aceptarlo, y no solo por enfrentarse contra la avaricia que existía en ese lugar, sino por el hecho de tener que desprenderse de su propia vida para estar allí. Porque si iba a luchar contra ellos para defender esas tierras, debía olvidarse de la universidad por un buen tiempo. Quizás, para siempre.

Acarició la madera del escritorio con melancolía, se acercó a la butaca y pasó la mano con dulzura por el respaldo. Le hubiera gustado ver a su padre una vez más sentado en ese lugar, pero comprendía que eso ya no era posible.

Al escuchar sonidos en el exterior se irguió. Oía voces tras la puerta, quizás de Matt y Sabine, que salían de la biblioteca. Al ver que la manija giraba, se sentó en la butaca y asumió una pose relajada.

La puerta se abrió con lentitud y la cabeza de Matt, enfundada en su sombrero, se fue asomando. El hombre repasó la habitación con la mirada, y, al ubicarla, su rostro reflejó al principio desconcierto, luego indiferencia.

—Señorita Landon —dijo y entró en el despacho cerrando la puerta tras de sí. Nicole podía jurar que afuera se hallaba Sabine, y, con ese saludo, él le avisaba de quién se encontraba dentro de la habitación.

—Señor Jackson —lo saludó con apatía.

Matt metió las manos en los bolsillos de su pantalón y se acercó al escritorio, hasta detenerse frente a ella, con la mesa como obstáculo entre ambos.

—¿Qué haces aquí? —preguntó él.

—Es mi despacho —expresó ella con frialdad—. ¿Por qué has entrado sin llamar? —lo provocó.

—Tienes razón. Lo lamento —se disculpó, con la mirada fija en los ojos castaños de la chica—. No sabía que lo usabas y al ver que la luz estaba encendida, decidí investigar.

—Veo que eres arriesgado —expresó Nicole mientras se levantaba de la butaca—. No sales sin un arma y te atreves a investigar cuando algo llama tu atención —enumeró al tiempo que se acercaba a él—. Si yo hubiera sido un delincuente te hubiera volado la cabeza de un disparo cuando te has asomado sin anunciarte.

Él mantuvo una pose inquebrantable, sin dejar de mirarla.

—Le prometí a Christian que cuidaría del rancho y es lo que hago.

—Hablas como si hubieras tenido la oportunidad de despedirte de él —declaró Nicole, deteniéndose a escasos centímetros de Matt—. Tengo entendido que mi padre murió de manera repentina, asesinado —recalcó aquella última palabra—, y fuiste tú quien lo encontró —concluyó. Él endureció la mandíbula, pero no se apartó.

—¿Qué tratas de decir? ¿Piensas que yo asesiné a Christian?

—No he dicho eso, solo intento comprender lo ocurrido.

Los ojos de Matt llamearon. Avanzó un paso y la tomó con firmeza de la barbilla, para levantarle más el rostro y acercarlo al suyo.

—Hace cinco años que te largaste, no sabes nada de lo que aquí sucede. Te sugiero que no hagas conclusiones apresuradas.

Ella se libró de su agarre, enfadada. Retrocedió un paso, pero no eliminó su postura soberbia.

—Mi padre me dejó el rancho a mí, no a ti, ni a Sabine —aclaró con aspereza—. Tengo derecho a hacer las suposiciones que quiera.

—Lo mejor es que te vayas, regresa a la universidad, yo puedo hacerte llegar las...

—¡No!

Ambos quedaron inmóviles, enzarzados en una lucha silenciosa. En una guerra de voluntades que ninguno estaba dispuesto a perder.

—No cometas el mismo error que tu padre —advirtió él.

—¿Cuál? ¿Confiar en ti?

Matt se irguió, se ajustó el sombrero en la cabeza y achicó los ojos antes de hablar.

—No. Creerse intocable —señaló y volvió a acercarse. Esta vez Nicole parecía intimidarse por su altura y arrogancia—. Christian no me escuchó y terminó con la cabeza traspasada por una bala. Te juro que no permitiré que eso suceda de nuevo —

advirtió mientras volvía a tomarle la barbilla a la chica con una mano. Ella amplió los ojos, pero se quedó inmóvil—. Si tengo que atarte a la pata de la cama para salvarte de algún peligro, lo haré.

La cercanía de Matt derribó todas las barreras de Nicole. Sin poder evitarlo dejó escapar un gemido. Los labios de él se estremecieron al recibir el cálido aliento de la chica. Cerró los ojos complacido y unió sus bocas con un beso intenso, arrollador y anhelado.

Ella al principio se mantuvo rígida, pero la lengua de Matt se introdujo con facilidad en su boca y con caricias ansiosas le robó cualquier pretensión de negarse. Una avalancha de placer le recorrió las venas, que en segundos le llegó al cerebro, adormilándole las neuronas y cada parte de su organismo. Quedó así, a merced de él.

Con un brazo, Matt le rodeó la cintura y la pegó con firmeza a su cuerpo, para evitar que ella se debatiera o se alejara. Sin embargo, Nicole no pensaba hacer nada de eso. Puso en funcionamiento los últimos hilos de nervios que le quedaban activos, y envió un mensaje a sus brazos para que se enlazaran en el cuello del hombre.

Aunque pareciera imposible, el beso se profundizó. Ambos se daban en aquella entrega, se aferraban con desesperación al otro como si esa fuera la primera o la última vez que lo harían.

Los cuerpos se frotaron como dos pedernales, creando chispas a su alrededor que amenazaban con formar un fuego abrasador capaz de consumir todo a su alrededor.

—¿Matt?!

La repentina intervención de Eva los sacó a los dos de su ensoñación. Se alejaron con dificultad, e intentaron controlar la respiración y los acelerados latidos del corazón.

—¿Matt, qué...? —La mujer estaba lívida por la furia. Había ido a buscarlo al ver que Sabine entraba en la cocina sin él. Oyó la discusión en el despacho y esperó a que saliera, pero al notar que tardaba decidió asomarse, presenciando la frenética escena de los besos.

—Ve al comedor, Eva —ordenó el hombre con la voz ronca y ajustando el sombrero a su cabeza. A la india la sangre se le había escapado del rostro, los ojos le brillaban y los puños le temblaban levemente. Nicole se acomodaba la ropa con una pequeña sonrisa en los labios, aprovechaba la ocasión para vengarse de la mujer por todas las veces que la había provocado.

Después de un minuto de tensión, Eva se marchó; no sin antes dirigirle una dura mirada de advertencia a Nicole.

—No quiero que salgas del rancho sin protección —le exigió Matt al quedar solos. Aún se notaba perturbado, en su mirada parecían reflejarse ruegos y necesidades que ella no podía reconocer—, ni andes sola por los terrenos.

—Tengo derecho a saber lo que ocurre —sentenció Nicole e intentó sonar autoritaria, pero en realidad, las piernas no dejaban de temblarle por la intensidad del beso que acababa de recibir.

—Lo sabrás, cuando yo logre descubrir la verdad —reveló él y después de compartir con ella una profunda mirada, se retiró.

Al quedar sola, Nicole se sentó con abatimiento en la butaca, apoyó un codo en el reposabrazos y sostuvo su trastornada cabeza. El cuerpo le ardía y la sangre le fluía rabiosa por las venas. Matt había sabido apabullarla y cegarla para obtener lo que quería, no podía permitir que aquello se repitiera.

No debía mostrarse frágil ante el enemigo. Él la quería fuera del rancho y estaba aliado con Sabine y Eva para arrancarle la herencia.

Aunque el beso le agradó y lo había anhelado, tenía que tomarlo como un simple juego. Él había podido percatarse de la influencia que creaba en ella, estaba segura de que se aprovecharía de esa debilidad para manipularla y empujarla a seguir sus dictámenes.

Si quería mantenerse firme y salvar el rancho de su padre, no podía perder la cabeza, ni por Matt ni por nadie.

Capítulo 6

Al día siguiente, y después de una mañana difícil por haber pasado horas entre el ganado, revisando cada animal y garantizando el funcionamiento del rancho, Nicole llegó a la casa exhausta, cubierta de tierra y con los pantalones manchados de lodo y quién sabía qué otras cosas.

Olía mal, estaba sucia y con los cabellos atados en una trenza mal hecha. Se abanicaba con el sombrero mientras cruzaba el jardín. Había dejado a su yegua en el establo, al cuidado de Chase, y a Matt y a Tanner dirigiéndose a la granja con el nuevo veterinario.

—Es más bella de lo que pude imaginar.

Aquel saludo la hizo girar sobre sus talones. Quedó sin aliento al ver al hombre que se acercaba. Era alto y delgado, de andar firme y pasos largos; aún en ropas de trabajo se notaba elegante, y mantenía la espalda recta para destacar el pecho fibroso. Al llegar junto a ella, él se quitó el sombrero y reveló una seductora sonrisa.

—Señorita Landon, bienvenida a sus tierras —expresó el sujeto. Parecía irreal, con los cabellos rubios y cortos peinados hacia un lado, ojos amarillos de mirada intensa y un aroma a colonia que envolvía. Por las escasas arrugas alrededor de los ojos ella podía deducir que estaba en sus cuarenta, pero se encontraba muy bien conservado. No podía negar que era atractivo.

Intentó recomponerse los cabellos, pero al recordar que tenía peor aspecto que las reses de su rancho, bajó los hombros y se alejó un paso de él.

—Gracias por la bienvenida, ¿usted es...?

—Darryl —confesó el hombre—. Darryl Vince, su vecino. —Y le mostró una sonrisa arrebatadora. Ella alzó las cejas al recordar que Matt había mencionado ese nombre la noche anterior, cuando hablaba con Sabine y Eva en la biblioteca.

—Bien... creo que ya sabe quién soy yo —le dijo.

—Cómo no saberlo, si tiene los mismos ojos castaños de su padre, aunque debo confesarle que usted es mucho más hermosa que Christian. —Nicole lo observó con mayor detenimiento mientras se abanicaba con el sombrero—. Mi veterinario me ha informado de que ayer estuvo por aquí.

—Sí, tuve un incidente con unos animales y no tenía quien los atendiera. Le prometí que le pagaría por la molestia, pero no aceptó.

—Él sabe lo que le conviene. Si lo hubiera hecho, yo mismo le cortaba las manos por atrevido. —Ella amplió los ojos e intentó sonreír ante esas palabras—. Si necesita nuevamente de sus servicios no dude en llamarlo. Lo pongo a su disposición.

—Gracias, pero ya hemos contratado a uno para el rancho.

El hombre no apartaba su mirada evaluadora de la joven. Por un momento Nicole se sintió cohibida, no estaba presentable como para recibir visitas.

—La última vez que la vi era una delicada flor a punto de abrir sus pétalos, pero

con una energía desbordante reflejada en sus grandes y expresivos ojos —alabó Darryl, haciéndola ruborizar—. Ahora está más hermosa que cualquier flor existente —dijo, y la repasó de pies a cabeza con un extraño brillo en los ojos—. Demasiado hermosa.

Nicole sintió que los vellos de la nuca se le erizaban. Algo en la voz o en la postura del hombre hizo disparar sus alarmas.

—Gracias —respondió. Cada vez que conocía a alguien le era fácil predecir sus intenciones por la forma en que se expresaba o la postura, sin embargo, aquel sujeto la había abordado teniendo las defensas bajas, por eso le costaba reconocer sus verdaderos propósitos.

—Lamento mucho la muerte de Christian —continuó él—. Tu padre y yo fuimos muy cercanos, nos prestábamos ayuda en todo momento, e incluso asesoría con respecto al funcionamiento de nuestros ranchos. Por eso me gustaría invitarla a cenar, para que construyamos una fuerte relación de amistad.

—¿Cenar? —preguntó ella con desconcierto.

—Sí, en Abilene hay buenos restaurantes. Imagino que nadie la ha agasajado desde que llegó. ¿Acepta mi invitación?

Ella se tragó un resoplido e imaginó al ordinario de Matt invitándola a cenar a un lujoso restaurante, para crear algún lazo de amistad. Tuvo que ocultar una mueca de decepción que involuntariamente se le dibujó en el rostro.

Darryl ladeó la cabeza y fijo los ojos amarillos en ella. Esperaba una respuesta.

—Sí, acepto —respondió.

—¡¿Qué es lo que aceptas?!

Nicole se giró con el corazón en la boca al escuchar la voz de Matt tras ella. Él se acercaba con rapidez, proveniente del establo, tenía los puños apretados y el rostro ceñudo, y sus ojos se notaban más verdes que de costumbre. Al verlo, ella no pudo evitar recordar el beso que se habían dado la noche anterior. Aunque pasó toda la mañana procurando no rememorar esa escena, en ese instante parecía bullirle en la memoria el sabor mentolado de su boca y las suaves caricias de su lengua.

—¿Qué haces aquí? —Matt se dirigió con irritación hacia el visitante, al tiempo que se detenía cerca de Nicole.

—¿Te importa? —Al escuchar la provocación de Darryl, ella pudo comprender parte de la situación. Era evidente el rencor que se tenían.

—Sí, me importa —respondió Matt con la misma sequedad y tomó el brazo de Nicole para llamar su atención—. ¿Qué es lo que has aceptado? —le preguntó a ella con la mandíbula apretada.

Nicole se soltó de su agarre y le dirigió una firme advertencia con la mirada. No se dejaría apabullar por nadie, y, mucho menos, delante de extraños.

—No deberías tratarla así —rebató Darryl con voz amenazante.

—Si has venido a saludar, ya te puedes ir —le escupió Matt y lo traspasó con la mirada.

—Matt, no seas grosero —le reprochó Nicole.

—No te preocupes, corazón —intervino Darryl. Sus palabras lograron que el cuerpo del hombre se tensara y se acercara más a la mujer—. ¿A qué hora puedo pasar a buscarte?

—¿De qué demonios habla?

Nicole por un momento se desorientó. Matt estaba casi sobre ella, la arropaba con el calor de su ira y exigía una respuesta.

—El señor Darryl Vince me ha invitado a cenar esta noche.

—No irás —decretó él. Tenía la mandíbula tan apretada que parecía que sus dientes estaban a punto de romperse.

—Iré —aseguró Nicole y se volvió de nuevo hacia Darryl—. Lo siento, ¿puede venir a las ocho? —le preguntó con amabilidad. Sabía que Matt estaba detrás de ella, a punto de estallar por la rabia, pero no permitiría que él dominara su vida. Le dejaría bien claro que era la dueña absoluta de su destino.

—Por supuesto —expuso el hombre con una enorme sonrisa triunfal en los labios, y se colocó el sombrero mientras echaba una ojeada hacia Matt, con los ojos impregnados de amenazas. Se despidió de Nicole y se marchó haciendo sonar sus brillantes botas en las baldosas de cemento del jardín.

Ella observó como el hombre se subía al asiento del copiloto de un Land Rover Defender y salía de su rancho dejando una estela de polvo a su paso. Sin mirar a Matt se dio la vuelta y caminó con rapidez hacia la casa. Quería demostrar que sus decisiones no admitían reclamos, pero en realidad lo que hacía era huir. No tenía argumentos para defender su postura. No conocía al tal Darryl y en ese primer encuentro le había resultado arrogante; tampoco podía decirle que lo había hecho como venganza por lo que había escuchado la noche anterior, así que lo mejor era escapar de su posible interrogatorio.

Al llegar a la casa, se dirigió a toda prisa a las escaleras, pero Matt la detuvo cuando estaba en el primer escalón, reteniéndola por un brazo.

—No pretendas esconderte —le advirtió al tener su rostro frente al suyo, a escasos centímetros, con las miradas enlazadas en un debate de voluntades.

Sabine, que se encontraba limpiando la sala privada, al escucharlos se acercó al vestíbulo para saber qué sucedía.

—¡No seas idiota! —se quejó Nicole y se libró de su agarre de un manotazo.

—¿Qué demonios piensas hacer?!

Por los gritos que se proferían, Adele y Estrella salieron de la cocina con nerviosismo y se acercaron al vestíbulo.

—¡Yo?! ¡Tú eres quien se toma derechos que no le corresponden! —gritó ella.

—¡Los tengo!

—¡Que tengas en tu poder algunas acciones del rancho no te hace dueño y señor de nada, y mucho menos de mi vida!

Tras Sabine apareció Eva, con una sonrisa socarrona en los labios.

—Esos sujetos son peligrosos, Nicole. Darryl es un cabeza dura y sus hombres no son bienvenidos en el rancho —explicó Matt, pero ella no deseaba escucharlo, así que le dio la espalda para marcharse a su habitación, sin poder dar un paso. Él volvió a retenerla—. No sabes lo que ocurre, no puedes tomar...

—¡Yo tomo las decisiones que quiera y cuando quiera! —rugió Nicole.

—¡Pues tendrás que tragarte el orgullo, porque no permitiré que hagas lo que te dé la gana! —anunció él con furia. Se acercó más a ella, con la determinación reflejada en las pupilas. Nicole se mantuvo altiva, aunque los puños le temblaban levemente por la rabia—. Christian pudo haber permitido tus caprichos, pero yo no lo haré.

Aquella advertencia la afectó. Por un momento pareció que se doblaba. Perdió la rigidez del cuerpo y los ojos se le llenaron de lágrimas. Pero pronto se recompuso; el ceño se le frunció mientras señalaba a Matt con un dedo acusador.

—Escúchame bien, Matthew Jackson. Tú no me conoces, así que no pretendas dominarme. Si voy a equivocarme, es mi decisión.

—No lo permitiré —aseguró él sin dejarse intimidar por el desafío de la chica.

—No te corresponde a ti elegir. Recuérдалo —concluyó ella y, después de compartir una mirada desafiante con él, le dio la espalda y subió con pasos enérgicos las escaleras. Dejando a todos allí, en medio de un tenso silencio.

En su habitación, Nicole se quitaba las botas con brusquedad cuando escuchó que alguien tocaba con timidez a la puerta.

—¿Quién?! —preguntó con irritación. Si Matt pretendía molestarla de nuevo con sus reclamos, estaba dispuesta a echarlo a patadas.

—Adele —informó una tímida voz al otro lado de la puerta.

Ella aspiró todo el aire que pudo y cerró los ojos durante diez segundos, luego los abrió, y permitió la entrada al ama de llaves.

Sin mirar a la mujer, ella se dirigió a la cómoda, y comenzó a desatar la trenza en la que había sujetado sus cabellos.

—Mi niña, ¿qué ha ocurrido? —preguntó Adele con angustia mientras se acercaba a Nicole y la miraba a través del espejo.

—Nada —respondió con sequedad, mientras intentaba contener las lágrimas en los ojos.

—No te enfades con Matt, él solo...

—¡Él es un imbécil, Adele! —reprochó Nicole para impedir que el ama de llaves intercediera por el hombre—. No permitiré que ni él ni nadie intenten imponerme algo.

—Hija, Matt solo...

—Adele —volvió a interrumpirla y fijó una mirada impasible en ella—. Si Matt tiene razón en lo que alega, no ha sabido cómo demostrarlo. Yo no voy a ceder ante una imposición, si quiere mi colaboración, que me explique con detalles lo que sucede. No soy un cero a la izquierda, soy la dueña de este rancho —aclaró.

—Nicole, dale una oportunidad —rogó la mujer.

—¿Y por qué no me da una oportunidad él a mí? ¿Acaso no la merezco? —Los ojos de Nicole se llenaron de pesares, bajó los hombros y en medio de un suspiro se sentó en el borde de la cama—. Sé que fui cruel con mi padre, no te imaginas cuánto me arrepiento de eso —confesó, con la mirada entristecida clavada en el suelo. Adele se sentó junto a ella y la ayudó a desatar la trenza de sus cabellos—. Tuve mis razones para comportarme así con Christian, tú lo sabes. Nadie tiene derecho a castigarme por eso, mi conciencia se encarga de hacerme pagar mi error.

—Hija, siempre has sido una niña buena, quizás un poco rebelde, pero nunca maliciosa, eso tu padre lo sabía —explicó Adele, con una voz tan dulce y maternal que hizo estremecer a Nicole—. Escucha a Matt. Él es un poco brusco para decir las cosas, pero no es un mal hombre.

—No te dejes hipnotizar por sus encantos, Adele —argumentó Nicole con una amarga sonrisa en los labios.

—Mi niña, una vez tomaste una decisión apresurada y hoy te arrepientes de ello. No cometes el mismo error.

Nicole se levantó como un resorte de la cama, se alejó del ama de llaves y la miró con severidad.

—Mi error no fue marcharme del rancho como todos creen, sino mantener el orgullo con mi padre por mucho tiempo. Él y yo no podíamos vivir juntos, ambos éramos testarudos, irme fue la mejor decisión —explicó con una postura inflexible—. Si lo que hice hoy es o no un error, ya lo sabré. Lo que quiero que todos entiendan es que no soy una niña a la que pueden manipular como les venga en gana, o echar cuando les provoque. —Antes de concluir se irguió con soberbia—. Soy la heredera, la patrona del rancho; el que no quiera seguir mis órdenes y aspire a imponer su voluntad por encima de la mía, tendrá que coger sus cosas y largarse.

Adele la observó durante unos segundos con sorpresa, luego se levantó de la cama y asintió con resignación.

—Se lo haré saber a los demás —dijo la mujer con la cabeza gacha, y salió de la habitación.

Aunque un torbellino de dolor amenazó con doblegar la decisión de Nicole al ver la pena en Adele, se mantuvo inalterable.

Al quedar sola se lanzó boca abajo en la cama y gritó con fuerza sobre la almohada, para desahogar las emociones, pero dispuesta a no retractarse. Si quería hacerse respetar tenía que imponerse, ya que ni Matt ni nadie en ese rancho, darían su brazo a torcer.

Capítulo 7

Abrió una caja de madera laqueada que se hallaba sobre el escritorio, y se encontró una colección de lápices y bolígrafos y un abrecartas de metal. Junto a la caja se hallaba un pisapapeles con base de granito, que sostenía la imagen de un caballo fabricado en plata. Acarició con ternura la cabeza del animal mientras suspiraba. Tenía un nudo atado en el estómago que la llenaba de temor.

Al sentir que alguien llamaba a la puerta del despacho, se sobresaltó.

—¿Quién? —preguntó Nicole. Por unos segundos hubo silencio.

—Matt.

Al escucharlo, todo su cuerpo vibró. Se irguió e intentó convencerse de que aquello era producto de la ira. Ese hombre estaba aliado con las indias que vivían en el rancho y ansiaban quitarla a ella de en medio para quedarse con el control de su herencia. No podía permitirse sentir nada por él, pero su desbocado corazón estaba ubicado muy lejos de su cerebro. Los razonamientos no le llegaban ni en susurros, solo los oleajes de adrenalina que su estúpido cuerpo producía cada vez que percibía la presencia de aquel hombre.

—Pasa —ordenó. Enseguida la manija se movió y la puerta comenzó a abrirse con suavidad. Nicole se cruzó de brazos y se esforzó por asumir una pose altiva mientras Matt entraba—. ¿Qué quieres? —inquirió con indiferencia.

Él no respondió enseguida, primero se dedicó a admirarla con total descaro. Se ajustó el sombrero en la cabeza al tiempo que sus ojos, brillantes como esmeraldas, saboreaban el cuerpo de la chica. Ella se había preparado para la cena con Darryl. Llevaba puesto un minivestido de tirantes y pliegues delicados color turquesa, que caía sobre su cuerpo delgado y curvilíneo como si estuviera envuelta en una sábana. El tono de la prenda le iluminaba el rostro y volvía más expresivos sus ojos castaños, resaltados por un sobrio maquillaje.

—¿Qué quieres? —volvió a preguntar al ver que él no respondía.

—Creo que te debo una disculpa —reveló Matt. Nicole amplió los ojos, aquello no se lo esperaba.

—Bien... acepto tus disculpas —titubeó. Él continuaba su avance, alterando los nervios de la chica.

—Estás hermosa. —La confesión del hombre le erizó la piel. Estuvo a punto de retroceder, pero decidió no moverse ni un centímetro, a pesar de que sentía el aliento masculino sobre su rostro. Alzó el mentón y lo miró con arrogancia.

—Espero que Darryl opine lo mismo.

—Ese imbécil solo tiene ojos para sus vacas.

Nicole iba a protestar, pero la mano de Matt llegó más rápido a su cuello. Con el dorso de un dedo él lo recorrió, desde la clavícula hasta el soberbio mentón, que sostuvo con firmeza para que ella no desviara el rostro.

La respiración de la mujer se profundizó y los brazos le colgaron laxos a ambos lados de su cuerpo.

—Maldita sea, me haces las cosas más difíciles —confesó él con voz susurrante—. Con solo verte se me olvidan hasta las promesas.

El corazón de Nicole se detuvo cuando vio a Matt quitarse el sombrero y acercarse decidido a su rostro. Su aroma la estimuló como si fuera una droga y la instó a abrir los labios y cerrar los ojos.

Él se fundió con su boca, al principio fue cálido y cortés, le acariciaba los labios como si fueran una fruta exquisita y codiciada, de esas que se quieren consumir hasta el último bocado, sin dejar escapar siquiera, una gota de su jugo. Luego la intensidad subió, a medida que el anhelo tomaba las riendas de sus reacciones.

Con su brazo libre, Matt le cubrió la cintura y la apretó a él. Nicole se rindió a sus atenciones, le era extremadamente difícil negarse, lo único que pudo hacer fue apoyar las manos en su pecho.

Sintió el cuerpo masculino firme, de piel suave, y su lengua se movía inquieta, capaz de robarle a su cerebro cualquier rastro de inteligencia.

Sabía que no estaba bien dejarse llevar por esa situación, pero qué demonios, llevaba mucho tiempo sin recibir las caricias de un hombre. Necesitaba sentirse amada.

—¿Qué me estás haciendo? —jadeó él, sin atreverse a soltarla. Sus brazos se enlazaron alrededor de ella y la elevaron del suelo para sentarla en el borde del escritorio.

Con agilidad le abrió las piernas y se ancló entre ellas para frotar su miembro duro en el sexo húmedo, cubierto solo por unas delgadas bragas. Nicole por instinto se arqueó, estaba hipersensible y, al captar el fuego que desprendía su erección, gimió.

Con ambas manos Matt le aferró las nalgas y la empuñó a él mientras le devoraba el estilizado cuello. Uno de los tirantes del vestido de la chica bajó por el hombro, facilitándole al hombre el trabajo de apartar con la boca la tela que cubría uno de sus pechos.

Ella no llevaba puesto sujetador. Cuando la prenda cayó y dejó al descubierto su seno redondo de pezón sonrosado, él lo cubrió con la boca y lo absorbió por completo, hasta hacerla erizar por el placer.

—Matt... —gimió.

—Aquí estoy, cariño —aseguró él y alzó la cabeza para mirarla a los ojos. Ella tenía el rostro enrojecido, los párpados caídos y los labios entreabiertos e hinchados. Esa imagen lo excitó aún más. Metió las manos por debajo del vestido y buscó con ansiedad la tira de las bragas. Se alejó un poco para retirar la prenda, pero en segundos retomó su posición.

Se apoderó de nuevo de su boca, sin embargo, esta vez fue Nicole la que profundizó el beso, ansiosa por explorar y consumir cada rincón de él.

Matt le introdujo una mano entre las piernas y le frotó el sexo llenándose los dedos con la miel que escapaba de su interior. Al hallar el botón de nervios, lo pellizcó y estimuló, obligándola a detener el beso para jadear. Las uñas de Nicole se clavaron en la espalda del hombre y estuvieron a punto de romperle la tela de la camisa.

—Matt, por favor, hazlo... —rogó.

Él no necesitó más súplicas. Sentía que de un momento a otro su organismo se colapsaría y estallaría en mil pedazos.

Se desabrochó a toda prisa el pantalón y liberó su miembro, para luego seguir agasajando el sexo húmedo e hinchado de Nicole, que exigía como ella que lo liberaran de su prisión.

—Aférrate a mí —le pidió y comenzó a penetrarla con sutileza, sin dejar de mirarla profundamente a los ojos. Ella hundió los dedos en los cabellos de la nuca de él, para sostenerse, sintiendo como Matt la llenaba y se apoderaba de cada fragmento de su existencia.

Cuando los cuerpos estuvieron acoplados, sus bocas también lo hicieron, enseguida comenzó una danza de embestidas, al ritmo de los gemidos y jadeos que ambos emitían.

Nicole cerró los ojos y dejó que el placer la llevara de la mano al limbo. Abrió todas sus defensas para dejarse dominar por las fuertes sensaciones que Matt le hacía experimentar. Necesitaba esa liberación, llevaba mucho tiempo acumulando anhelos.

Alzó el rostro hacia el techo y tuvo que morderse los labios para no gritar el exquisito placer que el orgasmo le producía. Él hundió la cara en el cuello de ella y la apretó en un abrazo posesivo mientras los espasmos pasaban.

Ambos respiraban con dificultad, aferrados al cálido cuerpo del otro, captando al máximo la suavidad de su piel a través del susceptible contacto. Se sentían como si hubiesen llegado a su destino después de años vagando perdidos en el mundo. Ninguno de los dos se quería apartar y alejarse de aquella sensación tan gratificante.

—Señorita Landon... —Nicole escuchaba que alguien susurraba su nombre. Por un momento pensó que era Matt, pero a medida que el desenfreno del deseo se asentaba, notaba que la voz que la llamaba no era la de él. Parecía femenina.

—¿Vas a responder, cariño? ¿O lo hago yo? —Ella observó al hombre sin comprender lo que decía. Él le dedicó una sonrisa arrebatadora y en vez de salir de ella para darle la oportunidad de reaccionar, se hundió más y comenzó a mover las caderas en círculos para avivar de nuevo la excitación en Nicole. Aunque segundos antes había culminado, no había logrado aplacar su deseo—. Estrella te llama. Darryl debe de haber llegado —le informó, sin dejar de menearse.

La atormentaba con suaves arremetidas, que le dificultaba a la mujer poner en funcionamiento las neuronas. Con esfuerzo recordó que se había preparado para salir a cenar con su vecino, y que una niña la llamaba al otro lado de la puerta, para informarle de que había llegado y la esperaba fuera.

—Matt, detente... —le pidió, pero él aferró más su abrazo y aumentó las embestidas. Nicole no podía escapar, ni quería. La fricción que el miembro hinchado del hombre hacía dentro de ella la llevaba de nuevo al limbo. Sentía que pronto perdería la conciencia—. Matt... —suplicó entre gemidos y apoyó la frente en la de él.

A lo lejos escucharon como Estrella la llamaba de nuevo por segunda vez.

—Dile que se vaya —le ordenó, con la voz entrecortada por la pesada respiración. Nicole estaba envuelta en un torbellino de placer, como pudo le informó a la niña que pronto saldría.

Al eliminar la interrupción, Matt arremetió con renovadas fuerzas. El corazón de Nicole martilleó en su pecho a medida que él se adueñaba de su cuerpo y de sus emociones. Aquella tortura se transformó en los minutos más largos y deliciosos de su vida, un placer que logró dibujarle una sonrisa en el rostro.

Sollozó cuando un segundo orgasmo la sacudió, y estuvo a punto de hacerla caer en la inconsciencia, dejándole toda la piel sensible, con un cosquilleo agradable recorriéndola.

Después de un tiempo que ninguno de los dos supo determinar, ambos levantaron el rostro y se miraron a los ojos. Ella pudo percibir un brillo diferente en la mirada de él, algo se había transformado, tanto en Matt como en ella, pero no era capaz de definirlo de ninguna manera.

—No puedo salir así —expuso la chica con una voz gruesa y rasposa.

—Quédate. Sacaré a Darryl a patadas del rancho.

Matt la abrazó con una ternura que le alborotó cientos de mariposas en el estómago. Pero a medida que la cabeza se le despejaba, recordaba que no podía dejarse dominar por él. Ese hombre escondía algo y quería manipularla para que ella accediera a marcharse y dejarle el control del rancho. Aquella sección de sexo, aunque había sido la mejor que había tenido en su vida, no podía concederle a Matt las riendas de su vida. Al menos, mientras intentaba comprender lo que allí ocurría.

—No, iré. Pero necesito...

Él arrugó el ceño y salió despacio de ella. La bajó del escritorio, las piernas de Nicole parecían hechas de gelatina. Con caballerosidad le acomodó el vestido y se inclinó para tomar las bragas que habían caído al suelo, junto a su sombrero.

—En la biblioteca hay un tocador, ve a arreglarte que yo lo distraeré.

Ella lo miró a los ojos y de nuevo los notó lejanos. Estuvo a punto de llorar, su frialdad la afectaba, pero lo que hizo fue erguirse. Tomó la prenda que él le entregaba y la cartera que había dejado sobre una de las sillas del despacho, y con paso tembloroso se dirigió a la puerta. No obstante, antes de marcharse, se giró hacia Matt, y compartió con él una profunda mirada.

Salió del despacho y se encaminó a la biblioteca, esforzándose por controlar la decepción y la pena. El corazón se le oprimía en el pecho, odiaba la facilidad con que Matt la dominaba. No le gustaba que nadie la sometiera, pero no podía negar que él

ejercía una fuerza poderosa sobre ella. Adoraba sentirlo cerca y tener sus manos y su boca sobre su cuerpo. Parecía un experto en las artes amatorias, porque con cada caricia lograba restarle determinación.

Ese era el plan del hombre, su estrategia para lograr sacarla de la casa; debía encontrar alguna forma de revertirlo y volverlo en su contra.

Minutos después, al salir del tocador de la biblioteca, Nicole parecía otra vez una persona decente. Aunque no podía dejar de sentir en el cuerpo la avasalladora pasión con la que Matt pretendía apoderarse de su existencia.

Al llegar al vestíbulo se encontró con una escena confusa. Matt y Darryl se hallaban en medio de la habitación, enfrentados. Ambos con el cuerpo rígido, los puños cerrados y el rostro endurecido. Al sentir la presencia de ella, los dos hombres se relajaron y se alejaron un paso.

—¿Lista, corazón? —preguntó Darryl y, al girarse hacia ella, la repasó de pies a cabeza.

—Sí. Disculpa que te haya hecho esperar tanto tiempo, atendía...

—No me des explicaciones —pidió él, sin dejar de vigilar por el rabillo del ojo a Matt, que se mantenía cerca y evaluaba cada uno de sus movimientos con mirada iracunda—. Las mujeres cuanto más se hacen esperar, más deseadas se vuelven —expresó con una sonrisa provocativa en los labios.

Nicole se fijó que el cuerpo de Matt se tensaba aún más, así que decidió acelerar la partida. Darryl se adelantó para abrirle la puerta. Cuando ella se dio la vuelta para marcharse sintió que Matt le tomaba la mano, en una suave y tímida caricia. Al dirigir el rostro hacia él se estremeció; la observaba con un gesto suplicante en los ojos.

El corazón se le aceleró y por un instante estuvo a punto de detenerse y correr a sus brazos, en busca de protección, pero pronto recordó que en ese lugar no hallaría seguridad, sino a un hombre deseoso por urdir algún plan para sacarla del rancho, y, esta vez, para siempre.

Suspiró para llenarse de valor y regresó su atención a Darryl. El hombre le abrió la puerta con una sonrisa victoriosa en los labios.

Salieron de la casa y en segundos cruzaron el jardín. Nicole sintió en la piel la invasión de una brisa helada, que la recorría entera. El estómago se le llenó de ansiedad, que se esforzó por ignorar, mientras bajaban los escalones de piedra para llegar al lugar donde se hallaban aparcados dos Lincoln de color negro.

Alrededor de los vehículos se encontraban varios sujetos, vestidos con vaqueros, camisas a cuadros y chaquetas de cuero. Todos de aspecto intimidante. Nicole arrugó el ceño, esos hombres esperaban a Darryl, parecían sus guardaespaldas.

Ella contó a seis y notó que cada uno portaba un arma de fuego semiocultas dentro de las solapas de la chaqueta. Aquello la angustió, ¿para qué necesitaba ese hombre tanta protección? ¿Quién demonios era?

La subieron a la parte trasera de uno de los coches y Darryl se acomodó junto a ella. En el asiento del copiloto se encontraba un hombre moreno, alto y robusto, de

cara ancha, que la observó con una mirada extraña, con una mezcla de amenaza y burla en sus ojos.

Los vellos de la nuca de Nicole se erizaron, y, por instinto, se abrazó a su cuerpo.

—Wayne, al restaurante del Brookville Hotel —le ordenó Darryl al sujeto. El hombre asintió y le hizo un gesto con la cabeza al chófer para que pusiera el vehículo en marcha.

Mientras los coches salían de Landon Ranch, Nicole echó una ojeada hacia la casa. Halló a Matt parado en los escalones del jardín, con la mirada fija en el vehículo donde ella iba. Se incorporó en el asiento e intentó apartar el temor. No sabía en qué demonios se había metido, pero hallaría una manera de salir de allí. Así como tenía buen tino para meterse en problemas, siempre había contado con una excelente agilidad para liberarse de ellos. Esa ocasión no podía ser diferente, aunque pareciera mucho más peligrosa.

Capítulo 8

El viaje a Abilene fue calmado. Darryl tuvo que responder un par de llamadas de negocios, así que fueron escasas las palabras que compartió con Nicole. El resto de los tripulantes del Lincoln se mantuvo en un silencio sepulcral.

A un costado de la carretera se hallaba el Brookville Hotel, con su fachada de maderas blancas, lleno de ventanales rectangulares y terraza superior. Al bajar del coche, Darryl apoyó una mano en la cintura de la chica y la guio al interior de uno de los salones más elegantes del lugar.

Las paredes poseían un empapelado color terracota en la parte superior y zócalos altos de madera en la inferior. Las mesas cuadradas, cubiertas por un mantel blanco, estaban adornadas con una vela aromática ubicada dentro de un pequeño candelabro de cristal en forma de bola. En un gesto galante, el hombre apartó un poco la silla de respaldo curvo para que ella ocupara el puesto, luego la acercó para que se sentara.

—Espero que te agrade el restaurante —dijo él mientras ocupaba su lugar.

—Es bonito.

—Y ofrecen la mejor comida americana de la zona —aseguró Darryl. En segundos fueron atendidos por una camarera sonriente, que coqueteaba abiertamente con el hombre.

Nicole suspiró y echó una mirada al exterior. Los guardaespaldas se habían quedado afuera, cerca de los coches. Solo dos, entre ellos el tal Wayne, se acercaron para sentarse en un banco junto a la puerta del recinto; y de vez en cuando dirigían su atención a ellos a través del cristal de la ventana.

—¿Te sientes bien? —preguntó Darryl, después de que la camarera se retirara.

—Sí, es solo...

—Matt —expresó el hombre y le sonrió con sabiduría. A Nicole le molestaba ser tan evidente.

—No, es... el rancho —mintió.

—Matt y el rancho son lo mismo. Por lo menos, según mi criterio —opinó él. Nicole comenzó a frotarse las manos.

—Llegue hace una semana y aún estoy conociendo el trabajo. No quiero cometer errores, y, además, aún no he superado la pérdida de mi padre.

—Lamento mucho su muerte —reveló Darryl con un extraño brillo en los ojos—. Y con respecto al rancho te ofrezco mi ayuda, sé que es un trabajo extenuante, sobre todo para alguien no habituada a ello.

—Jamás me rindo ante los retos.

—Pero manejar un rancho no es igual a sacar una carrera universitaria. Su éxito no depende solo de lo bien que se conocen a las reses, hay que tener carácter para lograr que el personal te respete y sea eficiente, y contar con un olfato agudo para conquistar el mercado. —El hombre hizo una pausa para quitarse el sombrero y

dejarlo en el borde de la mesa—. Te confieso que Matthew Jackson cuenta con todas esas características, aún más por el hecho de que la mayoría del personal del rancho fue puesto por él.

Nicole arqueó las cejas y lo observó con atención.

—Imagino que te has fijado que gran parte del personal es de ascendencia indígena —aguijoneó Darryl. A ella se le aceleró el corazón, pero se esforzó por aparentar indiferencia.

—Son buenos empleados —confesó, para no dar importancia a ese asunto, aunque internamente se reprendía por no haber puesto más interés en ese detalle. A la hora de algún conflicto, Matt con facilidad los pondría de su parte.

—Si tú les das grandes beneficios y les ofreces una mejor calidad de vida, cualquier empleado sería excelente.

—Pero eso no tiene nada de malo.

—Claro que no, mientras eso no signifique sacrificar el terreno que has heredado.

—¿Sacrificar? —inquirió Nicole, pero la llegada de la comida interrumpió la conversación.

Esperó paciente a que la camarera, ayudada por otra empleada, colocara sobre la mesa varias piezas de pollo frito, puré de patatas, encurtidos, requesón, ensalada de col y crema de maíz. Frente a ella pusieron un vaso de té helado y cerca de Darryl, una botella de Jack Daniels y un vaso con hielo. En esos restaurantes de ambiente familiar no solían servir bebidas alcohólicas, pero era evidente que Darryl poseía buenas influencias.

El hombre agradeció con una sonrisa arrebatadora a las mujeres y se ocupó en servirse su trago. Nicole esperó hasta que las camareras se alejaron lo suficiente para continuar la conversación.

—Disculpa, Darryl, ¿podrías aclararme eso de «sacrificar el terreno»?

Él dibujo una sonrisa de satisfacción mientras untaba su puré con salsa.

—Eres una chica muy hermosa, Nicole. Tu padre en una oportunidad me habló con mucho orgullo de ti, pero me dijo que no te gustaba el campo, que preferías la ciudad, al igual que le pasaba a tu madre, y que tu sueño era licenciarte en Medicina.

—¿Y qué tiene que ver eso con lo que te he preguntado? —expuso ella, y escondió el dolor que sintió en el pecho cuando el hombre le habló de su padre. A ella sí que le gustaba el campo, la sensación de independencia y tranquilidad que le aportaba, aunque también adoraba la carrera que había elegido.

—¿Matt te ha hablado sobre la subasta de reses? ¿Sobre las nuevas tendencias del mercado? ¿Sobre el programa de crianza que lleva a cabo? ¿Sobre las estrategias para mejorar la productividad de la especie y lograr una buena oferta?

Nicole miró a Darryl como si el hombre le hablara en un idioma desconocido.

—Él te enseña lo que debe aprender un empleado —continuó—, lo que se hace día a día con los animales, pero no lo que controla el dueño. —Ella se quedó de piedra, sin saber cómo reaccionar, mientras él comenzaba a degustar su cena con

tranquilidad—. Matt es un hombre inteligente y astuto, con facilidad puede envolverte y convencerte de que estás mejor en Lawrence que en Landon Ranch.

Aquellas palabras estremecieron a Nicole, para controlarse, alzó su bebida y dio un trago largo al té, así aplacaba la furia.

—Matthew fue muy amigo de tu padre, lo conocía bien, estoy seguro de que así como Christian me habló una vez de ti, a él le habrá contado muchísimas otras cosas. —Darryl abandonó su comida para mirarla a los ojos—. Te debe conocer tan bien como lo hacía tu padre, y sabe las maneras en que puede dominarte para que actúes según sus antojos.

Ella sonrió para sus adentros. Christian nunca llegó a conocerla, y si la información que manejaba Matt era la que su padre le había dado, entonces él sabía muy poco de lo que ella era capaz. Un punto a su favor.

—¿Sabes cómo llegó Matt al rancho? —preguntó Nicole y se dispuso a iniciar su cena.

—Venía de Nuevo México buscando trabajo y tu padre necesitaba con urgencia de alguien que lo ayudara por poco dinero —explicó—. Landon Ranch se hallaba en una situación delicada, Christian fue un buen hombre pero un mal negociante, nunca tuvo ni el carácter ni la agudeza para dirigir esa empresa. —Darryl se detuvo para comer un bocado de pollo—. Matt llegó y trajo a toda su gente para trabajar por nada, a cambio de tierras.

—¿Tierras? —indagó Nicole, y dejó sobre el plato la cucharada de ensalada que había tomado.

—Yo se lo advertí a tu padre y él jamás me escuchó. Christian confiaba en Matt, ese sujeto sacó el rancho de la miseria —le contó y la señaló con el tenedor mientras apuraba un segundo bocado—, pero nada es gratis.

Nicole se quedó fría en la mesa.

—Mi padre le entregó a Matt una parte del rancho, pero yo soy la heredera del resto. No pudo ofrecérselo a los indios.

—Él sabrá cómo quitarte terreno. Lo hizo con Christian.

—No tiene maneras, tendría que revocar el testamento.

—¿Tú padre dejó algún negocio a medio hacer?

Ella recordó los papeles que le había dejado Markos Edana, el abogado, y hablaban de un proceso de venta de terrenos a un tal Tucker Laud, que se había detenido por la muerte de Christian. A ella le correspondía culminar esa transacción, pero como aún no había tenido oportunidad de reunirse con el abogado, no se había encargado de ese asunto. ¿Tendrá alguna relación Tucker Laud con Matt?

Disimuló su inquietud al introducir un pepinillo en su boca y dejó vagar la mirada por el restaurante, mientras pensaba en lo que podía revelarle a Darryl.

—Siempre le ofrecí a Christian mi ayuda. —La intervención del hombre la sacó de sus cavilaciones—. Mi rancho es uno de los más grandes de la zona y tengo acciones en la corporación de ganaderos que regula la compra y venta de ganado.

Una vez le brindé a tu padre la posibilidad de hacer cumplir su sueño de forma más sencilla y segura, pero él sentía que le debía mucho a Matt, por eso no aceptó mi oferta.

Nicole observó a Darryl con atención. Si él sabía que el rancho había sido el sueño de su padre, era porque en realidad había sido muy allegado a él. En vida Christian era un hombre desconfiado, jamás le confesaba una intimidad a alguien a quien no considerara su amigo.

—¿Qué oferta?

—Comprar el rancho. —Ella abrió los ojos de sorpresa—. Le aseguré que él sería el administrador. Yo le daría todo: insumos, personal, equipos; él solo pondría el trabajo y lo haría producir. El resto de las obligaciones serían mi responsabilidad, como controlar la contabilidad, la venta del ganado, y el uso y distribución de la tierra. —Darryl le dio un trago a su bebida, sin dejar de mirarla—. Pero Matt influía demasiado en él.

—Mi padre durante muchos años estuvo trabajando para su padre y su tío. Una de las cosas que quería al comprar el rancho era independencia —lo excusó Nicole.

—Para llevar a cabo una empresa como esa es difícil ser completamente independiente. Siempre se depende de alguien —expuso Darryl sin dejar de atender su comida.

—¿Conoces a un tal Tucker Laud? —preguntó ella.

—¿Tucker Laud? —inquirió el hombre, y esta vez dejó de lado la comida.

—Mi padre tenía algunos negocios con él.

El hombre soltó los cubiertos y se irguió, sin apartar su mirada endurecida de ella.

—¿Qué negocios? —preguntó con severidad. Las alarmas en Nicole se activaron, pero debía ser precavida, no podía confiar ni en él, ni tampoco en Matt.

—Quiso venderle ganado, pero murió antes de finalizar la venta —mintió.

Darryl pareció respirar de nuevo.

—¿Cómo sabes eso?

Nicole simuló concentración mientras seleccionaba piezas de su ensalada, pero por el rabillo del ojo vigilaba las reacciones del hombre.

—El abogado me entregó varios de los documentos que mi padre manejaba; a través de ellos he tenido acceso a esta información.

Darryl se relajó, y apartó el plato para apoyar las manos en la mesa e inclinarse hacia ella.

—Te recomiendo que no confíes en ese hombre. En Laud —aclaró Darryl.

—¿Por qué?

—Él era el anterior dueño del rancho —argumentó con frialdad, manteniendo sus ojos amarillos fijos en Nicole—. Lo perdió por malas inversiones, un banco se lo embargó. Christian lo compró a precio de gallina flaca, pero no supo sacarlo adelante, hasta que llegó Matt.

—Eso último ya me lo habías dicho —indicó Nicole, e intentó comprender por

qué su padre le quiso vender tierras al antiguo dueño de Landon Ranch.

—Sí, lo que no te había dicho es que Tucker Laud es un indio. —Ella se olvidó de la cena y alzó el rostro hacia él—. Matt fue criado por indios, específicamente... por Tucker Laud.

La confesión la dejó de piedra en el asiento. Si ese hombre fue quien crio a Matt, entonces era el padre de Sabine. Si culminaba la venta que Christian había iniciado, Laud y Matt serían los dueños de más de la mitad del rancho, y a ella le quedaría solo una pequeña parte, trabajada por los indios que ellos mismos habían contratado.

Se recostó en el respaldo de la silla, agotada. ¿Por qué demonios su padre había iniciado aquella gran venta? ¿Por qué le había dado tanto poder a Matt y quería garantizar la seguridad económica de Sabine?

¿Acaso ellos lo manipularon de alguna manera para quitarle sus bienes?

La furia le recorrió las venas. ¿Cómo había sido capaz de haber entregado su cuerpo a un ser tan mentiroso, frío y calculador como Matthew Jackson?

Cada vez se convencía más de que aquel acto había sido solo una estrategia para fascinarla y manipularla. A su padre le había ofrecido la ayuda que precisaba para quitarle sus tierras, y a ella, la compañía y el trato que ansiaba por el mismo interés. Nicole llevaba años sintiéndose sola, anhelando ser amada y aceptada, y ese hombre había sabido interpretar sus necesidades y pretendido cubrir sus carencias para tenerla en su mano.

No podía permitir que eso sucediera, no le entregaría a Matt el sueño de su padre, no debía fallarle de nuevo.

La cena culminó más rápido de lo esperado. Nicole se sentía dolida y traicionada, estaba ansiosa por marcharse a casa, por encerrarse en su habitación y hallar algún medio sobrenatural que le permitiera comunicarse con su padre y exigirle un montón de explicaciones.

Con resignación soportó el paso del tiempo e intentó meter un poco de comida en su estómago y seguir lo mejor que pudo la conversación, para no ser descortés con Darryl. El hombre pareció notar su estado, así que apenas terminaron de tomar el postre, helado de vainilla con trozos de melocotones, regresaron al coche para dirigirse al rancho.

—Espero hayas disfrutado de la velada —le dijo mientras salían del restaurante.

—Seguro, es solo que estoy un poco...

—¿Perturbada? —preguntó él, con una sonrisa complaciente en los labios.

—Me diste más información de la que me facilitó el abogado.

Subieron al vehículo, cercados por los guardaespaldas, que no dejaban de vigilar los alrededores. Dentro del Lincoln, Nicole se sentía más a gusto con Darryl; haber compartido aquellas confesiones hacía la relación más llevadera y le concedía la valentía para indagar sobre él, y sobre los hombres armados que los rodeaban.

—¿Siempre andas con guardaespaldas? —Él sonrió con poco ánimo, al tiempo que ocupaba su puesto junto a ella.

—Desde que murió tu padre he tenido que aumentar la seguridad. Tú deberías hacer lo mismo.

—¿Yo? —expuso ella en medio de un bufido—. No sé por qué asesinaron a mi padre, pero dudo de que mi vida signifique una amenaza para alguien.

—¿Aún dudas sobre cuál fue la razón de la muerte de Christian? —Darryl volvió el rostro hacia ella y alzó un poco su sombrero para poder mirarla a los ojos—. Dicen que lo que acabó con tu padre fue una bala perdida, así lo declararon las autoridades para cerrar el caso tres días después de su muerte, pero lo cierto es que nunca encontraron a un culpable, ni lograron identificar el tipo de arma que acabó con él. —El hombre expresó aquellas palabras con tanta frialdad, que incomodaron a Nicole—. El asesino fue muy inteligente, no deberías descuidarte nunca. Si necesitas protección yo te la puedo ofrecer.

—No me gusta caminar seguida por extraños.

—No serían extraños, puedo poner a Wayne a tu disposición. —Nicole observó al enorme sujeto sentado en el asiento del copiloto, que se giró hacia ella para dirigirle una mirada desdeñosa—. Es mi mejor hombre, con él nadie se atreverá a lastimarte.

Ella suspiró, sin imaginar cómo sería la vida en el rancho con un hombre armado de aspecto intimidante siguiéndola a todos lados.

—Creo que por ahora rechazaré la oferta.

—Como quieras, corazón.

Darryl se incorporó en el asiento y se mantuvo en silencio hasta que llegaron a su destino. En una oportunidad, Wayne se giró y la observó durante unos segundos. Su mirada dominante la hizo sentirse acorralada. Recordó que Matt le había advertido de que esos hombres eran peligrosos y no eran bien recibidos en el rancho, aunque no le explicó las razones. Cuando llegaron, se detuvieron frente a los escalones del jardín y todos bajaron de los vehículos.

—No es necesario que me acompañen —expuso Nicole; estaba ansiosa porque se marcharan y la dejaran sola.

—No descuides tu seguridad. Estas tierras son peligrosas —insistió Darryl.

—Gracias por el consejo, lo tendré presente.

No quería darle más largas a la visita, así que se despidió y comenzó a subir los escalones del jardín, pero Darryl la sostuvo por una mano para detenerla.

—Nicole. —Ella se giró hacia él, hallándolo a apenas unos centímetros de su cara. Su aroma la envolvió, y su mirada profunda e inyectada de autoridad, la dejó paralizada—. No te dejes amedrentar por Matthew Jackson, acepta mi protección y mi oferta. Es lo mejor para todos.

Ella asumió una postura altiva. Claro que no se dejaría amedrentar, ni por Matt ni por nadie.

—Confía en mí, no cometes el mismo error que tu padre.

Las últimas palabras de Darryl le hicieron recordar la advertencia de Matt. Se irguió y con delicadeza se soltó de su agarre. Nunca fue buena siguiendo las órdenes de otro.

—Gracias de nuevo por el consejo, pero te informo de que yo no soy como mi padre.

Sin decir más, se encaminó a la casa, estaba molesta y cansada, ansiosa por darse un baño y dormir durante unas cuantas horas. Quería desconectar su cerebro para olvidarse de todo durante un buen rato. Mientras atravesaba el patio, por instinto dirigió el rostro hacia el establo. Allí encontró a Matt, parado firme y con la mirada fija en ella.

No se detuvo, lo ignoró y siguió el camino hacia la casa. Su cuerpo se estremecía al verlo, pero no debía dejarse dominar por sus hormonas. En segundos entró al vestíbulo, subió las escaleras sin siquiera echar una ojeada a su alrededor y se encerró en su habitación. Dejaba bien claro que no quería ser importunada hasta la mañana siguiente.

Cuando el canto de los gallos anunciaba la llegada de un nuevo día, Nicole ya estaba despierta. Se había dado un baño y bajaba a la cocina con el sombrero de su padre en la mano.

—Nicole, que temprano te has levantado hoy, mi niña —la saludó Adele, con una sonrisa algo adormilada en los labios. La mujer recién había iniciado la preparación del café—. ¿Te cocino unos huevos revueltos para desayunar?

—No tengo hambre, solo tomaré café y unas galletas saladas —dijo mientras buscaba el envase de las galletas en el estante junto a la nevera—. ¿No sabes si Matt habrá llegado ya de la cabaña?

—Sé que Tanner está en el establo con Chase, pero no creo que Matt haya llegado aún —confesó el ama de llaves ocupándose en colar el café—. No he visto a Eva, así que supongo que no habrán llegado.

Nicole se olvidó de las galletas y se volvió hacia la mujer con el rostro endurecido.

—¿Eva se está quedando con él? —preguntó con el corazón en la boca.

—Anoche se fueron juntos a la cabaña —reveló Adele con la atención puesta en las tareas.

El corazón de Nicole fue traspasado por una espada de fuego. Apretó la mandíbula para no dejarse llevar por el arrebató de ira que comenzó a crecer en su pecho.

Aquel maldito hombre, después de haberle hecho el amor, se había marchado con otra mujer. Era evidente que Matt lo que hacía era jugar con ella, quería aturdira con una pasión desmedida para manipularla.

Con el rostro enrojecido y los ojos brillantes salió de la cocina en dirección al

establo, dispuesta a cambiarles el juego. Nicole Landon tomaría las riendas del rancho lo quisieran ellos o no, y hallaría pronto una forma de sacarlos a todos a patadas de allí.

Capítulo 9

—Patrona —la saludó Tanner con un toque de ala de su sombrero, apenas vio a Nicole entrar en el establo.

Con el cuerpo rígido, ella se dirigió a su yegua y la montó con agilidad.

—Vamos —le ordenó y puso a galope al animal en dirección a los campos. Él hombre la observó contrariado por unos segundos, hasta que Chase le golpeó un hombro para que reaccionara.

Con rapidez se subió a su caballo y apresuró el paso para alcanzarla.

—Patrona, ¿adónde vamos?

—¿Adónde va a ser? A mover a las reses de campo —explicó ella sin mirarlo a los ojos. Tanner notó la furia que la mujer tenía inyectadas en las pupilas, conocía muy bien cuando una fiera se levantaba de mal humor y era evidente que aquella estaba encolerizada.

—Pero... ¿no deberíamos esperar al patrón? —consultó en referencia a Matt.

Nicole lo traspasó con una mirada iracunda.

—Al patrón lo enlazaron anoche y dudo que lo suelten antes del mediodía —ironizó la mujer con el rostro tenso. Tanner curvó los labios con intención de sonreír ante el sarcasmo, pero en la mirada llameante de Nicole había una advertencia muy clara: si se le ocurría burlarse, terminaría colgado de un árbol por los tobillos.

Sin decir una sola palabra, el capataz se ajustó el sombrero a la cabeza y siguió a su patrona.

El sol despuntaba en el horizonte, y pintaba con tonos naranjas y azulados el cielo. La pradera interminable comenzaba a revelarse, parecía una mullida alfombra dorada cubierta de rocío, donde la brisa no se detenía. El reinado propicio para el silencio y la soledad. En la lejanía, un grupo de vaqueros batallaban con doscientas cabezas de ganado para llevarlas a pastos más altos, al ritmo de las órdenes autoritarias de la patrona. Cuando estaban en plena faena, Matt llegó a galope para reunirse con el grupo. Los empleados respiraron con alivio al verlo, Nicole lo ignoró para no darle importancia.

Sin saludar a nadie se acercó a ella y tomó las riendas de la yegua para detenerla y obligarla a mirarlo a los ojos.

—¿Qué demonios estás haciendo? —le preguntó con irritación.

Al fijar su atención en los ojos color esmeralda de él, ella sintió un estremecimiento, que supo disimular con una pose altiva.

—Me ocupo de mi ganado. ¿Tienes algún problema con eso?

—Claro que no, pero recuerda que parte de las reses son mías. Tenías que esperar a que llegara para iniciar el traslado.

Ella liberó con rudeza las riendas de su yegua del agarre de Matt.

—Pensé que no trabajarías hoy, por eso asumí sola la responsabilidad.

—¿Y por qué demonios pensaste eso? —consultó él, controlando a su caballo que parecía tener la intención de encabritarse al percibir la rabia de su dueño.

—Porque Eva no es del tipo de mujer que deja marchar a un hombre a primera hora de la mañana de su cama.

Después de descargar su furia, puso a galope a la yegua para reunirse con Tanner, que avanzaba con los vaqueros que arriaban al ganado. Matt pronto la alcanzó y volvió a tomar las riendas para detenerla.

—¿Todo esto es por celos? —inquirió confuso.

—¡No seas idiota! —se quejó ella y trató de liberarse, pero Matt se lo impidió.

—Entre Eva y yo no hay nada. Si la llevo a mi cabaña es para evitar que siga discutiendo con Sabine, pero sé mantener las distancias con ella.

—¡No me importa!

—¡Sí te importa, por eso te comportas de esta manera!

Nicole gruñó mientras le arrancaba las riendas de su yegua a Matt y lo traspasaba con una mirada desafiante.

—No me importa lo que hagas con tu vida, pero sí lo que pretendas hacer con la mía —le advirtió—. No soy un juguete, Matthew Jackson, ni una niña tonta que se asusta con facilidad. Si quieres apoderarte de un solo centímetro de mi rancho, tendrás que luchar por él. No te pondré el juego fácil —le confesó y enseguida hizo virar a su yegua para apresurarse a alcanzar al ganado.

Matt se quedó durante unos segundos allí, observándola con el ceño fruncido. Estaba seguro de que Darryl había influido de alguna manera en ella, y por eso se había levantado esa mañana tan furiosa. Respiró hondo y se ajustó el sombrero en la cabeza antes de seguirla. Por ahora, debía colaborar en el traslado del ganado, luego ya se ocuparía de mantener una larga charla con Nicole. No pensaba permitir que aquel bastardo pretendiera lastimarla.

El trabajo en el campo fue extenuante. Al llegar a la casa, Nicole se sentía tan cansada que no creía tener fuerzas ni para caminar. Dejó a *Brisa*, su yegua, en el establo a cargo de Chase y se dirigió lo más rápido que pudo a su habitación, en parte para huir de Matt, que se había rezagado un poco con la excusa de dar una vuelta por la granja, para asegurarse de que no se hubiera presentado ningún inconveniente con los animales. Aunque Nicole tenía la certeza de que lo hacía para conspirar en privado en su contra, con los empleados.

Ese día se había comportado como una dictadora con ellos. En su afán por imponerse por encima de las órdenes de Matt, había tratado a varios de ellos con soberbia. Había logrado que la obedecieran, pero también que la miraran con rencor, y a pesar de que supo cómo simular que aquello no le afectaba en lo más mínimo, la verdad era que la hacía sentirse como una bruja insensible. No le gustaba humillar a nadie, sin embargo, el recuerdo de los planes que todos fraguaban en su contra para quitarle las tierras de su padre le daba la fortaleza para no dejarse apabullar por ellos, ni por el sentimiento de culpa.

Al llegar a su cuarto colocó el sombrero sobre la cómoda y se quitó las botas con los pies. Se dirigió al baño mientras se desataba la trenza en la que había recogido sus cabellos, pero solo alcanzó a dar un par de pasos antes de que llamaran a la puerta.

Suspiró con cansancio y se dio la vuelta para atender al visitante. En el camino, se quitó las medias. Cuando abrió, alguien la apartó con brusquedad para entrar y cerró tras de sí, pasando el seguro.

—Pero qué demon...

Ella no pudo culminar la frase. Matt le encerró el rostro con ambas manos y la silenció con un beso arrebatado.

Nicole gimió y lo tomó por los brazos, pero no hizo esfuerzo para liberarse, sino que se sostuvo en él para no caerse. La intensidad de aquel beso absorbió todas sus fuerzas.

Abrió los labios, dejando entrar la lengua masculina en la húmeda cavidad de su boca. Matt la recorrió con urgencia, le robaba el aliento, cientos de gemidos y la voluntad.

—¿Qué ha...? —intentó decir ella cuando el hombre le permitió recobrar algo de oxígeno. No obstante, él pronto la rodeó con uno de sus fuertes y fibrosos brazos y la alzó del suelo. Se apoderó de su boca nuevamente mientras la dirigía a la cama y la depositaba sobre el acolchado.

—No te atre... —gimió Nicole, pero al ver que Matt lanzaba el sombrero al suelo y se quitaba la camisa con ansiedad, dejando al descubierto su pecho dorado, firme y musculoso, se quedó muda. Subió la vista a su rostro y terminó prendada por su mirada brillante y libidinosa, transmitida a través de unos ojos que el deseo había modificado de color. Ahora se notaban más oscuros y profundos, bañados por una gran necesidad.

Alzó una mano y lo tomó por la nuca, para atraerlo hacia ella. Lo deseaba, más de lo que podía aceptar. Permitted que Matt le invadiera de nuevo la boca mientras se acostaba sobre ella. Nicole le arañaba la espalda y le abría las piernas para que él frotara su poderosa excitación sobre su sexo.

Matt se aferró a los cabellos de la chica, para intensificar el beso. Parecía que en cualquier momento se la comería entera. Le devoraba la boca con hambre, gimiendo sobre sus labios.

Con esfuerzo, ella logró girarlo en la cama, para sentarse sobre él a horcajadas y quitarse la blusa y el sujetador, bajo la mirada enfebrecida del hombre.

—¿No me vas a dejar el control? —preguntó Matt con picardía.

—Esta vez no, vaquero —indicó ella y bajó para sumergirse en su boca y apoyar su pecho desnudo y caliente en el de él.

Cuando los pezones hipersensibles hicieron contacto con la piel de Matt, Nicole sintió un fogonazo recorrerle el estómago, que le humedeció aún más sus partes íntimas. Él la tomó por las caderas y la movió sobre su miembro hinchado mientras ella gemía de placer y le arañaba los hombros por la ansiedad.

Matt volvió a girarla en la cama, bajó hasta sus senos y los absorbió con avidez. Nicole estuvo a punto de gritar al sentir su boca húmeda y caliente sobre su piel. Él chupaba y lamía sus pezones sin compasión, amenazando con hacerle perder la conciencia.

Sin darse cuenta, el hombre se había bajado los pantalones y comenzaba a deshacerse de los suyos. Ella le facilitó el trabajo, desesperada por tenerlo dentro de su cuerpo.

Al eliminar todos los impedimentos, él se ubicó sobre la mujer y la penetró de una embestida. La llenó con su miembro palpitante, que no dejaba de engrosarse para ella. Nicole cerró los ojos y se aferró a él con firmeza. Con la boca abierta intentaba respirar y gemir al mismo tiempo, soportaba las deliciosas arremetidas que a cada intento parecían llegar más profundo.

Así como la penetraba con su miembro, Matt lo hacía con su lengua, la besaba con ansiedad como si fuera la última vez que lo hiciera. Le tomó las manos y las apesó sobre su cabeza. Quería dominarla, adueñarse de su cuerpo y de su vida.

Cuando ambos fueron invadidos por un violento orgasmo, gritaron sobre los labios del otro. Y se quedaron allí, jadeantes, esperando que las sacudidas de sus organismos se sosegaran y recuperaran de nuevo la respiración.

Mientras eso sucedía, Matt no dejaba de acariciarle el rostro con la punta de la nariz, repartía tiernos besos en su cara y chupaba con suavidad sus labios hinchados. Nicole no podía abrir los ojos. La ternura que él le prodigaba la había anhelado durante años. En una oportunidad había tenido una pareja, y, antes de eso, un par de novios, pero ninguno la había tratado como lo hacía Matt. Los escasos hombres que habían pasado por su vida parecían inexpertos chiquillos frente a él. De hecho, habían sido tan insignificantes que poco recordaba de ellos. En cambio, lo que acabada de ocurrir entre esas cuatro paredes le dejaría una huella imborrable. Podía sentirlo y esa certeza la llenaba de temor.

Ella sintió que Matt levantaba la cabeza, sin soltarle las manos y sin salir de ella.

—Nicole, mírame —exigió. La mujer abrió los ojos con lentitud, se sentía tan liviana como una brizna de pasto. Un poderoso sentimiento se expandió en su estómago, al observar los brillantes ojos color esmeralda. Las lágrimas le inundaron las pupilas—. No puedes volver a comportarte de manera autoritaria con los empleados.

La decepción le recorrió las venas. Por eso él se había acercado a ella y la había abordado de esa manera, para interceder por los trabajadores.

Una amarga lágrima se escapó de su ojo derecho y se perdió entre sus cabellos.

—Escúchame —ordenó Matt, esta vez con más firmeza. Ella lo miró con frialdad, la pena le había congelado las lágrimas.

—Bájate —pidió.

Él pareció desconcertado. No modificó su posición.

—Tienes que escucharme, no puedes tomar esa actitud, lograrás que te odien.

—Ese es mi problema.

—Y el mío —expresó con irritación, pero ella lo observaba con indiferencia—. Maldita sea, tienes que confiar en mí.

—Bájate —solicitó de nuevo, con mayor exigencia.

Matt esperó unos segundos, buscando en su mirada algún rastro de comprensión. Al notar que ella no cedía endureció el rostro y se incorporó para levantarse de la cama.

Al quedar liberada, Nicole tomó una almohada y se tapó la desnudez. Él comenzó a vestirse, sin dejar de observarla.

—No te dejes influenciar por Darryl —le dijo mientras se subía los pantalones por las fibrosas piernas.

—No te preocupes por mí —le aconsejó Nicole, al tiempo que se recostaba de lado en la cama y se abrazaba a la almohada, para controlar la ira que comenzaba a desbordarse en su interior. Se sentía engañada y utilizada. El dolor se le aglomeraba en el pecho y le revolvía el estómago.

Después de ponerse las botas, Matt se inclinó hacia el suelo y tomó su sombrero y la camisa, aún con el botón del pantalón abierto y el cinto colgando.

—Te guste o no, ahora tú eres mi asunto —le notificó y se colocó el sombrero en la cabeza.

Ambos compartieron una mirada llena de angustia y decepción, pero ninguno quiso agregar nada más. Nicole estaba tan saturada de ira que si abría la boca terminaría expulsando la bilis.

Finalmente Matt se marchó mientras se colocaba la camisa. No volvió a mirar atrás, ni se detuvo, salió de la habitación sin insistir, dándole a Nicole más motivos para dudar de él. Al quedarse sola se mordió los labios, se rebeló contra sus sentimientos y obligó a su propio organismo a no reaccionar ante aquel abandono.

Una dura coraza se había armado alrededor de su corazón. Blindaje que ella misma se ocuparía de mantener para que nunca se abollara, y mucho menos se fragmentara. Era lo único que la ayudaría a soportar los amargos días que tendría que vivir en ese maldito lugar, hasta que lograra liberarse de todos ellos.

Capítulo 10

Después de aquel día, la vida en el rancho se hacía cada vez más pesada para Nicole. Las semanas pasaban mientras los empleados intentaban obedecer sus absurdas órdenes, que en ocasiones eran impuestas solo para llevarle la contraria a Matt. Él se esforzaba por no discutir con ella y procurar hacer las paces. Pero Eva parecía revolotear en todo momento a su lado y cuando él se acercaba a Nicole, la india hacía acto de presencia y enturbiaba cualquier conversación.

La fecha de la subasta de reses comenzaba a vislumbrarse en el horizonte y el abogado Markos Edana aún no aparecía. Su hijo menor había tenido un accidente automovilístico en Texas, su esposa lo cuidaba, pero además la madre de esta sufría de una aguda enfermedad respiratoria, y ella debía encargarse de ambos pacientes. Edana se había quedado en Texas para ayudar a su esposa, por lo que le resultaba difícil trasladarse a Kansas y reunirse con Nicole.

Ella empezaba a sentirse ansiosa. La falta de información unida al agotador trabajo, y aderezada con la mala relación que mantenía con los empleados y con Matt, afectaban su salud. Le costaba levantarse por las mañanas, se cansaba con facilidad durante las faenas diarias, la comida le repugnaba, incluso, el olor a cuero, sudor y estiércol que encontraba en cada rincón del rancho. El malhumor se le había quedado adherido en el rostro.

—Mi niña, ¿quieres que te prepare un poco de chocolate caliente? —le preguntó Adele, cierta mañana en que ella se había negado a ir al trabajo en el campo por no encontrarse bien.

Cuando le anunció a Tanner su intención de quedarse para descansar, el hombre disimuló una sonrisa. Pero ella pudo notar el alivio que sintió el capataz y no pudo evitar sentirse afectada por esa reacción.

—No, estoy mal del estómago. Estaré en el despacho tratando de comunicarme con Edana y con la agencia de publicidad encargada de hacer el catálogo de las reses. Si me necesitas para algo, me avisas —informó y se alejó de la ventana por la que veía a los vaqueros alejarse para iniciar el trabajo.

—Nicole, aunque solo sea eso, come un poco de fruta. No te has alimentado bien estos días —rogó el ama de llaves, pero la chica solo negó con la cabeza y se marchó cabizbaja hacia el despacho.

Minutos después de haber llegado y mientras se esforzaba por estudiar los documentos que el abogado le había dejado, le llegó una visita inesperada.

—Adelante —autorizó a la persona que llamaba con timidez a la puerta.

La cabeza castaña y risueña de Estrella se asomó al despacho.

—Hola, ¿puedo pasar?

—Claro que sí —respondió Nicole con una sonrisa. La única persona que le arrancaba un gesto alegre en esa casa, además de Adele, era esa niña. El aura de

inocencia y simpatía que la cubría lograba ser contagioso.

—Vine a traerte esto —le comunicó la pequeña, y caminó hacia el escritorio para entregarle a Nicole una bolsita de papel marrón.

—¿Qué es?

—Frutos secos. Los como cuando estoy mal de la barriga.

Nicole abrió la bolsa y sacó una almendra tostada, que se metió a la boca con ánimo.

—Son exquisitas —confesó mientras el paladar se le impregnaba con el sabor oleoso y dulce del fruto.

El rostro de Estrella se iluminó y sus ojos grises brillaron.

—Deberías tomarte unos días de vacaciones.

—Estoy de vacaciones —dijo Nicole con ironía.

—Entonces, deberías descansar.

—Hay mucho trabajo en el rancho —argumentó mientras mordía una nuez que había sacado de la bolsa.

—Matt se encargará de todo —declaró la niña. Nicole evitó comprimir el rostro en una mueca de disgusto—. Podríamos ir al lago.

—¿Podríamos?

Estrella titubeó, pero llena de determinación entrelazó las manos tras la espalda y miró a Nicole a los ojos.

—Te puedo acompañar. No estaremos lejos de la casa, podríamos ir solas.

—No creo que tu madre lo permita.

—¿Por qué?

«Porque ella me odia y quiere quitarme mi herencia», quiso decir Nicole, pero no era justo involucrar a la chica en ese problema.

—Porque... puede ser peligroso —expuso sin dejar de comer los frutos.

—Yo me ocuparé en pedirle permiso, ¿tienes traje de baño?

La mujer arqueó las cejas ante la propuesta de la niña. Desde que había llegado al rancho había tenido la impresión de que Estrella era una joven tímida e introvertida, pero de pronto parecía ser atrevida y sagaz. Le hacía recordar a ella misma cuando de niña intentaba llamar la atención de su madre para que hicieran cosas juntas, y siempre recibía negativas que la hacían sentirse poco querida. No deseaba que Estrella se sintiera igual.

—No, pero tengo un pantalón corto y una camiseta que podrían servir.

La propuesta renovó la alegría en la chica.

—Entonces, ¿te parece bien ir después del almuerzo?

—¿Podemos llevar algunos invitados?

—¿A Matt? —preguntó la joven con emoción. Nicole puso los ojos en blanco.

—No. He invitado a dos amigos al rancho, vienen esta tarde.

—¿Amigos?

—Sí. Estudian conmigo en la universidad. Te gustará conocerlos. —Al ver que la

niña dudaba, Nicole le aclaró—: Son una chica y su novio. Son muy divertidos.

Estrella sonrió con timidez.

—Está bien, iré a hablar con mi mamá —le dijo y salió a toda prisa del despacho. Cuando abrió la puerta, la niña tropezó con Matt que estaba a punto de llamar. Al verlo, se lanzó sobre él para abrazarlo por la cintura, el hombre la recibió con júbilo.

Nicole sintió una punzada en el estómago al ver la tierna escena. Matt alzó la vista y la clavó en ella, despertándole un cúmulo de emociones.

—¿Qué haces aquí? —preguntó él a la chica.

—Nicole y yo vamos a ir esta tarde al lago —le contó Estrella; el hombre asintió con aprobación—. Irán también unos amigos de ella. —Ante esa revelación él arrugó el ceño.

—¿Amigos?

Matt miró a Nicole, interrogante, pero ella simuló leer los documentos que tenía sobre la mesa para evitar darle una explicación. Ella era la patrona, no tenía que dar cuentas a nadie de sus acciones.

—Son unos amigos de la universidad, los llevaré al lago. ¿Vendrás? —explicó Estrella.

Nicole se mordió los labios, pero no alzó la mirada. El silencio de Matt le dolía más que la indiscreción de la niña.

—Quizás me acerque un rato, tengo que encargarme de unos asuntos en el establo.

El sonido del chasquido de un beso le arremolinó a Nicole la ansiedad en el pecho. Era imposible que sintiera celos de Estrella, pero no podía negar que ansiaba las atenciones de Matt. Cuando escuchó que la niña se marchaba y el hombre entraba al despacho y cerraba la puerta, el corazón le palpitó con energía. Se aferró a los documentos que falsamente leía para no alzar la vista y revelar el anhelo que le brillaba en las pupilas.

—Adele me dijo que te sentías mal.

—Estoy bien —expresó rápidamente, con la sangre helada en el cuerpo.

—Puedo llevarte a Abilene, para que te vea un médico.

—No es necesario. Yo pronto seré médico, sé lo que debo hacer.

Matt se mantuvo en silencio, lo que obligó a Nicole a abandonar la revisión de los papeles para mirarlo a los ojos. Un estremecimiento le recorrió la columna vertebral al verlo. Odiaba esa sensación.

—No estoy acostumbrada al ajetreo del rancho —se sintió obligada a explicar, esperando que aquello fuera suficiente y él la dejara en paz—. Solo estoy cansada.

Matt suspiró y se guardó las manos en los bolsillos del pantalón.

—Deberías quedarte durante algunos días en la casa encargándote de la subasta, yo me ocuparé del ganado.

¿Ya no insistía en que se largara de Landon Ranch? ¿Qué había cambiado en ese hombre para que decidiera dejar de lado su táctica persuasiva?

—Mañana estaré mejor.

Nicole volvió a hundir el rostro en los documentos. No sabía por qué demonios se había sonrojado. La preocupación que él parecía tener por ella, la conmovía. No quería ser tan vulnerable frente a ese hombre, pero había perdido por completo el control sobre su cuerpo.

Las emociones se le agitaron cuando sintió que él se acercaba, rodeaba el escritorio y se detenía junto a ella. Con nerviosismo se irguió para encararlo.

Matt se sentó en el borde del escritorio y echó hacia atrás su sombrero para revelar aún más su rostro.

—Sé que te molesta que lo diga, pero no puedo dejar pasar la ocasión —le dijo. Acercó una mano y cubrió la de ella. El calor de la piel de Matt la hizo olvidarse de cualquier asunto. Los ojos se le cubrieron de lágrimas y, por alguna extraña razón, sintió deseos de hundirse en su pecho para llorar—. Aprovecha que vienen tus amigos de visita y regresa durante un tiempo a Lawrence. Te prometo ir todos los fines de semana para darte cuentas del trabajo en el rancho. Cuando acabe el ajetreo de la venta podrás regresar.

Un hoyo negro se formó en su estómago, que absorbía todas sus emociones. Ahí estaba de nuevo la insistencia de ese hombre en sacarla de la propiedad, para hacer a sus anchas lo que se le viniera en gana. Había sido una ilusa al pensar que algo había podido cambiar en él. Matt era frío y calculador, solo le interesaban los terrenos. Ella no era importante para nadie en ese lugar.

—No me iré. No te dejaré el camino libre —respondió con una mirada gélida.

—Yo no estoy aquí para competir contigo, ni para quitarte nada.

—Entonces, ¿por qué te empeñas en convencerme de que me marche?

—Es por tu seguridad.

—¿Mi seguridad?

Él suspiró y se inclinó hacia ella, perturbándola con su cercanía. Le envolvió ambas manos con las suyas y la arropó con su profunda mirada.

—Nicole, le prometí a tu padre que cuidaría de ti.

—Sé cuidar de mí.

—Pero no de peligros verdaderos.

Ella lo observó con los ojos achicados. ¿Qué demonios entendía Matt por «peligros verdaderos»?

Un grupo de empleados del rancho esperaba un pequeño descuido de ella para arrancarle su herencia, un par de indias la asediaban para sacarla a patadas de la casa, y la simple presencia de él significaba un riesgo para su salud mental. Entonces, ¿de qué pretendía defenderla Matt?

—Soy mucho más persuasiva de lo que crees, puedo identificar dónde se encuentran esos «peligros verdaderos».

Él le mantuvo la mirada durante casi un minuto, pero antes de que alguno pudiera hablar, un toqueteo insistente en la puerta los interrumpió. Ella se liberó de sus manos

y se incorporó en la silla. Matt se puso de pie pero no se apartó de su lado.

—Adelante —ordenó él, algo que a Nicole le molestó. Aquel era su despacho. ¿Por qué ese hombre se sentía con el derecho de impartir órdenes?

No obstante, el nudo que tenía apretado en el estómago se anudó aún más al ver entrar a Eva con el rostro endurecido por la furia.

—Te he buscado por toda la casa —expresó la mujer hacia Matt y lanzó una mirada desafiante en dirección a Nicole—. Tanner necesita que vayas con urgencia al establo —le comunicó.

—Voy en un minuto —anunció él y esperó a que Eva se marchara, pero la india no pensaba moverse de allí hasta que el hombre saliera. Nicole captó su intención y con una sonrisa traviesa se levantó de la butaca.

—Ve tranquilo, Matt. Me quedaré a resolver unos asuntos —le dijo con voz dulce y se acercó para cubrirle el rostro con las manos. Él se mantuvo inmóvil, desconcertado por aquel comportamiento contradictorio—. Nos vemos esta tarde en el lago —concluyó ella y lo besó en los labios con ternura. Luego se alejó para revolver los documentos que tenía sobre la mesa, simulando buscar algo.

Durante un tiempo indeterminado, ni Matt ni Eva se movieron. Él se quedó de piedra junto a ella, aturdido, y a la india le temblaban levemente las manos, cerradas en puños.

Nicole estuvo a punto de levantar el rostro para pedirles que se retiraran, cuando sintió el calor del cuerpo de Matt casi sobre ella.

—Nos vemos en el lago —aseguró él a través de una voz susurrante, que vibró junto a su oreja.

El hombre se marchó y arrastró con él a la encolerizada india, dejándola a ella con la piel erizada. Las puntas endurecidas de sus pezones se apretaron contra la tela del sujetador con incomodidad, y una ola de calor la recorrió de la cabeza a los pies, logrando acelerarle el corazón y la cadencia de la respiración.

Maldijo al vaquero en silencio. O Matthew Jackson era demasiado inteligente, o ella se había transformado en un manojo de nervios que se agitaban cada vez que presentía la presencia del hombre.

Cayó abatida en la butaca. Lo deseaba, más de lo que alguna vez había deseado a un hombre. Su apetencia era tan absurda que no le importaba que el sujeto se estuviera revolcando con otra mujer para anhelarlo.

Lo quería, ansiaba quitárselo a Eva de las manos y no solo para ganarle la partida a la mujer, sino para vencerlo a él, para robarle el corazón de la misma manera en que él le robaba el suyo. Luego, lo traicionaría y lo abandonaría a su suerte cómo él pensaba hacer con ella.

No le cedería más terreno. No le permitiría tener de nuevo la última palabra.

Capítulo 11

Horas más tarde, Nicole recibía en el rancho a sus amigos, quienes habían viajado hasta Abilene en un viejo Chevy. Ella y Estrella habían preparado emparedados de queso y atún para merendar junto al lago, y Roland se había equipado con una nevera portátil de plástico donde pudieron transportar cerveza y otras bebidas para la niña.

Acompañados por Chase pasaron unas horas agradables, disfrutando de las sosegadas aguas y de la brisa cálida. Siendo previsora, Jane había llevado dos juegos de traje de baño; sabía que su amiga había salido de Lawrence con pocas cosas y no estaba preparada para una distracción como esa. Para ella tenía un bikini verde manzana que a Roland le encantaba y hacía resaltar sus sensuales curvas, a Nicole le facilitó un modelo a rayas en diversos tonos de azul, con el bikini anudado a sus caderas y la parte superior sin tirantes.

Mientras Chase enseñaba a Roland cómo hacer giros en el aire, después de lanzarse al agua colgado de una cuerda que pendía de la rama de un árbol, y Estrella reía mirando los intentos fallidos del hombre que caía al lago en posiciones extrañas, Jane y Nicole se sentaron sobre una toalla en la orilla para conversar.

—¿Pero estás segura de que quieren quitarte el rancho? —le preguntó Jane mientras se abría una cerveza.

—Darryl me dijo que eso fue lo que Matt les prometió a los indios —se justificó la chica. Le había narrado a su amiga la conversación que había tenido con su vecino semanas atrás; necesitaba desahogar con alguien sus temores.

—No sé, me parece extraño.

—¿Qué?

Jane tomó un trago de su bebida y la dejó a un costado para recostarse sobre la toalla. Su mirada se perdía en el frondoso follaje de un pino silvestre.

—¿Y si fuera el tal Darryl el que quiere quitarte el rancho?

Nicole observó hacia las lejanas montañas.

—Lo había pensado, pero esa teoría no tiene fuerza.

—¿Por qué?

—Porque ese hombre es dueño de una propiedad inmensa y productiva, ¿para qué va a querer estas tierras? No son nada comparadas con lo que él tiene.

—Simplemente para agrandar sus dominios. El que mucho tiene, mucho ansía.

Nicole puso los ojos en blanco.

—Hizo su oferta con intención de liberarme de responsabilidades, no quiere sacarme de aquí como piensa hacer Matt.

Jane bufó.

—Darryl quiere liberarte de responsabilidades y Matt protegerte de algo que no quiere explicar. Te has vuelto toda una *femme fatale* —se burló la chica. Nicole suspiró con cansancio—. Este rancho era el sueño de tu padre y prometiste cuidarlo

—le recordó—, tienes que tomar la mejor decisión.

—Lo sé, pero debo reconocer que no tengo los conocimientos necesarios para manejar un rancho. Darryl prometió que lo pondría todo, incluso, a un administrador que se encargaría del trabajo mientras yo continúo los estudios.

—Pero tu padre confiaba en Matt. En vez de vender y dejar que alguien extraño trabaje las tierras, deberías dejar que él las dirija como lo ha hecho todos estos años.

Con rabia, Nicole arrancó una brizna de paja y la apretó en su puño. Eso era lo que no quería, dejarle a Matt el dominio. De esa manera, tanto él como las indias, cumplirían su propósito de adueñarse de esas tierras, la dejarían a ella a un lado y poco a poco, con trampas, irían despojándola del terreno para entregárselo a los miembros de su tribu. Si iba a perderlo prefería dárselo a Darryl, al menos, así ganaría la batalla contra Matt.

—Voy a pensarlo —mintió para cortar la conversación.

Se levantó del suelo y se dirigió hacia el Chevy en busca de una cerveza, habían dejado la nevera dentro del maletero. Caminó algunos metros hasta llegar al coche, ubicado a la sombra de un árbol y con la parte trasera en dirección al bosquecillo. Abrió la puerta del maletero, quedando oculta a la vista de sus amigos, luego se inclinó para hurgar dentro de la nevera.

—Lindo trasero.

Se mordió los labios para controlar el oleaje de emociones que sintió al escuchar la voz de Matt tras ella. Odiaba que su cuerpo experimentara una atracción desmedida por ese hombre. Se dio la vuelta para encararse a él, hallándolo más cerca de lo esperado.

Nicole sintió que el deseo se le propagaba por el vientre como una humareda, al ver los ojos esmeraldas del hombre clavados en su pecho, con una mirada depredadora. El biquini sin tirantes en forma de corazón se amoldaba a sus senos como si fuera una segunda piel. Los pezones se le endurecieron y sus partes íntimas se humedecieron en segundos.

—No deberías andar por el rancho vestida de esa manera —dijo él.

—¿A qué debo temerle?

Matt llegó hasta ella y la tomó por la cintura para pegarla a su cuerpo. El calor y el aroma del hombre invadieron el cerebro de Nicole y le restaron por completo las fuerzas. Él le acarició la espalda hasta llegar a sus nalgas, que apretó y amasó con ambas manos, empujándola más a él, para frotar la pelvis de la chica contra su miembro hinchado.

—A mí debes temerme. Ante ti pierdo completamente el control —respondió con voz ronca y bajó la cabeza para besarla con frenesí. No tuvo que hacer mucho esfuerzo para lograr que ella le abriera los labios y así introducir su insaciable lengua. Se inclinó un poco más y acarició sus nalgas hasta meter una mano entre sus piernas, y alcanzar su sexo húmedo. Con pericia apartó la tela del biquini y rozó con los dedos su intimidad.

Nicole jadeó. Al aferrarse a su cuello lanzó al suelo el sombrero de Matt y abrió más las piernas, para darle facilidad de poseer su cuerpo. Su deseo rápidamente se convirtió en anhelo, que a punto estuvo de hacerla estallar. No le preocupaba que a pocos metros estuvieran sus amigos, ni que se encontrara en un lugar a la vista de cualquiera. Su única inquietud era que él no se alejara.

—Si me sigues provocando de esa manera terminaré haciéndote el amor aquí mismo —la amenazó, pero los gemidos de Nicole demostraban lo mucho que estaba de acuerdo con esa propuesta. Matt introdujo un dedo en su interior y volvió a besarla con urgencia mientras ella se aferraba a sus cabellos para impedirle que la dejara—. Nicole —jadeó su nombre sobre sus labios. Ella estaba perdida en una nube de placer, que le había desconectado todo tipo de razonamiento. La lengua de Matt recorría cada rincón de su boca, y su dedo entraba y salía de su cuerpo, empapándose con la miel que brotaba de ella.

Se empuñó a él para soportar la colisión que se producía en su interior, y se hundió en su boca para no gritar mientras el orgasmo la sacudía por completo.

—No me sueltes... —le pidió en medio de gemidos y se ocultó en su cuello hasta que los espasmos se calmaron. Había quedado tan ligera que si él se apartaba, la brisa sería capaz de llevársela lejos.

No comprendía cómo había sido capaz de llegar al clímax con unas simples caricias y algunos besos. Su cuerpo, en las manos de ese hombre, se volvía tan sensible que ni ella misma podía controlarlo.

Matt sacó el dedo de su interior y la abrazó con firmeza.

—¿Soltarte? Jamás lo haría —le susurró al oído—. Eres mía.

La aseveración de Matt estremeció a Nicole. Ansiaba sentir que pertenecía a alguien, que era amada y querida, que en algún lugar la esperaba alguien con los brazos abiertos, para no dejarla ir nunca. Respiró hondo y se armó de valor para separarse de él.

—No soy de nadie —le respondió, aún afectada por el explosivo orgasmo que minutos antes había experimentado. Aunque el acto había sido delicioso, no podía dejarse dominar por él. Aún no. Quedaban muchas dudas por aclarar.

—¿Por qué eres tan terca? —preguntó el hombre, y la tomó por los hombros para que no se alejara completamente de él.

—No soy terca, sino realista.

La mirada de Matt se mantuvo durante varios segundos sobre ella. Nicole comenzó a sentirse evaluada y eso la incomodaba.

—Eres bastante testaruda. De esa manera terminarás haciéndote un gran daño.

—¿Qué te importa a ti...?

—Me importa y mucho —aclaró el hombre con severidad, interrumpiendo sus quejas. Ella se quedó durante un instante en silencio, absorbida por los brillantes ojos color esmeralda que destilaban una mezcla de autoridad y deseo.

—¿A qué has venido? —lo interrogó con aspereza y se apartó de él para darle la

espalda y hurgar dentro de la nevera en busca de una cerveza. Ahora más que nunca necesitaba de una bebida fría que extinguiera el fuego que aún llameaba en su interior.

Escuchó que Matt se inclinaba, quizás para recuperar el sombrero.

—Darryl ha enviado a unos hombres al rancho con unos documentos para ti. Quiero saber qué son.

Nicole se sintió decepcionada. Él no estaba ahí para verla a ella, no la anhelaba, solo quería información.

Al encontrar la cerveza, la abrió y le dio un trago largo. Esperaba que la bebida fría le apaciguara la furia que se le agitaba en las venas.

—Es un asunto personal.

Matt la tomó por un brazo y le hizo darse la vuelta para obligarla a encararlo.

—¿Qué asunto? —El hombre se detuvo a pocos centímetros de ella, su presencia avasallante la envolvía y amenazaba con dominarla de nuevo. Nicole tuvo que sacudirse su agarre y alejarse para no perder la cordura.

—No deberías meterte en lo que no te importa.

—Todo lo que tenga que ver contigo me importa —anunció él. Ella sintió que la emoción se agitaba en su vientre por aquellas palabras—. Darryl no es una persona de la te puedas fiar, no quiero que te involucres con él. Y te advertí de que sus hombres no son bienvenidos en el rancho, no deberías permitirles la entrada.

—Soy una mujer adulta y libre, puedo hacer lo que quiera.

Matt la tomó por la barbilla y levantó su rostro.

—No juegues conmigo, Nicole. Te estoy dando más de lo que alguna vez le di a una mujer —confesó, con la mirada llena de anhelo—. No actúes de manera impulsiva. Tienes que confiar en mí.

Ella quedó de piedra, sin saber cómo reaccionar ante semejante revelación. Matt la confundía, le hacía casi imposible la tarea de interpretar sus verdaderas intenciones.

El sonido de unas pisadas la sobresaltó. Se pasó una mano por los cabellos para despejarse el aturdimiento y le dio un trago a su cerveza. Matt se colocó el sombrero sobre la cabeza, sin quitarle la mirada de encima, mientras Jane se acercaba.

—Nico... —expresó la mujer con una lata vacía de cerveza en la mano, pero se quedó paralizada al ver al hombre—. Hola —lo saludó desconcertada.

—Hola —respondió él—. Soy Matthew Jackson —se presentó con formalidad y levantó un poco el sombrero para hacer una venia con la cabeza—, estoy a su servicio.

—¡Vaya! —exclamó la chica, aún contrariada, y paseó la mirada entre el hombre y su amiga—. Yo soy Jane Swan, estudio con Nicole en la universidad.

Matt le regaló una sonrisa que la contagió, pero el silencio repentino volvió el momento incómodo para los tres.

—Bienvenida a Landon Ranch —concluyó él y con un toque de ala de su

sombrero se despidió. Les dio la espalda y se marchó, dejándolas solas.

—Tiene un bonito trasero —comentó Jane, cuando Matt se encontraba lo suficientemente lejos como para no escucharla.

Las palabras de su amiga hicieron que Nicole regresara a la realidad. No se había percatado de que se había quedado embobada mirándolo hasta que Jane habló. Como una adolescente se sonrojó y en medio de un suspiro se giró hacia el coche para buscar una cerveza para la chica.

—Si dices una sola palabra de mi estado le digo a Roland que detestas el billar —la amenazó Nicole, para evitar que su amiga la apabullara con comentarios.

Los ojos y la boca de Jane se abrieron en su máxima expresión.

—¿Eres capaz? —Nicole le acercó la cerveza y la miró con determinación—. Eres cruel —se quejó la chica. Su novio, desde que había aprendido a jugar a billar, la obligaba a asistir todos los sábados a algún pub para practicar. Ella asistía porque le gustaba hacer cosas con él y simulaba disfrutar de la velada, aunque en realidad odiaba el juego. Sin embargo, se sacrificaba por amor. Su chico lo hacía cada vez que asistía resignado a las prácticas de odontología de la joven, donde lo tomaba como un conejillo de indias para poner en práctica lo que había aprendido.

—¿Cruel? No sabes cuánto me gustaría serlo —murmuró Nicole para sí misma y giró el rostro hacia el lugar por el que Matt había desaparecido.

Quería ser dura con él. Deseaba castigarlo, demostrarle que ella no era una mujer débil a la que podía engañar. Ansiaba tener siempre la última palabra, pero por alguna extraña razón era incapaz de lastimarlo. Con cada encuentro la que terminaba con una nueva espina en el corazón era ella.

Sin embargo, no se rendiría, aún tenía una carta bajo la manga.

Matt había descubierto cómo debilitarla y así dominarla, pero ella también sabía qué le interesaba a él, y se iba a defender hasta con las uñas.

Capítulo 12

*E*sa tarde, al regresar del lago y despedirse de sus amigos, Nicole se encerró en su habitación y se dio un largo baño. La salida la había ayudado a despejar la mente, y el intenso orgasmo que había disfrutado entre las manos de Matt, la ayudó a descargarse de tensiones y malestares. Se sentía tan ligera como una pluma. Y renovada.

Se vistió con un pantalón de mezclilla, una blusa abotonada sin mangas y unas zapatillas de lona, y salió con intención de dirigirse a la cocina, pero al comenzar a bajar las escaleras escuchó una discusión que se producía en el vestíbulo.

—No puedes comportarte de esa manera, Eva —oyó que se quejaba Sabine con la voz marcada por la rabia. Quedó petrificada y con disimulo regresó sobre sus pasos para volver a su dormitorio y no mezclarse en aquel problema.

—Lamento que no estés de acuerdo conmigo, tía, pero si no apresuro las cosas, perderé mi oportunidad con Matt.

La mención del hombre electrizó a Nicole. Se detuvo al pie de la escalera y agudizó el oído mientras los celos se le agitaban en el estómago.

—No lo incluyas en esta situación, no es justo.

—Lo que no es justo es que me obliguen a regresar a Nuevo México —reveló Eva con irritación—. Él es el único que puede ayudarme, pero si me descuido, esa idiota me lo quitará.

Por unos segundos el silencio reinó. Nicole estaba desesperada por saber lo que esa india quería de Matt. La puerta de entrada se abrió y eso aumentó su ansiedad, si se marchaban no escucharía más de la conversación.

—Matt es un hombre leal y solidario —argumentó Sabine. Al parecer, las mujeres se habían detenido junto a la puerta—. Está poniendo su vida en juego para protegernos, no te aproveches de eso.

Aquellas palabras acrecentaron la curiosidad en Nicole, y su furia. ¿Por qué Matt se sacrificaba tanto por esas indias?

—Es el único que puede ayudarme, mi abuelo no escucha a nadie más, pero por culpa de esa tonta lo estoy perdiendo —confesó Eva—. No descansaré hasta meterme en su cama y obligarlo a que interceda por mí.

—¡Eva! —Sabine reprendió a la india, pero se escucharon pisadas apresuradas y luego el golpe de la puerta. Las mujeres se habían marchado dejando a Nicole rabiosa.

Bajó al vestíbulo y se quedó por unos instantes en medio de la habitación, con los puños apoyados en las caderas y la mirada llameante dirigida a la puerta por donde las mujeres se habían marchado.

Así que Eva aún no había logrado meterse en la cama de Matt. Era cierto lo que él le había dicho: entre ellos no sucedía nada; pero la mujer trabajaba duro para solventar esa situación y, en brazos de él, poder liberarse del compromiso que tenía

en Nuevo México.

—Veremos quién llega primero a su cama —murmuró, con una sonrisa pérfida dibujada en los labios. Giró sobre sus talones y volvió a subir a su habitación. Debía prepararse para poner en juego sus propias piezas.

No estaba segura si lo que la motivaba era la competencia con Eva, o su desesperación por reclamar al hombre que se había apoderado de sus pensamientos, con expertas caricias y una boca insaciable. Sin embargo, no se pararía a pensar en ello. Tenía cosas que hacer.

Minutos después, Nicole entraba en el establo en busca de Chase. Lo halló en el cuarto de las monturas, terminando de organizar los utensilios antes de marcharse al barracón, el cobertizo que inicialmente se utilizaba para guardar los tractores inservibles, pero que los empleados adaptaron para hacerlo habitable, y así poder quedarse a dormir allí durante las semanas en las que había mucho trabajo. De esa manera evitaban viajar Abilene a altas horas de la noche, para luego regresar al rancho al despuntar el alba.

Según lo que Nicole pudo averiguar en el paseo por el lago, el chico era casi un huérfano. Nunca había conocido a su padre y su madre se había casado con un agente inmobiliario que viajaba a menudo por el país. Cuando él apenas era un crío de ocho años, su madre le anunció que se mudaría a Austin, Texas, con su nuevo marido, pero con la excusa de que el niño no perdiera los estudios, lo dejaría con su abuelo, un anciano con más de ochenta años que se pasaba las horas durmiendo en una mecedora y poco le importaba lo que hiciera el chico. Dos veces al año la mujer lo visitaba, sin pasar junto a él más de una semana.

Matt lo conoció en una de sus visitas a Abilene mientras compraba insumos para el rancho, cuando el joven tenía dieciséis años. Chase vendía en las calles panes de maíz que preparaba una vecina, y por el que recibía una pequeña comisión que le servía para asegurarse la cena. Después de varios encuentros y de comprar toda la existencia que el niño llevaba encima, Matt pudo notar su sentido de responsabilidad y sus ganas de trabajar. Le ofreció empleo en el rancho, además de casa y comida gratis, una oferta que Chase no pudo rechazar.

Con ayuda de una abogada de menores de la ciudad, consiguió que la madre del joven aprobara el traslado. Era lo menos que podía hacer después de haber abandonado a su hijo.

Ahora Chase era mayor de edad, uno de los empleados más dedicados del rancho y amigo leal de Matt.

Así como se enteró de esa historia, Nicole pudo conocer la de otros empleados. Algunos eran padres de familia caídos en desgracia económica, o gente sin hogar ni futuro que fueron rescatados de las calles, rechazados por la sociedad por su condición indígena. Le debían mucho a Matt, por eso le eran tan fieles.

Esa información molestaba a Nicole y hacía más difícil la tarea de hacer respetar su autoridad. A pesar de que ella era la patrona y dueña de esas tierras, todos seguían

las órdenes del hombre, lo que le otorgaba más posibilidades para hacer allí lo que se le viniera en gana.

El sueño de su padre estaba en las manos de ese sujeto, así como su futuro. Fuera del rancho ella no tenía nada, había caído en bancarrota. Si se marchaba a Lawrence quedaría a merced de Matt, de la renta mensual que él considerara prudente enviarle y de sus decisiones. No quería volver a depender de alguien, mucho menos de un traidor como Matthew Jackson.

No se cansaba de prometerse que no regresaría a la universidad hasta no solventar la situación en su casa, y sacar a todos los conspiradores del rancho. No obstante, había algo agitándose en su pecho que la hacía olvidarse de esa promesa, y le cambiaba el rumbo.

—¿Sabes dónde está Matt? —le preguntó a Chase mientras el chico pretendía dirigirse al barreño del que bebía agua *Randy*, el caballo de Matt, para asegurarse de que estuviera lleno.

—Fue con Tanner a Abilene, a comprar pienso para las vacas lecheras.

—¿Tardará mucho?

—No creo, patrona. Hoy es noche de póquer en el Maddy's Pub y Tanner no se pierde esas partidas.

Nicole suspiró con ansiedad y evaluó rápidamente sus posibilidades.

—Necesito hablar con él, ¿sabes dónde está ubicada su cabaña?

—A medio kilómetro pasando las naves de engorde.

—¿Puedes ensillarme a *Brisa*? —le solicitó en referencia a la yegua que le habían asignado.

—Desde luego, patrona, lo haré enseguida —dijo el joven y corrió en busca de la montura.

Nicole suspiró al quedar sola y dirigió su atención hacia *Randy*. Se acercó al caballo y le acarició la nariz, la suavidad del pelaje le hizo cosquillas en los dedos.

Un nudo se le atoró en el estómago y no quería creer que eso fuera por la sensación de rabia y, en cierto modo, envidia, que tenía instaladas en el pecho. A todos en el rancho Matt les había tendido la mano cuando más lo necesitaban. Sin embargo, a ella la trataba diferente. No quería darle la protección que le había ofrecido a otros, sino que ansiaba sacarla a patadas de sus propias tierras, sin darle explicaciones. Para él, Nicole era una niña malcriada y soberbia que estaba mejor lejos de casa, donde siempre había estado.

Los ojos se le empañaron de lágrimas, que se esforzó por contener. Ella estaba ansiosa por pertenecer a algún lugar, a alguien, y quería quedarse en el rancho, junto a él, pero nunca lo demostraría. No podía reflejar su debilidad, mucho menos en ese territorio lleno de alimañas.

Con ella, Matt jamás sería solidario, pero con Eva sí. Cuando la india se presentara en su cabaña con el rostro lleno de tristeza y le expusiera su problema, él no se lo pensaría dos veces para tenderle la mano. Por eso debía adelantarse. La

manera de superar la autoridad de Matt en el rancho no era ganándose la confianza de los trabajadores, sino sobrepasándolo a él mismo, doblándolo su corazón; haciendo que él la necesitara de la misma manera en que ella lo necesitaba a él.

—Patrona, *Brisa* está lista. —La intervención de Chase la sacó de sus cavilaciones. Con el ceño fruncido y paso firme salió al jardín para encontrarse con la yegua.

—Si ves a Matt dile que lo espero en su cabaña —le rogó al chico mientras montaba al animal.

Enseguida lo puso a trote y se perdió entre los pastizales. El sol comenzaba a ocultarse en el horizonte y bañaba con sus rayos dorados las interminables praderas.

Capítulo 13

Llegó a la cabaña cuando comenzaba a oscurecer. Los campos habían estado desolados, algo a lo que Nicole aún no se acostumbraba. La soledad solía ponerla sugestionable; en esa vasta inmensidad le daba la impresión de que alguien la observaba. Que no estaba sola.

Ató a su yegua a la madera del pórtico y subió los escalones. La cabaña de Matt era pequeña, de dos plantas y toda construida en madera. Colocó la mano en la manija de la puerta y al ver que se abría sin esfuerzo, sonrió.

—Que descuidado eres, vaquero —murmuró para sí misma y pasó a la casa.

Adentro, la decoración era sencilla. La planta baja era un espacio amplio que albergaba la sala, la cocina y el comedor en un mismo ambiente, y estaba decorado con muebles rústicos contruidos en madera. Al fondo, se divisaba la escalera que daba al primer piso, lugar donde seguramente se encontraban las habitaciones.

Nicole no perdió el tiempo y subió. Arriba solo había dos cuartos, uno de ellos parecía un trastero; el otro, la habitación privada de Matt. Entró con cierta inseguridad mientras evaluaba cada rincón. Una cama grande y deshecha estaba ubicada en el centro, con dos mesitas de noche a los lados. Del lado izquierdo, bajo el ventanal, una mesa larga hacía las veces de escritorio, repleto de papeles y objetos, y del lado derecho se encontraba un ropero abierto, con las prendas almacenadas de manera desordenada, casi de la misma manera en que se hallaba todo el dormitorio.

Se acercó a la cama y se sentó en el borde frente al ropero. Respiró hondo, llenándose los pulmones con el aroma de Matt. Todo ese lugar olía a él, y tenía su personalidad: sencillo, rústico, práctico, algo desordenado, pero muy varonil. Tomó la almohada y la acercó a su rostro. Era tan suave como sus caricias y cálida como su piel. Un vacío le llenó el estómago y le produjo un dolor tan pronunciado que casi la obligó a doblarse para soportarlo.

El anhelo y la ansiedad le crecían a cada segundo. Necesitaba verlo, estar cerca de él, sentir su tacto y sus besos.

Se abrazó a la almohada mientras la tristeza la invadía. Si tan solo él sintiera por ella la mitad de lo que ella sentía por él...

Al escuchar que un vehículo se acercaba con rapidez, se levantó. Soltó la almohada y se estiró la blusa para recuperar la compostura. El coche se detuvo frente a la cabaña, y una puerta se abrió y cerró casi de manera simultánea.

—¡Nicole! —Al escuchar que él la llamaba mientras corría al interior de la casa le propulsó los latidos del corazón. Dudó por un instante, pero las apresuradas pisadas de Matt en la planta baja la hicieron comprender que ya era demasiado tarde para arrepentimientos—. ¡Nicole!

—¡Aquí!

Después de un segundo de silencio sepulcral, Matt subió las escaleras. En menos

de lo que dura un suspiro llegó arriba y abrió la puerta de la habitación.

Su presencia hizo más pequeño el lugar. Su respiración acelerada y su mirada hambrienta le produjeron a la chica un estremecimiento en la columna vertebral.

Él se acercó con pasos lentos y firmes. Los ojos verdes se le habían oscurecido tanto que se asemejaban al profundo lecho marino, cubierto de algas, misterios y vida.

—Hola —saludó ella con timidez, pero él pareció no escucharla—. Necesito...

Las palabras se le extinguieron cuando sintió los dedos callosos de Matt recorriéndole los labios, para luego acariciarle con sutileza la mandíbula.

—Te daré todo lo que necesitas —declaró él, antes de apoderarse de forma arrolladora de su boca.

Bastó ese único contacto para que el conflicto de emociones que se agitaba en el corazón de Nicole se borrara. Alzó los brazos y los ancló en el cuello de él, mientras le daba paso a su lengua para que tomara todo lo que encontraba a su paso. Las manos de Matt le recorrieron la espalda y se aferraron a sus nalgas para elevarla unos centímetros del suelo. Con la mujer entre los brazos se dirigió a la cama, la acomodó sobre el colchón, y se colocó sobre ella.

El miembro hinchado y ardiente de Matt se apretaba contra su pelvis. Nicole estaba ansiosa por abrir las piernas y permitirle que se frotara contra su sexo, pero él la había cubierto con su cuerpo, restándole cualquier posibilidad de movimiento.

—¿Por qué me haces esto? —imploró él, sin dejar de mordisquearle los labios. Bajó por su cuello hasta llegar a su pecho. Absorbió el duro pezón por encima de la tela de la blusa mientras las manos se metían por debajo y le acariciaban la cintura y el vientre.

Nicole había cerrado los ojos y se dejó llevar por el oleaje de sensaciones que le barría toda la inteligencia. Al abrirlos ya Matt la había desnudado de la cintura para arriba y devoraba sus senos con tanta delicadeza que le erizaba por completo la piel.

La respiración cada vez se le hacía más pesada. Abrió la boca para dejar escapar decenas de gemidos al sentir que él comenzaba a bajar por su vientre hasta llegar a su ombligo, al tiempo que le quitaba los pantalones y las bragas.

—Matt, tócame... —le pedía, necesitaba con urgencia sentir sus manos sobre su cuerpo.

—Tranquila, cariño, lo haré. Hoy vas a ser completamente mía —prometió él, arrancando un jadeo ansioso en Nicole.

Al quedar desnuda, él le abrió las piernas. Su sexo hinchado y húmedo gritaba exigiendo sus atenciones, pero al ver que Matt no se movía, alzó el rostro para ver qué le sucedía. Él estaba entre sus piernas, aún vestido, y observaba enfebrecido su cuerpo desnudo y dispuesto.

—Es la primera vez que te tengo así —confesó, con una mezcla de admiración y necesidad en la mirada—. Eres hermosa... divina —manifestó y dirigió los dedos hacia los pliegues carnosos que vibraban por la sangre contenida.

A Nicole se le escapó un jadeo al sentirlo. Matt la acarició con ternura, empapándose los dedos con su humedad. Con delicadeza le abrió los labios vaginales hasta llegar al clítoris, que estimuló con el dedo pulgar. El cuerpo entero de Nicole tembló, y los ojos se le llenaron de lágrimas. Estaba ansiosa por sentirlo dentro de ella, apoderándose de su existencia.

Cerró los ojos y se arqueó hacia su mano para exigirle que la penetrara, pero él lo que hizo fue alejarse, produciendo un rugido de frustración en ella. Sin embargo, en el momento en que su cálida lengua tocó su sexo estuvo a punto de gritar por la sorpresa. La sangre le corrió con furia por las venas y enseguida se puso rígida ante la inminente llegada del orgasmo.

—No, no, no, por favor... —suplicó. No comprendía cómo se había vuelto tan sensible ante el contacto de Matt. Quería seguir disfrutando de sus atenciones, no culminar tan pronto.

Él pareció intuir su estado. Dejó de absorber y lamer su sexo para incorporarse y quitarse con brusquedad la ropa. Las lágrimas le corrían a Nicole por las sienes y morían en su cabello. Observaba embelesada cómo el cuerpo fibroso y fuerte del hombre se revelaba, avivando su deseo.

—Matt... —lo llamó en susurros y levantó una mano para invitarlo a acercarse.

Él se quedó inmóvil durante un instante, jadeaba, y los ojos le centellaban por el deseo. Dirigió su mano hacia la de ella y entrelazó los dedos. Se fue incorporando sobre el cuerpo esbelto y caliente de la mujer, sin romper el contacto visual.

La penetró con lentitud, con las miradas unidas, reflejando en los ojos del otro los sentimientos que los estimulaban. Nicole sintió una emoción desconocida en su pecho. Aquel acto producía algo distinto en ella, un sentimiento de pertenencia que se le entretejía alrededor del corazón y la reclamaba.

Matt la invadió por completo, con el cuerpo tembloroso.

—Oh, preciosa. Me enloqueces —le decía mientras aumentaba la intensidad de las embestidas. Nicole jadeaba y se arqueaba para darle más acceso. El olor almizclado de Matt la embriagaba y le aceleraba la llegada del orgasmo. Sintió una contracción en el vientre que le volvió el cuerpo rígido. Se arqueó y aferró sus uñas a los hombros de él.

Matt, al notar que no podía alargar por más tiempo la llegada del clímax, la besó con frenesí y se empuñó a ella. Ambos ahogaron sus gritos de placer en la boca del otro mientras sus organismos se estremecían.

Se quedaron allí, abrazados, con los cuerpos enlazados como si fueran uno solo.

Nicole podía sentir el corazón de Matt latiendo cerca del suyo, al mismo ritmo. Acarició la espalda del hombre, captando bajo los dedos los músculos endurecidos, que temblaban por su contacto.

—Me vas a llevar a la locura —la voz de arrullo de Matt cerca de su oreja le erizó la piel. Él era quien la llevaba irremediamente a la locura. Por su culpa su organismo era mucho más sensible y vulnerable. Una simple mirada de él la

encendía, su voz la erizaba y su contacto estremecía cada una de sus terminaciones nerviosas.

Él se incorporó, alzó el rostro y clavó sus ojos color esmeralda en ella.

—¿Con quién has venido?

—Sola. —Él arrugó el ceño.

—No vuelvas a hacerlo.

—¿Venir? —lo aguijoneó, solo para molestarlo.

—Hablo de que vengas sola. Es peligroso.

—No hay nada más peligroso para mí que tú.

Matt la besó mientras le acariciaba la cabeza con ambas manos.

—De mí no te salvará nadie —le advirtió sobre sus labios.

—¡Matthew! —El grito que anunciaba la llegada de Eva a la cabaña puso rígida a Nicole.

—Maldita sea —murmuró Matt y ocultó el rostro en el cuello de la chica.

—¿Nadie me salvará de ti? —preguntó Nicole sin poder evitar que el enfado se le evidenciara en la voz.

—Nadie —aseguró él y se apartó de ella para levantarse—. Buscaré las maneras de que regrese a la casa —explicó mientras se ponía los pantalones—. Tú no te muevas de aquí.

Nicole se acostó de lado, apoyó un codo en la cama para sostener con la mano su cabeza y observarlo indolente mientras él se ponía los pantalones. Sabía que no sería fácil deshacerse de Eva y eso le agitaba los celos.

—¿Y si no quiere irse?

—Lo hará —garantizó Matt y la miró fijamente antes de marcharse—. No se te ocurra levantarte, aún no he terminado contigo —le advirtió y salió con rapidez de la habitación.

Al quedar sola, Nicole suspiró y cayó abatida de espaldas en la cama. Sabía a qué venía la india y eso la llenaba de más cólera. Eva estaba ansiosa por meterse en la cama de Matt, para salvarse del problema que tenía en Nuevo México y no se rendiría con facilidad.

Se levantó y recogió su ropa. Escuchó murmullos en la planta baja y, aunque no tenía ganas de marcharse, prefería estar preparada. Eva era explosiva y su yegua estaba atada al pórtico de la entrada. La india no era una tonta, debía suponer que ella se encontraba en la casa.

Comenzó a vestirse notando que los botones de su blusa se habían desprendido, Matt debió de quitársela con brusquedad. Repasó la habitación hasta encontrar una camisa de franela apoyada en el respaldo de la silla del escritorio, se acercó para tomar la prenda echando una ojeada al montón de papeles que se hallaban sobre la mesa.

Una fotografía de su padre llamó su atención. Alargó la mano para tomarla, con los ojos humedecidos por la emoción. Con mayor interés comenzó a evaluar los

papeles, esperando encontrar más fotografías, pero lo que halló fueron planos del rancho, entre muchos otros documentos. Alzó uno de ellos y se percató de que el espacio del terreno estaba alterado. Sobre él se dibujaban edificaciones que en la actualidad no existían: varias casas cerca de la cabaña de Matt, dos construcciones adicionales que parecían ser establos, una vaqueriza y diversas modificaciones en la casa principal.

El descubrimiento la llenó de ira. Continuó revolviendo los papeles y encontró anotaciones con especificaciones de las nuevas construcciones. Por lo visto, Matt planificaba una importante remodelación de sus tierras sin consultarle.

—Para esto quieres que regrese a la universidad —masculló con la mandíbula apretada por la furia y el corazón destrozado.

Soltó todos los documentos y se vistió rápido. Se colocó la camisa de Matt, pero como esta le quedaba muy ancha, se la ató con un nudo bajo los senos, dejando al descubierto su vientre plano.

—¿Nada me salvará de ti? —refunfuñó mientras se ajustaba las botas—. Vamos a ver quién necesita salvación —amenazó y salió de la habitación con pasos firmes.

Al llegar a la planta baja encontró a Matt discutiendo con Eva. La mujer parecía estar a punto de encenderse en llamas por la ira. Se acercó a ellos con una pose soberbia, dirigiendo hacia la india una mirada que destilaba autoridad.

—Eva —la saludó con ironía, la mujer no podía responder por lo apretada que tenía la mandíbula. Matt la observó sorprendido, estaba descalzo, sin camisa y con los cabellos desordenados por la pasión con la que se habían amado—. Me llevo tu camisa —le dijo a Matt—, has roto los botones de la mía y no puedo andar desnuda por el rancho.

Eva retrocedió un paso. El rostro lo tenía tenso y enrojecido.

—¿Adónde piensas ir? —inquirió el hombre, contrariado.

—A la casa. Recordé que Darryl está esperando una llamada mía.

Con aparente despreocupación se dirigió a la puerta, pero Matt la retuvo por un brazo.

—¿Qué demonios has dicho?

Ella se libró de su agarre y mantuvo su mirada enfurecida.

—Tengo cosas que atender y aunque te confieso que el revolcón fue delicioso, no puedo perder más tiempo en esta cabaña.

Se giró para continuar su camino, sin embargo, él volvió a retenerla, pero esta vez con más firmeza. Le tomó ambos brazos y la acercó a su rostro.

—Ya basta, Nicole. No quiero que mantengas ningún tipo de contacto con Darryl —le exigió con irritación.

—¿Y quién te crees que eres para exigirme algo?

—No juegues conmigo. Si has venido aquí ha sido por algo.

Ella le sonrió con arrogancia y volvió a soltarse de su agarre.

—Vine solo para ganarle la partida a ella. —Y señaló a Eva. La mujer se

sobresaltó y Matt cerró los puños para controlar la furia—. Escuché cuando le decía a Sabine que haría hasta lo imposible por meterse en tu cama. Yo solo quise demostrarles que puedo adelantarme a sus estúpidos planes y fastidiarles a ambos la partida. —Nicole sonrió con satisfacción, aunque en realidad no se sentía a gusto con sus propias palabras. La herían, quizás más profundo de lo que podían herirlo a él—. Espero que les haya quedado claro que no me iré del rancho, ni les dejaré el camino libre para que hagan con el sueño de mi padre lo que les venga en gana, ni realicen modificaciones sin mi consentimiento.

El cuerpo de Matt se relajó. Sus ojos se llenaron de entendimiento y observaron a Nicole con tristeza.

—Estás llegando a conclusiones erróneas... —Él intentó acercarse para acariciarle el rostro, pero ella se alejó. Su actitud calmada le hizo pensar que se burlaba de ella.

—Es muy tarde para explicaciones —expresó con furia y lanzó una mirada desdeñosa a Eva, que se mantenía rígida detrás de Matt—. Espero que lo disfrutes —escupió en medio de un ataque de celos, y con los ojos húmedos salió de la cabaña en dirección a su yegua.

—Nicole, espera. Tienes que escucharme —insistió Matt, pero ella ya había liberado a *Brisa* y se disponía a montarla.

—Debiste aprovechar el día en que me encontraste tirada con el coche cerca del rancho para explicármelo todo, no ahora —le avisó ella mientras subía a su yegua.

—Sé que cometí un error, pero Christian me había advertido de que tú...

—¡Mi padre nunca me conoció! —declaró ella con arrebató—. Me dejó a un lado y tomó todas las decisiones que le dio la gana sin consultarme. ¡Tú piensas hacer lo mismo! —expuso y tomó con firmeza las riendas de *Brisa*—. Este es mi rancho, yo soy la patrona, la que dice qué se hace aquí y qué no, ¿entiendes? —recalcó mientras ponía al trote a su yegua y se alejaba de la cabaña.

De camino a la casa se permitió llorar, pero jurándose a sí misma que esas serían las últimas lágrimas que derramaría por culpa de Matthew Jackson.

Capítulo 14

Al día siguiente, Nicole se levantó de la cama llena de furia. Había dormido poco la noche anterior. Aún sentía en la piel el roce de las caricias de Matt, en la boca conservaba su sabor y el aire a su alrededor estaba impregnado con su aroma.

Después de asearse y vestirse, bajó a la cocina. Todo le molestaba, desde la ropa que llevaba puesta hasta los sonidos que se producían en el ambiente. Para su tranquilidad, la única que estaba en la cocina era Adele; la saludó con frialdad mientras se servía una taza de café negro.

Lo único que su estómago comprimido pudo aceptar fueron dos tragos de la bebida, dejó la taza aún llena sobre la mesa y se colocó en la cabeza el sombrero de su padre, para salir al campo e iniciar la faena.

La mañana empeoró al entrar en el establo en busca de su yegua *Brisa*. Allí estaba Wayne, el sujeto alto, moreno y de mirada peligrosa, que trabajaba como capataz en el rancho Drummond. Sabía que el hombre había sido enviado por Darryl por una petición suya, para hacerle llegar a su vecino las observaciones de los documentos que él le había enviado el día anterior, con una oferta para la compra del rancho; así que se acercó para indicarle que la acompañara al despacho, sin embargo, notó que dos empleados suyos se encontraban junto a él, y parecían enfadados.

—¿Sucede algo? —preguntó con voz autoritaria. Chase, que se hallaba cerca, se sobresaltó al oírla y enseguida se marchó. Nicole apretó la mandíbula, estaba segura de que el chico iría a avisar a Matt—. He preguntado si sucede algo —recalcó, y dirigió una mirada desafiante a los dos empleados indígenas que se enfrentaba a Wayne.

—No, patrona. Es solo que este hombre no es bienvenido —expuso uno de ellos, quien encaraba al capataz con una fusta en la mano.

—¿Y desde cuándo ustedes son los que deciden quién es bienvenido o no en mis tierras? —les inquirió indignada. El hombre que había hablado bajó un poco la cabeza, pero mantuvo una mirada cautelosa en el visitante.

—Fue su padre quien le prohibió la entrada —confesó el otro empleado, un sujeto bajito y delgado que se mantenía más alejado y parecía asustado.

Nicole observó a Wayne con el mentón en alto.

—¿Es eso cierto? —indagó. El hombre torció el rostro en una sonrisa desagradable mientras la repasaba de pies a cabeza.

—Estos asquerosos indios manipulaban a su antojo al viejo Landon. Hacían con él lo que querían, incluso con sus tierras y su ganado.

—Deja de mentir, miserable —reclamó el indio de la fusta y se acercó amenazante hacia Wayne.

No solo el capataz se preparó para contraatacar, sino que de pronto aparecieron cuatro sujetos más con grandes pistolas en las manos. Nicole se estremeció y recordó

haberlos visto junto a Darryl el día en que fueron a cenar a Abilene. Eran sus guardaespaldas.

—Pero ¿qué demonios hacen ustedes aquí?! —reclamó furiosa.

—Disculpe, señorita —expresó Wayne con arrogancia, sin dejar de vigilar a los indios, quienes a pesar de estar más blancos que la leche, se ubicaron cerca de Nicole en actitud defensiva—. Estos sujetos nos atacaron una vez, no podemos descuidarnos.

—Lárguense de mi rancho —ordenó ella, exasperada. Wayne la miró con arrebató. No parecía estar muy dispuesto a seguir su resolución—. ¡Ahora! —insistió, al ver que ninguno de los empleados de Darryl se movían. La actitud de los hombres la había asustado.

—¿Y los documentos? —preguntó en capataz antes de marcharse.

—Tengo que hablar con Darryl sobre esta situación, no aceptaré que ninguno de ustedes entre en mi casa armado y amenace a mis empleados —manifestó con firmeza. Wayne la fulminó con una mirada peligrosa. Nicole se la sostuvo, procurando mostrarse impasible para no demostrar su temor.

Cuando los hombres se marcharon, ella se dirigió hacia los indios.

—No pretendáis pasar de nuevo por encima de mi autoridad —les advirtió.

—Pero, patrona... —trató de intervenir el empleado asustadizo.

—¡Pero nada! No quiero que se tomen atribuciones que no les corresponde —afirmó—. Si algo os molesta, me lo comunicáis, que yo me encargaré del asunto.

—Ese hombre en una ocasión... —quiso explicar el indio que se había enfrentado a Wayne con una fusta, pero Nicole lo detuvo al clavar una mirada autoritaria en él.

—No volváis a poner en tela de juicio mis órdenes —refutó con la mandíbula apretada—. Yo autoricé la entrada de ese hombre y vosotros no tenéis derecho a tratar de esa manera a ninguno de mis invitados. Si existe algún problema me informáis. ¿Entendido?

Los indios cerraron la boca y asintieron con la cabeza, aunque Nicole podía percibir en sus rostros la desaprobación.

—Con su permiso, patrona. Iniciaremos nuestro trabajo —expuso el indio de la fusta y tomó por el brazo a su compañero para arrastrarlo en dirección al campo.

Nicole se quedó allí por un instante. La rabia, el temor y el desconcierto hacían mella en su determinación. Se llenó los pulmones de aire, que de manera extraña comenzaba a faltar a su alrededor, y se encaminó con paso inseguro a la casa. Necesitaba con urgencia un poco de soledad.

Se encerró en el despacho para ocultarse de todos. Caminaba de un lado a otro. El arrepentimiento la atormentaba, así como una punzante molestia en el pecho. No podía seguir de esa manera, sentía que el aire a cada segundo se hacía más pesado. Si no se calmaba, podía verse afectada por alguna enfermedad nerviosa producida por el estrés.

Conocía muy bien los síntomas, su madre los había vivido durante sus últimos años. Además, había ciertas molestias en su cuerpo que la angustiaban. Necesitaba ir

con urgencia a Abilene a hacerse varios exámenes, para así confirmar sus sospechas, pero la situación en el rancho parecía salirse de las manos.

Se detuvo en medio de la habitación, cerró los ojos y se concentró en su respiración, quería encontrar sosiego para sus emociones. Se había comportado como una arpía con los empleados, parecía una niña malcriada, enfadada porque nadie la tomaba en cuenta. Ya era una mujer y si quería hacerse respetar por el personal debía comportarse como tal. No les había dado oportunidad de explicarse, aunque odiaba que la ignoraran, la mejor manera de ganarse su confianza era escuchándolos. Ellos tenían un mal concepto de ella, pero había sido ella misma quien se había construido esa imagen con su actitud necia hacia su padre. Debía demostrarles lo contrario...

—¿Qué demonios estás haciendo?! —preguntó Matt, después de entrar como un torbellino en el despacho provocando que la puerta golpeará contra la pared. Nicole se sobresaltó y se volvió hacia él, quedando muda por la imagen colérica, pero impresionantemente atractiva, que tenía.

El sombrero ocultaba parte de su rostro y lo hacía parecer amenazante, los hombros los mantenía rectos y los puños cerrados, postura que encendió el fuego del deseo dentro de Nicole. La sangre le corrió con violencia por las venas y se acumuló alrededor de su zona pélvica, haciéndola sentirse húmeda entre las piernas. Cuando él se acercó y la arropó con su aroma varonil cada una de sus fibras musculares se le contrajo, los pezones se le endurecieron en segundos y se volvieron tan sensibles que hasta el roce de la tela del sujetador la estremecía.

Retrocedió un paso, no por temor a él, sino para evitar las reacciones que ese hombre provocaba en ella.

—¡Te dije que Darryl es un sujeto peligroso, y sus hombres no son bienvenidos en esta casa!

—Es mi casa... —se excusó con la voz entrecortada. Sentía que le faltaban las fuerzas.

—¡Lo sé! Pero no eres la única que vive aquí, no puedes ser tan inconsciente y poner en peligro a todos —reclamaba Matt sin notar el estado de la mujer. La rabia lo cegaba.

—¿Inconsciente? ¡Te he dicho que es mi casa! Puedo realizar aquí todos los negocios que quiera. —Las quejas del hombre le alteraban los nervios a Nicole, pero la furia parecía nublarle la mente y enfriarle la sangre.

—¡Soy socio de este rancho, cualquier negocio que pretendas hacer debes consultarlo conmigo!

—¿Acaso tú consultas conmigo los planes que tienes?! —vociferó ella, respirando con dificultad.

Matt se quedó por un instante en silencio, con la mirada fija en el rostro pálido de la chica.

—Christian dejó instrucciones...

—¡Mi padre murió asesinado! —gritó ella con irritación—. ¡Es imposible que

haya dejado instrucciones de nada!

—¡Christian sabía que querían asesinarlo! —reveló Matt, con un tono de voz más alto al usado por ella—. ¡Por eso se ocupó en dejar listo su testamento!

Nicole se quedó de piedra ante aquella confesión. Un oleaje de sangre helada le recorrió el cuerpo de manera acelerada, y al llegarle al cerebro, el mundo comenzó a desvanecerse a su alrededor.

Su organismo se había colapsado por la intensidad de las emociones que había experimentado, perdió el control sobre su cuerpo y, al no tener la fortaleza para sostenerse, se dejó caer.

Al abrir los ojos notó que estaba en su habitación. Una amarga sensación de vacío le invadía el estómago y la piel la sentía helada. Intentó llevarse las manos a la cabeza que parecía estar sumergida en una humareda. No coordinaba bien los movimientos, ni los pensamientos, aún estaba débil.

El rostro de Matt apareció sobre ella. Sus hipnóticos ojos verdes, llenos de preocupación, le sirvieron como punto focal. La calidez de sus manos arropó las de ella y la hizo sentirse segura, hasta eliminar la sensación de vértigo.

—¿Cómo te sientes? —preguntó él y se sentó en la cama junto a ella. Nicole solo alcanzó a asentir con la cabeza, tenía un nudo apretado en la garganta—. Cuando recuperes las fuerzas, te llevaré a Abilene. Lo quieras o no.

—No es necesario que sea tan urgente —expuso ella con voz débil.

—No me importa lo que pienses, te llevaré y punto —aclaró Matt con autoridad.

Nicole cerró los ojos mientras él le acariciaba la frente y los cabellos con ternura.

—Pronto seré médico, creo saber lo que me pasa —aseguró ella aún adormilada. Las caricias del hombre y su voz de arrullo eran mucho más efectivas que cualquier medicina.

—Entonces, dímelo. Porque estoy a punto de sufrir un colapso nervioso por la preocupación —confesó él.

El cuerpo de Nicole se estremeció al sentir los labios de Matt sobre su frente. La besó con suavidad y luego se quedó allí, con la frente apoyada en la de ella, bañándole el rostro con su aliento. Ella se giró un poco hacia él, en busca de sus labios; al encontrarlos, se dejó acariciar por sus besos.

—Casi me matas del susto, Nicole —se sinceró él sobre su boca—. Dime qué te pasa, ¿cómo puedo evitar que eso te ocurra de nuevo?

El corazón de la chica aumentó sus palpitaciones, generándole una fuente de calor que la recorrió entera.

Esta vez tenía que ceder, no debía cometer el mismo error de su madre, de obligar al mundo a girar a su alrededor y a su ritmo. Era imposible que todos se amoldaran a sus condiciones. Podía comprender que lo que sucedía en ese lugar era muy peligroso y ella no podría manejarlo sola, menos ahora que no solo tenía que velar por su

bienestar. Pero antes, necesitaba conocer toda la verdad.

—Sin rodeos. Dime lo que sucede y te prometo que me iré hoy mismo del rancho y no volveré nunca más —manifestó sin abrir los ojos y con el dolor expandiéndose en el pecho.

Al sentir que él se alejaba el miedo la embargó.

—Nicole, mírame —le exigió. Ella obedeció, temerosa porque cumpliera con su petición. Si le daba toda la información, ella no tendría más opciones que irse, y no quería alejarse de su lado.

La mirada entristecida de Matt le estremeció cada fibra de su cuerpo. No sabía cómo demonios había sucedido, pero se había enamorado de él. Separarse sería un duro golpe para su vida. Otro más. De nuevo tendría que acostumbrarse a vivir alejada de la gente que amaba. Sola y vacía.

—Ya no, preciosa. Ahora es imposible. —Las palabras de él la llenaron de esperanza—. Contigo aquí todo se me hace más difícil, pero sin ti no podré hacer nada, mi lucha perdería sentido.

Los ojos de Nicole se llenaron de lágrimas, y a pesar de que intentó evitarlo, una lágrima escapó y rodó por su mejilla. Matt la tomó con su dedo antes de que cayera sobre el acolchado de la cama.

—A tu padre lo asesinaron —continuó—. Y aunque las autoridades declararon que su muerte fue causada por una bala perdida, sin haber hecho ningún tipo de investigación, yo no he dejado de averiguar lo sucedido ni de perseguir al culpable.

—¿Fue Darryl? —preguntó ella con la voz quebrada por la pena.

—Wayne. —La revelación alarmó a Nicole, pero con un suspiro obligó a su organismo a calmarse. Recordó la mirada amenazante que el hombre le había dirigido. A ese sujeto, ella misma le había dado entrada en la casa, solo por un obcecado orgullo—. Nicole, no puedes repetir lo que voy a confesarte —le pidió con seriedad—. Tienes que prometerlo.

—Lo haré —garantizó.

Matt respiró hondo antes de iniciar su explicación.

—Desde hace mucho tiempo existen conflictos entre Wayne y los indios. Él es un hombre violento que le gusta tomar lo que no le pertenece —explicó—. Ellos vivían en una franja de terreno cercana al río Smoky Hill, pero al no tener los documentos de propiedad en regla, Darryl fácilmente se adueñó de las tierras. Sin embargo, había llegado a acuerdos con ellos, pero tiene un capataz con personalidad propia, que no sabe seguir las órdenes de un superior, y terminó creando conflictos que obligaron a Darryl a echar a los indios de sus tierras. Ellos intentaron buscar apoyo en la ley, pero Darryl domina casi toda la ciudad. Es más poderoso de lo que crees.

Ella sintió que el pecho se le contraía, por eso Darryl quería que ella le vendiera el rancho antes de que culminara el negocio con Tucker Laud. Si le concedía parte del terreno a los indios los tendría cerca, y los conflictos con Wayne continuarían.

—Tu padre, cuando se enteró del problema, quiso intervenir. Les dio cobijo en el

rancho y buscó asesoría legal para que pudieran reclamar sus tierras, pero Wayne se ha mantenido al acecho. Quiere alejarlos como sea, para que no sigan pretendiendo la región que les pertenecía.

—¿Darryl no sabe lo que hace Wayne?

—Sabe que es un hombre conflictivo, pero también un gran trabajador. Wayne lo ha ayudado a engrandecer su propiedad y mantenerla controlada. Jamás se desharía de él, a menos que le presentemos pruebas, pero aún no las tenemos.

Nicole suspiró y dirigió la mirada al techo. Las manos de Matt aún no se alejaban de las suyas, había entrelazado los dedos, manteniéndolas unidas sobre el vientre de ella.

—Yo podría hablar con él...

—No —la amonestó el hombre.

—Él me escucha...

—Él no te escucha, fuiste tú quien accedió a escucharlo.

Ella observó a Matt con aspereza, le dolía que le dijera en su cara los errores que había cometido.

—Te quiere manipular —continuó—, de la misma manera como intentó hacer con Christian. —Nicole recordó las palabras de Darryl: «No cometas el mismo error de tu padre»—. Aún no tengo pruebas para denunciar a Wayne, pero estoy cerca de conseguirlas, varios policías del condado trabajan conmigo en secreto, están ansiosos por hallar una forma para detener a ese sujeto, ha cometido demasiados delitos en la ciudad, pero Darryl lo protege.

Ella se quedó pensativa, quería hacer algo, había prometido velar por el sueño de su padre y ese hombre amenazaba con destruir aquellas tierras.

—Nicole —Matt se acercó a ella y besó con suavidad sus labios—, necesito que confíes en mí —le pidió, y le acarició con la punta de la nariz la mejilla. Ella volvió a cerrar los ojos, dejándose invadir por las emociones que él despertaba con su cercanía—. Déjame cuidarte, quiero protegerte.

El corazón le dio un vuelco en el pecho por esas palabras. Antes de llegar a Abilene se sentía sola, anhelaba ser parte de algo, atarse a alguien. Era imperioso dejar de lado su terquedad para lograr su sueño, y no solo por ella, sino por la posible nueva vida que venía en camino.

—Matt. —Al llamar su atención él alzó el rostro y la acarició con la mirada—. Creo que estoy embarazada.

La noticia lo dejó petrificado. Ella esperó casi un minuto y al ver que él no reaccionaba, volvió a intervenir.

—No estoy totalmente segura, debo hacerme exámenes, pero tengo todos los síntomas, y...

Él la silenció al apoyar un dedo sobre sus labios. Su mirada cambió, e incluso, su postura. El cuerpo se le irguió y los hombros se le enderezaron. Los ojos le brillaron como dos esmeraldas, pero además, se llenaron de determinación.

—Iremos a Abilene hoy mismo —dictaminó y aquello, más que enfadar a Nicole, la estremeció de pies a cabeza—. Esto cambia las cosas y quiero que lo entiendas.

Ella asintió, lo comprendía, claro que lo hacía. Desde que se había levantado esa mañana lo había entendido, pero la tozudez y los absurdos celos solían ganarle la partida. Debía trabajar con empeño para controlar esas emociones, o seguirían marcando su vida, llenándola de pesares y desdichas.

Matt la besó, con un beso pausado pero profundo, capaz de invadirla por completo, de reclamarla, de hacerla suya. Ella se dejó llevar, lo anhelaba y necesitaba. Abrió la boca para que la lengua de él la poseyera, y le tocara hasta el alma.

—Por favor, Nicole, necesito que confíes en mí y te quedes en el rancho hasta que vuelva.

—No iré a ningún lado.

—Y no vuelvas a comunicarte con Darryl, no le des ninguna oportunidad para que te manipule.

—No lo haré.

Él alzó el rostro y la observó por un instante mientras su mano le acariciaba la mejilla.

—Confía en mí —insistió.

—Y tú en mí, no me dejes al margen —rogó ella. Él depositó un suave beso en sus labios, luego la miró fijamente.

—Lo haré. No cometeré más errores contigo —prometió y le acarició el vientre—. Cuidaré de ti y de nuestro hijo, lo juro.

Ella lo abrazó con una enorme sonrisa dibujada en el rostro. Nunca imaginó que pudiera sentir tanta alegría en el corazón.

—Le pediré a Adele que te traiga algo de comer.

—No creo que pueda comer, siento náuseas.

—Inténtalo.

Ella asintió con la cabeza y, después de un último beso de despedida, se quedó sola.

Antes de que el ama de llaves llegara a la habitación tuvo suficiente tiempo para pensar. Estaba dispuesta a intentarlo con Matt, pero necesitaba más respuestas. Él no le había dado todas las razones y aún había detalles que a ella la atormentaban.

Le pidió a Adele que le trajera el teléfono inalámbrico de la casa. Tenía que ubicar todas las piezas del rompecabezas para terminar de armarlo y así sentirse segura, de lo contrario, siempre tendría una espina clavada en el pecho, que debilitaría cualquier relación que se esforzara por construir.

Capítulo 15

Se obligó a tomar un par de cucharadas de la avena que Adele le había llevado, y después de algunos minutos de descanso, Nicole tomó el teléfono inalámbrico para comunicarse con Markos Edana.

El abogado era el único que podía aclararle los temas que aún no comprendía.

—Señor Edana, soy Nicole Landon, lo llamo desde Abilene —lo saludó al lograr que él respondiera.

—Señorita Landon, ¿cómo ha estado? Disculpe que no haya viajado a Kansas para reunirme con usted, pero mi hijo aún se encuentra muy delicado de salud.

—Lo comprendo, espero que el chico mejore pronto y su suegra también. ¿Sería posible que pudiéramos conversar unos minutos por teléfono, para que me usted me pueda explicar algunos detalles que he encontrado en los documentos que me dejó?

—Por supuesto, señorita. Pregunte todo lo que quiera.

Nicole se llenó los pulmones de oxígeno, por alguna razón estaba segura de que lo necesitaría.

—Primero que nada, quisiera saber si es cierto que el señor Matthew Jackson es socio de mi padre.

—Sí, señorita. El señor Landon le cedió un trozo de tierra para ubicar su casa, y le dio poderes para que administrara el rancho. El señor Jackson invirtió dinero para aumentar el ganado y realizar mejoras en los establos.

—Y esos poderes, ¿tienen algún límite?

—No, son ilimitados, tiene incluso acceso a las cuentas bancarias del señor Landon.

—¿Él tiene la facultad de hacer cualquier cosa en el rancho sin pedir la aprobación de nadie?

—El señor Jackson jamás le hizo una mala jugada a su padre, señorita. Ambos trabajaban en conjunto y nunca tuvieron ningún inconveniente.

—Pero tengo entendido que la mayoría del personal fue puesto por el señor Jackson, y algunos me han dicho que él les ofreció un espacio en el rancho para vivir. ¿Él puede ofrecer eso? —Nicole sentía que con esa pregunta traicionaba a Matt y se dejaba llevar por Darryl, pero tenía que averiguar esa información, y pensó que lo mejor era hacerse la desentendida.

—No, pero entre los proyectos que había dejado pendientes el señor Landon se encontraba la construcción de un conjunto de viviendas en los alrededores del terreno cedido al señor Jackson. Son casas para los empleados. Muchos de ellos son gente pobre o indígenas desalojados que solo viven del trabajo que hacen allí, duermen en el Barracón o en albergues en Abilene. El señor Jackson prometió que llevaría a cabo el proyecto una vez que finalizara el tema de la herencia.

Nicole recordó los planos que estaban en la cabaña de Matt. Esos no eran

proyectos que él pensaba llevar a cabo en sus tierras sin su permiso, eran parte del sueño de su padre, las «instrucciones» que le había dejado a Matt para que las cumpliera.

Cerró los ojos sintiendo una opresión en el pecho. Qué tonta había sido dejándose llevar por sus miedos sin concederle a Matt una oportunidad para explicarse. No solo había rechazado su compañía, sino que además, se había encargado de humillarlo para lastimarlo, y finalmente lanzarlo a los brazos de una india que solo lo buscaba para liberarse de alguna responsabilidad.

Se recostó abatida en el respaldo de la cama, con los ojos húmedos por la tristeza.

—También hay una venta de la mitad del terreno a un tal Tucker Laud —consultó Nicole e intentó disimular su aturdimiento.

—Ese tema debí explicárselo antes de regresar a Texas —expuso el hombre—. El rancho fue fraccionado en dos partes iguales, sin incluir el espacio cedido para el señor Jackson.

—¿Por qué papá hizo eso?

—Para dividir la herencia entre sus dos hijas.

La noticia impactó a Nicole. Con el corazón latiéndole en la garganta se incorporó en la cama y se quedó petrificada con la mirada fija en la pared.

—¿Sus hijas?! —inquirió alarmada. Pero enseguida, las verdades comenzaron a caer en su mente como yunques y se fueron relacionando en su cabeza sin que el abogado explicara nada. La hija que faltaba tenía que ser Estrella, por eso ella y su madre vivían en la casa, y por esa razón su padre le había dejado a Sabine una importante asignación mensual y tramitaba acciones a su nombre. Ese también tenía que ser el motivo por el que Matt protegía tanto a esas indias. Estrella era la segunda hija de Christian, quizás, otra de las «instrucciones» que él le había dejado.

Nicole se llevó una mano a la frente. Tenía la piel fría de nuevo y sentía que su corazón latía desenfrenado. Se esforzó por calmarse y recuperar la cordura. No podía perder el control en ese momento.

—La señorita Estrella Laud es su hermana, pensé que usted lo sabía —confirmó el abogado—. El señor Landon quiso iniciar los trámites para reconocerla y dejar la mitad del rancho a su nombre, pero la madre de la niña se negó. Por eso se acordó simular una venta por la mitad del terreno al señor Tucker Laud, el abuelo de Estrella. De esa manera la niña lo recibiría como herencia por su abuelo.

Nicole apretó el entrecejo.

—¿Por qué no podía recibirlo por parte de mi padre?

—No sé, señorita. Esa fue una decisión de la señora Sabine Laud.

La cólera comenzó a dominar las emociones de Nicole. Apretó la mandíbula, para controlar la rabia y poder culminar la conversación. Se despidió del abogado y se quedó durante unos minutos recostada en la cama, procurando sosegar a su organismo.

Al estar más calmada, bajó de la habitación en busca de Sabine, ahora era la india

quien debía aclararle muchas cosas. Pero al llegar al comedor encontró una escena que la perturbó. Eva lloraba desconsolada sentada en la cabecera de la mesa, de espaldas a ella. Tanto Sabine, como Adele y Estrella se encontraban a su lado, consolándola.

El fuego de los celos se le agitó en el vientre. ¿Por qué todos en la casa encontraban apoyo en los demás y nadie la acompañaba a ella?

La respuesta era simple, porque se había acostumbrado a la soledad y desde que había llegado a esa casa se había encargado de alejar a todos de su lado.

Se creía una mujer fuerte, segura e independiente, que no necesitaba de nadie ni estaba dispuesta a seguir las sugerencias de ningún entrometido. De esa manera se fue quedando sola. Ahora, que anhelaba compañía, no tenía quien le diera siquiera una palmadita en el hombro.

Respiró hondo y se irguió para no dejarse vencer por la depresión. Tenía lo que había luchado, si quería que su realidad cambiara, entonces debía esforzarse por modificar su situación.

—No quiero hacerlo. —Al escuchar las quejas de Eva, Nicole se quedó paralizada. No quería interrumpir su momento de dolor.

—Tienes que ser fuerte, Eva. Es la mejor solución —le decía Sabine con una frialdad que ella podía percibir que era forzada. La india se obligaba a mantener una calma férrea, quizás, para infundir fortaleza en Eva.

—Pero no quiero —sollozó—. Si tan solo tuviera el dinero, podría liberarme de ese compromiso.

—No tenemos esa cantidad y ya mi padre dio su palabra. Si no lo ayudas a cumplirla, él lo perderá todo.

El llanto de Eva aumentó, debilitando la furia de Nicole. Se sentía tan desesperanzada que le resultaba contagioso.

—¡Todo por culpa de esa estúpida! —reclamó la mujer en medio de gimoteos—. Si hubiera logrado involucrar a Matt, nada de esto habría pasado. Él podría facilitarme el dinero.

Nicole se sobresaltó, sabía que la «estúpida» a la que se refería Eva era ella.

—No puedes echarle la culpa a nadie, Eva —la reprendió Sabine—. Es tu destino, tienes que enfrentarte a ello.

Aquellas palabras afectaron más a la india, e incluso a Nicole. Siempre fue una mujer terca que luchaba contra el «destino» para hacer valer su autonomía, recibiendo golpes cada vez más fuertes y dolorosos, que terminaron marcando su alma.

Sin embargo, debía aceptar que no todo había resultado malo en esa pelea. Su temple le permitió alcanzar aprendizajes que nunca hubiera logrado si se dejaba llevar como un corderito por la vida.

Si se hubiera quedado con su padre, jamás habría aprendido a valerse por sí misma, a trabajar por alcanzar sus propios sueños, ni a obtener sus bien merecidas recompensas. Hubiera sido la niña de papá, que vivía protegida en el rancho, cuidada

por todos y mimada hasta el extremo.

No es bueno dejarse arrastrar por la corriente, pero tampoco, luchar contra ella con orgullo y rencores. Ninguno de los dos extremos resultaba saludable.

Eva parecía encontrarse en una situación similar, por eso actuaba como lo hacía. Nicole más que nadie podía entenderla. Lo único que esa mujer necesitaba para salir adelante era un poco de ayuda.

Relajó la postura y se aclaró la garganta para llamar la atención de todos. Las cuatro mujeres se giraron hacia ella con sorpresa. Eva enseguida cambió las facciones del rostro, para traspasar a Nicole con una mirada llena de rencores.

—Mi niña, ¿qué haces levantada? —preguntó Adele y se acercó presurosa a ella para tomarle la mano—. ¿Cómo te encuentras?

—Bien —respondió Nicole algo incómoda. A pesar de que las añoraba, no estaba acostumbrada a recibir tantas atenciones, pero debía aprender a soportar el cariño sincero que le profesaban los demás—. He bajado porque necesito...

—¿Echarme de la casa? —expresó con amargura Eva, al tiempo que se levantaba de la mesa para encararse a ella—. No te preocupes, hoy mismo me iré. Así tienes a Matt para ti sola —escupió con ironía.

—¡Eva! —la reprendió Sabine, pero la india no atendió su petición, se cruzó de brazos y alzó el mentón sin apartar su mirada iracunda de Nicole.

—No he venido por ti —reveló ella sin amilanarse ante su desafío, pero procurando mantener la calma—. Necesito hablar contigo —le informó a Sabine, logrando que la india se sobresaltara.

—¿Vas a exigirle que me saque del rancho? —insistió Eva, enfureciendo más a Nicole—. Puedes hablarlo conmigo, soy muy capaz...

—¿Quieres que te dé un consejo, Eva? —la interrumpió Nicole. La propuesta arrancó un bufido sonoro en la india—. Algo que acabo de entender es que debes permitirle a los demás explicarse, o cometerás más errores de los que te imaginas.

—¿En serio? ¿Y por qué tú no escuchaste a tu padre cuando te pedía que lo perdonaras?

La pregunta mal intencionada de Eva hirió profundamente a Nicole. Sabine y Adele emitieron gritos ahogados, y Estrella retrocedió un paso con los ojos llenos de lágrimas.

—No lo escuché y estoy pagando muy caro ese error —confesó la chica con amargura—. ¿Quieres tropezar con la misma piedra? —Eva se quedó paralizada ante la pregunta—. Si necesitas dinero hablaré con Matt para que te entregue lo que haga falta y puedas quedarte el tiempo que quieras en esta casa. Eso sí —le advirtió Nicole y la señaló con un dedo—, no te acerques a Matt o te sacaré yo misma a patadas del rancho. ¿De acuerdo?

Eva aún permanecía inmóvil, le costaba incluso respirar.

—¿Ahora, si podemos hablar? —preguntó Nicole con fastidio en dirección a Sabine, quien también se había quedado petrificada ante la propuesta de la chica y

solo pudo asentir con la cabeza.

Se giró sobre sus talones y se encaminó hacia el despacho, dejando a todas las mujeres aún impactadas en el comedor. Mientras cruzaba la casa sentía un peso menos sobre los hombros.

Ayudar a alguien que una vez la había lastimado no era tan malo como creía. Resultaba, incluso, fortalecedor. La sensación de victoria que le recorría el cuerpo era más reconfortante que si se hubiera atrevido a partirle la cara a Eva, o si se hubiera desgastado en insultos con ella.

Pero aunque ese detalle le hacía sentirse un poco mejor, no terminaba de eliminar la angustia que tenía anclada en el alma. Aún quedaba una conversación pendiente con Sabine, con ella no podía ser tan condescendiente. Esa mujer no solo le había ocultado la verdad sobre la existencia de su hermana, sino que estaba segura que había sido por ella que sus padres habían tenido un matrimonio fallido, que culminó en depresiones y muertes.

Entró en el despacho algo insegura. Desde pequeña siempre había escuchado que el matrimonio entre sus padres había sido un imprevisto. En una fiesta animada, con mucho alcohol y las hormonas en plena ebullición, ninguno de los dos pudo pensar con claridad; meses después fueron obligados a casarse al descubrir la existencia de un embarazo, y por más que ambos intentaron poner de su parte para hacer saludable la convivencia, nunca dejaron de ser dos extraños con aspiraciones y sueños diferentes, viviendo bajo un mismo techo.

Entonces, ¿qué pensaba reclamarle a Sabine? ¿Tenía acaso algún derecho para pedirle una explicación?

Si su padre había tenido una relación con esa mujer, ella no era la indicada para demandarle nada.

—¿Fue feliz? —la pregunta sobresaltó a la india, que cerró la puerta con lentitud sin apartar su mirada angustiada de Nicole—. Solo quiero saber si en algún momento tuvo la oportunidad de lograr sentirse bien consigo mismo —se explicó, con la voz quebrada.

Aunque al principio Sabine parecía contrariada, poco a poco fue comprendiendo la duda de Nicole. Se irguió y entrelazó las manos en la espalda, para responderle.

—En ocasiones mostraba felicidad, pero era evidente que algo le faltaba. Nunca se sintió pleno.

Nicole disimuló las lágrimas girándose hacia la butaca que había pertenecido a su padre. Sentía un profundo vacío en el pecho que comenzaba a ahogarla.

—¿Mi madre estaba enterada de la relación que tuviste con él? —le preguntó.

—Sí.

—¿Y supo de la existencia de Estrella?

Se giró hacia Sabine para encararse a la india, que se mantenía inmóvil y con el mentón en alto, pero con los ojos tan húmedos como los de ella.

—Sí —respondió Sabine en voz baja.

Nicole cerró los ojos para controlar el oleaje de sentimientos que se desataban en su interior. Podía comprender el dolor que quizás había sentido su madre al conocer la traición de Christian, pero no lograba imaginar las razones por las que la mujer le había ocultado a ella la existencia de Estrella.

Ni mucho menos los motivos de su padre al no revelarles que tenía una hermana.

Todo ese tiempo había vivido imaginando que estaba sola en el mundo, que el único familiar cercano con el que contaba era con el déspota de su padre. Tal vez, de haber sabido de la existencia de Estrella, las cosas hubieran sido diferentes. Ella se hubiera esforzado por mantener una relación con «su familia», sin sentirse tan sola.

—¿Por qué no me dijiste la verdad cuando llegué al rancho?

Sabine suspiró antes de responderle.

—Desde antes de la muerte de Christian, la vida aquí ha sido peligrosa. No quería alejar a Estrella de su padre, pero tampoco deseo ponerla en peligro —explicó—. Además, no sabía cómo reaccionarías al enterarte. Sé que fue injusto no decirte nada, pero lo que hice fue por la seguridad de mi hija.

—¿Por eso no permitiste que papá la reconociera?

Con un movimiento de cabeza Sabine afirmó.

—Wayne no quiere que la gente de mi tribu regrese a Abilene. Si llega a enterarse de que mi hija heredará parte del rancho y que Christian había planificado construir casas para que ellos pudieran trabajar aquí, es capaz de lastimarla por simple diversión. Por eso preferí que ocultáramos el nexo que había entre ellos —reveló la mujer con la angustia reflejada en su mirada—. Ese hombre está mal de la cabeza, odia a mi gente solo por nuestra condición indígena. No quiero que se acerque a mi hija.

Nicole no podía sentirse peor. Por eso los empleados y Matt habían dicho que Wayne no era bien recibido en el rancho, que era un hombre peligroso, que podía ser una amenaza para todos. Nuevamente le dio la espalda a Sabine, para ocultar su irritación. Fue ella quien le había permitido la entrada en la casa. Por su terquedad y absurda soberbia, estuvo a punto de poner en peligro a su propia hermana.

—Comprendo, pero entiende que así no podemos continuar. —Nicole se giró hacia Sabine mientras se secaba las lágrimas que habían escapado de sus ojos. La india la observó con preocupación—. Estrella es una Landon y tiene que ocupar el puesto que le corresponde en esta casa —le notificó—, y tú también. No quiero que sigáis viviendo en las habitaciones de servicio, ni que sigáis pareciendo unas simples empleadas. Sois tan dueñas de estas tierras como yo.

Los ojos de Sabine se ampliaron en su máxima expresión y brillaron con intensidad.

—Ya veremos cómo resolveremos el problema con Wayne. Hablaré con Matt para que reforcemos la seguridad, pero quiero que ella sea reconocida como la hija de mi padre y esté a su nombre la parte del rancho que le corresponde.

Sabine se abrazó a su cuerpo mientras se esforzaba por no llorar. No esperaba que

Nicole reaccionara de esa manera. Siempre pensó que sería como su madre y lucharía porque nadie le arrebatara su herencia.

—Llamaré a Edana para ver cómo podemos resolver ese asunto —la informó, al tiempo que se dirigía hacia el escritorio y se sentaba en la butaca. Simulaba buscar algo entre los documentos, pero en realidad lo que quería era ocultar sus emociones—. Seguramente llevará mucho tiempo resolver este tema, eso no es importante, el asunto es que debemos iniciar los trámites...

Nicole no pudo continuar porque tenía a Sabine junto a ella, tomándola de la mano. La mirada dulce e inundada de lágrimas que le dedicaba la india la conmovió aún más. No pudo evitar llorar también.

—Gracias —dijo Sabine—. Te confieso que tenía un concepto diferente de ti.

—No te preocupes —la calmó Nicole—, yo también tenía un concepto diferente de mí.

Al sentir el abrazo de Sabine, Nicole no pudo controlar más la pena, y permitió que el llanto se le desatara. El embarazo la hacía más sensible que de costumbre, pero también el hecho de recibir todas las verdades que una vez le habían sido vedadas por su actitud inmadura. No podía volver a reaccionar de esa manera. Tenía que crecer, por su hijo, por su joven hermana, por las tierras y la gente que ahora estaban a su cargo, pero sobre todo por conquistar el corazón de Matt.

No debía cometer más deslices con él. Si quería que Matthew estuviera a su lado por amor y no por una obligación, era necesario cambiar. No estaba dispuesta a que se repitiera en ella el error que habían cometido sus padres.

Cuando Sabine la soltó, ella se esforzó por tranquilizarse.

—¿Por qué Estrella dice que Matt llegó a ustedes como caído del cielo? —preguntó Nicole, ansiaba conocerlo.

—Matt fue abandonado por sus padres, nunca supimos nada de ellos. Fue dejado a los seis años en la orilla de un camino. Mi padre lo encontró una noche, estaba desnutrido y tenía marcas en el cuerpo por golpes —reveló la mujer, con la mirada melancólica—. Se quedó con nosotros y lo cuidamos como uno más de la familia.

Nicole cerró los ojos con agobio. El comportamiento protector de Matt hacia esa gente no era más que el inmenso agradecimiento que debía sentir, por haberlo salvado de la soledad y la muerte.

—¿Él nunca habló de ellos?

—Nunca mencionó una palabra al respecto. La especialista que lo atendió decía que su mente había bloqueado los recuerdos dolorosos de su infancia. Nosotros no quisimos ahondar en ellos, y él tampoco quiso desenterrar esa historia. Con mucha dificultad, mi padre logró que el estado le concediera la potestad sobre él y lo crio como a un hijo.

—¿Mi padre lo supo?

—Siempre. Él y Matt congeniaron desde el primer momento en que se conocieron y yo nunca le oculté a Christian ningún secreto.

Nicole se llenó los pulmones de aire y se prometió a sí misma ser una mejor persona para ganarse el amor de ese hombre. Lo amaba y no estaba dispuesta a producirle más tristezas de las que ya tenía marcadas en el alma.

Al culminar la conversación con Sabine, subió a su habitación, descansó durante algunos minutos hasta que decidió salir al jardín para respirar aire puro. Ese día lo había iniciado con muchos sobresaltos. Aún Matt no había regresado y eso la tenía ansiosa. Quería verlo, sentirlo, escucharlo...

Se acercó al establo. El contacto con los animales le resultaba relajante. Sin embargo, cuando estaba cerca del lugar donde descansaba *Brisa*, su yegua, oyó un quejido proveniente del cuarto en el que se guardaban las monturas.

—¿Chase? —llamó al joven que cuidaba de los caballos, pero enseguida los sonidos se silenciaron—. ¿Chase? —volvió a llamar mientras un extraño presentimiento se le clavaba en el pecho.

Al escuchar un grito ahogado, se alarmó. Se detuvo por un instante, sin saber qué hacer: si corría a la casa abandonaba al chico a su suerte, pero si se quedaba, ella podía correr peligro.

Cerró los puños mientras la nueva Nicole, que procuraba ser consciente y menos arriesgada, se debatía con la mujer explosiva, arrogante y ruda que solía ser. Sin embargo, al recordar que ahora no estaba sola, que llevaba consigo a un niño, fruto del amor, y que al ponerse en peligro, también amenazaba la vida del chiquillo, retrocedió. Pero no pudo llegar muy lejos. La tomaron con fuerzas por la cintura y una mano ancha le tapó la boca, evitando que pudiera pedir ayuda.

Capítulo 16

La sangre se le congeló e impidió que las ideas le fluyeran en la mente. Wayne estaba dentro del establo, había golpeado y amordazado a Chase y ahora le bloqueaba a ella la respiración con su poderosa mano, mientras que el frío cañón de una pistola se apoyaba en su cabeza.

—No vas a traer de vuelta a los asquerosos indios —gruñía el hombre, al tiempo que la arrastraba al interior del cuarto donde se hallaba el chico—. Te mataré como a tu padre y luego al imbécil de Matthew Jackson.

Nicole se debatía y se esforzaba por respirar, el corazón le palpitaba con energía en el pecho. Chase estaba amarrado a un poste de madera, y con un trozo de la tela de su propia camisa cubriéndole la boca. El chico gemía intentado gritar y golpeaba el suelo con los pies. Tenía la cara magullada y ensangrentada.

Wayne la lanzó sobre un fardo de paja. Al sentirse liberada, ella comenzó a toser para recuperar el oxígeno. Los nervios y la falta de aire le habían restado fuerzas, solo pudo girar el rostro al escuchar el chasquido de un arma tras ella.

—Dale saludos de mi parte al idiota de Christian —expresó el hombre con burla mostrando una sonrisa enloquecida.

El miedo se le arremolinó a Nicole en la garganta. El hombre levantó el arma y apuntó hacia ella, pero antes de que pudiera disparar, la puerta del cuarto se abrió y alguien entró a toda velocidad, llevándose por delante a Wayne hasta estrellarlo contra una de las paredes de madera.

Matt envolvió sus brazos alrededor del cuello del capataz y lo presionó para dominarlo.

—¡Sal de aquí! —le gritó a Nicole, pero ella se había quedado petrificada por el miedo. Wayne luchaba para liberarse, golpeaba a Matt y pataleaba como un potro enfurecido, lo arrastraba por todo el cuarto logrando impactarlo contra paredes y postes de madera—. ¡Tanner! —vociferaba Matt, pidiendo ayuda. El arma había rodado por el suelo y Wayne se esforzaba por alcanzarla.

En un movimiento brusco, ambos cayeron de espaldas. Matt aún mantenía el cuello del capataz aprisionado, pero el peso del hombre lo asfixiaba. Nicole sentía que debía ayudarlo, aunque Matt no lo soltaba parecía que era Wayne quien dominaba la pelea. Se levantó con intención de alcanzar el arma, pero Matt le gritó una negativa que volvió a dejarla inmóvil.

En segundos, Tanner entró acompañado de dos indios, quienes no dudaron en lanzarse encima de ellos para sumarse al altercado. Nicole retrocedió hasta quedar pegada a la pared y se ovilló en el suelo sintiendo un intenso dolor en el vientre.

Se acostó y cerró los ojos, concentrándose en su respiración. Las emociones que acababa de experimentar podían ser perjudiciales para el embarazo, su propio cuerpo se lo advertía. Trató de calmarse mientras escuchaba cómo los hombres luchaban

contra Wayne para amarrarlo. Oyó pasos apresurados de otras personas que entraban en el establo, reconoció las voces de empleados, pero ella procuraba centrarse en la relajación de sus nervios.

—Patrona, patrona... —la voz de uno de los peones resonó a su lado—. ¿Está bien? —le preguntó, ella solo asintió con la cabeza y continuó con su ejercicio respiratorio, con los brazos cubriendo su vientre.

—¡Nicole! —el grito de Matt le erizó la piel—. Mi amor, ¿qué pasa? —Sus manos le cubrieron el rostro y la obligaron a mirarlo.

—Estoy bien.

—¿Te duele?

—Un poco.

—¿Te ha hecho daño? —Ella negó con la cabeza—. Te llevaré de inmediato a Abilene —le indicó y comenzó a lanzar órdenes en todas las direcciones que eran cumplidas de manera instantánea.

Ella se quedó muy calmada en el suelo. La voz de Matt a su alrededor y sus cálidas manos la ayudaban a mantener el control. Él supervisaba que los empleados mantuvieran a Wayne bien amarrado, liberaran a Chase y aumentaran la seguridad en el rancho, en caso de que el hombre hubiera pensado visitarlos acompañado por otros sujetos.

Pronto dos ambulancias llegaron, seguidas por varias patrullas de la policía del condado.

—Tranquila, todo va a ir bien —le aseguraba mientras la trasladaban a uno de los vehículos—. Vamos a estar bien, te lo juro.

Ella se aferró a sus manos, por un momento sintió temor.

—No me dejes —le rogó.

—Nunca —aseguró Matt—. Voy a estar contigo, siempre —le prometió.

Horas después, Nicole se encontraba en una habitación de paredes blancas y con un catéter incrustado en el brazo izquierdo, conectado a una botella de suero. Matt se mantenía a su lado, atento a cualquier cambio.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó, después de que una enfermera terminara de controlarle los signos vitales y se marchara.

—Mejor —respondió Nicole. Él se acercó a la cama y envolvió la mano derecha de la chica entre las suyas.

—Tu intención es matarme de un susto, ¿verdad? —la reprendió.

—Te confieso que eso es lo que quería en un principio —reveló ella con una sonrisa—, pero ahora te necesito a mi lado —declaró.

Matt le acarició los cabellos y besó su frente.

—Yo también te necesito, por eso vamos a tener que establecer algunas reglas —le informó. Ella arrugó el ceño—. Wayne está detenido, lo que le hizo a Chase e intentó hacerte a ti es suficiente para tenerlo por un tiempo preso, y nos ayudará a demostrarle a Darryl la clase de sujeto que tiene como capataz, pero no nos garantiza

nada. Lo quieras o no, reforzaré la seguridad en el rancho.

Él la observó con el rostro endurecido, no estaba dispuesto a aceptar una negativa. La protegería por encima de lo que fuera, incluso de ella misma.

—Está bien. —Matt la miró con los ojos muy abiertos.

—¿Qué has dicho?

—Que está bien. Te dejaré hacer lo que sea en el rancho... pero con una condición.

Él alzó las cejas, intrigado por sus exigencias.

—¿Cuál?

—Que me permitas quedarme... contigo.

Matt sonrió y besó con ternura sus labios.

—Creo que eso ya te lo he dejado claro. Si antes insistía en que regresaras a Lawrence era para alejarte de los problemas y tener más facilidades para resolver cada asunto, pero ahora es imposible, necesito tenerte cerca, verte cada mañana, sentir tu cuerpo caliente junto al mío y probar cada día el dulce sabor de tus labios — le confesó, con voz susurrante—. No permitiré que te apartes de mi lado.

Los ojos de Nicole se llenaron de lágrimas. Odiaba ser tan vulnerable, pero era imposible no emocionarse con las palabras que él le dedicaba. Siempre había ansiado sentirse amada, que alguien no solo le jurara que se quedaría junto a ella, sino que se esforzara por hacer cumplir sus promesas.

—No quiero volver a estar sola —expresó mientras una lágrima le rodaba por la sien. Matt la secó con los dedos y besó sus labios.

—Eso no ocurrirá de nuevo. No solo me tendrás a mí y a nuestro hijo, sino también a tu hermana, a Sabine, a Adele y a todos los empleados del rancho. —Ella se esforzó por sonreír—. No dejarás de ser la patrona, solo que ahora tendrás que compartir la autoridad.

—Lo haré —le dijo y apretó su mano—. Ha sido muy valiente hoy, no imaginas la felicidad que he sentido al verte en el establo. Pensé que Wayne me mataría.

Matt arrugó el ceño y frotó el vientre aún plano de Nicole.

—No sé qué hubiera hecho si él... —La furia no le permitió continuar. Ella decidió cambiar un poco la conversación, para alejarlo de pensamientos nefastos.

—¿Cómo me encontraste? —preguntó. Matt suspiró antes de responderle.

—Había ido al campo para dejarle a Tanner las instrucciones del trabajo que debía hacerse durante el día, así me quedaba a tu lado y cuidaba de ti. Lo ayudé con algunas labores de urgencia y finalmente fuimos al establo para buscar uno de los tractores, ya que era necesario cortar el pasto. Estando allí escuché los quejidos de Chase. Al acercarme al cuarto de las monturas pude oír cómo Wayne te amenazaba, eso me enloqueció. No te imaginas el miedo que me he sentido.

Él se inclinó hacia la chica y besó su rostro con ternura.

—La noche en que Christian murió, estábamos juntos —continuó Matt—. Nos reunimos en su despacho porque esa mañana Wayne había entrado en el rancho y se

había enfrentado a varios empleados. Fuimos a la comisaría y pusimos la denuncia, supuestamente lo habían dejado detenido. Christian se reunió con Darryl y llegó a varios acuerdos con él para mantener a Wayne lejos de nuestras tierras, por eso permití que tu padre fuera solo a los establos, estaba controlando un brote parasitario en algunas reses. —Matt se pasó una mano por los cabellos. Su rostro mostraba el pesar que lo invadía—. Días antes, en medio de una discusión, Wayne había amenazado de muerte a Christian. No debí dejarlo solo, mucho menos ese día. No sabes cuánto me arrepiento de ese error.

—No fue tu error.

—Hoy te he dejado sola, a pesar de que sabía que Wayne rondaba el rancho. He vuelto a fallar.

—No te responsabilices por todo. —Él bajó la mirada, sin dejar de acariciarla—. Nada de lo que ha sucedido es culpa tuya; hiciste todo lo posible por evitar ambos hechos. Con mi padre llegaste tarde, pero conmigo no ha sucedido igual.

—No permitiré que te hagan daño —le aseguró él.

—Lo sé, confío en ti —le garantizó Nicole.

Matt apoyó su frente en la de ella y se quedaron así, cada uno bañándose con el cálido aliento del otro y disfrutando de su compañía. Una unión que comenzaba a entretejerse, con fuerza, dejando fuera de ese lazo los temores y las dudas.

Semanas después, Matt regresaba del campo junto a Chase. El chico aún tenía marcado en el rostro los golpes que le habían propinado por simple diversión, pero estaba completamente recuperado de las agresiones. La tranquilidad volvía al rancho.

Las pruebas que habían logrado reunir los policías y lo ocurrido en el establo, parecía ser suficiente para mantener a Wayne tras las rejas por un tiempo largo. Darryl ayudaba para que el sujeto no saliera de allí, sabía que su antiguo capataz había sido un hombre algo violento, pero jamás imaginó que fuera capaz de asesinar. Esos hechos podían empañar su imagen de empresario. La mejor manera de librarse de esa mancha era colaborando con la policía, una ayuda que Matt sabía que sería beneficiosa. Darryl poseía una gran influencia en el estado, su intervención garantizaba que Wayne fuera castigado como merecía.

Dejaron a Randy en el establo, luego se dirigieron a la toma de agua y se lavaron las manos y los brazos antes de dirigirse a la casa principal. El joven fue directo a la cocina, en busca de algo de comer y Matt subió a la primera planta, a la habitación de Nicole, que ahora también era la suya.

Vivían juntos en la casa grande, con el resto de la familia, y le habían cedido la cabaña a Chase. Tenían planificado casarse el próximo verano, después del nacimiento del niño y al culminar la construcción de los edificios adicionales que Christian Landon había ideado para el rancho.

Al entrar en el dormitorio encontró a Estrella, que conversaba con su chica

recostada en la cama.

—¡Matt! —La niña reflejó su alegría al verlo y se lanzó sobre él para recibirlo con un fuerte abrazo.

—¿Qué hacen? —preguntó mientras le devolvía el abrazo.

—Hablábamos de cosas de mujeres —respondió la niña y sonrió con picardía.

—¿Otra vez? —se quejó él y lanzó una mirada inquisidora hacia Nicole—. Ayer se pasaron todo el día encerradas en el cuarto con Jane, hablando de «cosas de mujeres» —refunfuñó, aunque debía confesar que le encantaba que Estrella y Nicole fortalecieran cada día los lazos que las unían. A ambas le resultaba beneficiosa esa relación.

—Jane es una experta en esos temas —reveló Estrella con una sonrisa, pero al ver el rostro irritado de Matt, cerró la boca y salió a toda prisa de la habitación, diciendo que ayudaría a su madre con la cena.

Nicole rio con sonoridad, sin preocuparse por la pose severa de Matt.

—No le veo la gracia —la reprendió él.

—No seas celoso, déjala en paz.

—Es muy pequeña para hablar de hombres.

—¡Dentro de poco cumplirá catorce años! —rezongó la mujer—. Es una adolescente, no una niña.

—No me importa —declaró él mientras se quitaba el sombrero y la camisa—. Además, los consejos que le da Jane pueden ser peligrosos.

—¿Peligrosos? —impugnó Nicole con el ceño fruncido. Su amiga la visitaba todos los fines de semana para hacerle compañía. Ella había decidido no cursar ese semestre los estudios que le correspondían para terminar la carrera, con intención de velar por su embarazo y darle más tranquilidad a Matt. El próximo semestre no solo se ocuparía de alcanzar su meta, sino que podría pensar en iniciar una especialización. El descanso le serviría, además, para sosegar el ritmo frenético con el que estaba acostumbrada a vivir—. Aunque viva diciendo que conoce mucho a los hombres, en realidad Roland ha sido el único con quien se ha relacionado.

—Y entonces, ¿de dónde saca sus «super consejos»?

—De las revistas del corazón, ¿de dónde más? —respondió ella sin dar mucha importancia al tema. Matt puso los ojos en blanco.

—Quiero suponer que tú hablas de mí y Jane de Roland, pero ¿de quién demonios habla Estrella? —inquirió con voz paternal.

—De nadie —contestó Nicole con indiferencia mientras tomaba una revista de la mesita y comenzaba a hojearla. No le diría a Matt que su hermana se sentía atraída por Chase. Si lo hacía, él se mantendría vigilante, como un padre celoso, atormentando a la pobre chica y al joven.

—Nicole —le insistió Matt. Sabía que su mujer le ocultaba algo.

—¿Qué? —preguntó ella con fastidio.

—¿No vas a responderme? —insistió él, al tiempo que se acercaba a la cama y

comenzaba a desabotonarse el cinto del pantalón. Ella amplió los ojos.

—¿Qué piensas hacer? No se te ocurra subirte a la cama sin haberte dado una ducha —le advirtió y lo señaló con un dedo.

—Creo que no estás en condiciones de exigir nada —le dijo.

—¿Por qué?

—Porque no quieres responder a mis preguntas —aclaró él mientras se quitaba las botas con los pies.

—El doctor me recetó reposo absoluto —le recordó, aunque en realidad, el reposo había culminado días atrás. Su embarazo marchaba sin inconvenientes.

—No te preocupes por eso. Tú no harás nada, cariño —garantizó él y se bajó la cremallera del pantalón—. Yo me encargaré de todo.

Ella lo observó llena de expectativas mientras Matt terminaba de desnudarse y subía a la cama. No le importó que él tuviera una capa de polvo y sudor encima, lo adoraba tal cual como estaba y ansiaba sentir el calor de su piel junto a ella.

Matt se acostó a su lado y la acarició desde el vientre hasta los hinchados senos. Introdujo con habilidad la mano por debajo de la ropa y le pellizcó los pezones para endurecerlos aún más. Su boca devoraba con hambre la de Nicole, robándole gemidos.

—Eres cruel —susurró ella. El hombre le chupaba los labios mientras una de sus manos bajaba por su cuerpo, para introducirse bajo el pantalón corto de pijama que ella llevaba puesto.

—¿Yo? La que no quiere salir de mi mente y me tiene como una caldera encendida eres tú —aclaró—. No sabes cuánto extraño que cabalgues a mi lado —confesó entre besos y gemidos—, te llevaría hasta los pastizales más apartados y te haría el amor, con la naturaleza como único testigo.

—Olvídalo, vaquero —expuso ella con la voz entrecortada por el deseo—. No pienso revolcarme en la tierra —le dijo, y hundió las manos en los cabellos de la nuca de Matt, mientras los expertos dedos de él frotaban los pliegues de su sexo.

Nicole expulsó una temblorosa exhalación cuando uno de ellos se introdujo en su interior.

—¿Estás segura? —le preguntó él con la mirada enfebrecida clavada en ella. Le fascinaba observarla gemir de placer, con el rostro enrojecido y los labios entreabiertos—. ¿No harás todo lo que te pida? —inquirió y apoyó la ardiente erección en su cadera para frotarla en pequeños círculos.

—Hazme lo que quieras —gimió Nicole y abrió las piernas para darle más acceso a su intimidad. Matt la envolvió en un beso urgente y con los dedos agasajaba su sexo.

Para ella aquel tormento duró casi una eternidad, y poco le faltó para perder la consciencia.

Le arañó la espalda al sentir que el organismo se le contraía por completo a causa de un inevitable orgasmo. Ahogó un grito de placer mientras expulsaba toda la

tensión que tenía acumulada. El cuerpo se le evaporó como el humo.

Matt sacó los dedos de su intimidad para frotarle el vientre, y le acarició la piel del rostro con la punta de su nariz.

—Te amo, Nicole —le susurró al oído, erizándola por completo, y comenzó a desnudarla para poseerla de nuevo.

—Y yo a ti, mi amor —respondió ella, concediéndole el control sobre su vida.

Desde que se había entregado a los brazos de Matthew y había dejado de lado su obcecado orgullo, desconocía lo que era la soledad. Ahora tenía una familia, un lugar al que pertenecía y varios motivos por los que luchar.

Así la vida le resultaba más interesante.

Solo un corazón fuerte había sido capaz de domar a un alma salvaje; no para hacerla dócil, sino para fortalecerla.

A diario no solo pedía perdón por los errores cometidos, sino que agradecía su incalculable fortuna. Los golpes la enseñaron a percibir sus debilidades y a esforzarse por evitarlas, y, aunque el trabajo no era nada sencillo, no se cansaría de luchar por su felicidad y la de los suyos.

Nicole Landon nunca se rendía ante un reto, y mucho menos si este era tan gratificante.